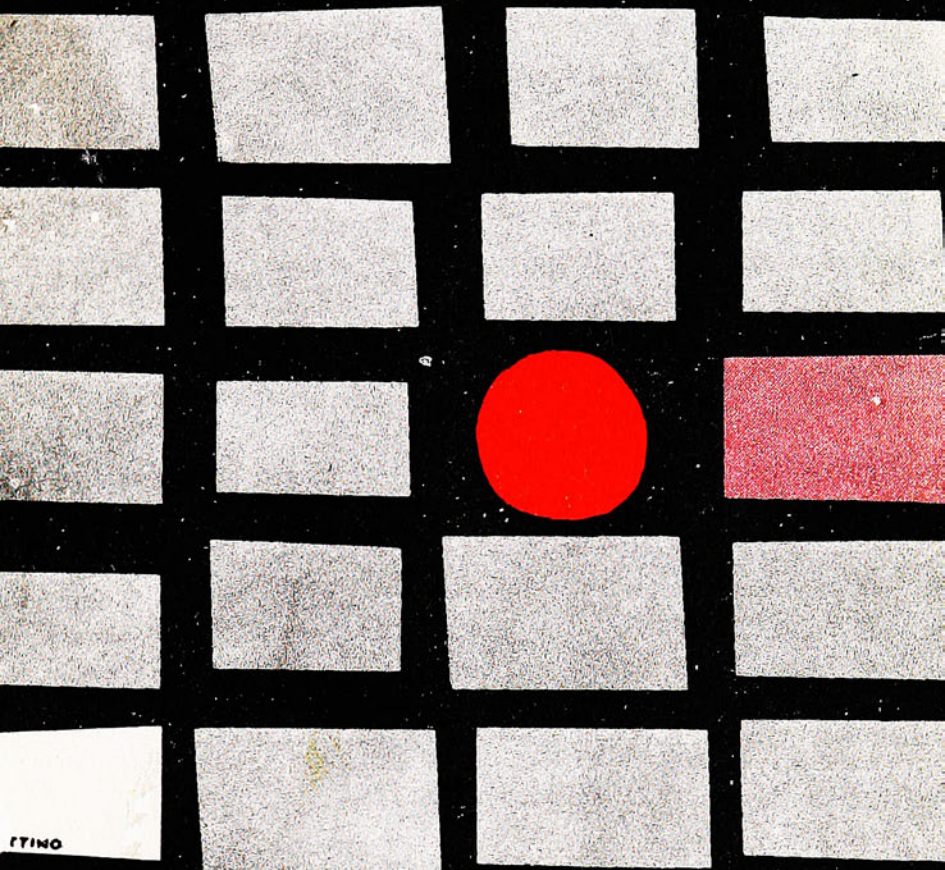


PEQUEÑA HISTORIA de una PEQUEÑA DAMA

10 (2107-1)

armando cassigoli



№(214-1)

№30

10(214-1)

ARMANDO
CASSIGOLI

PEQUEÑA HISTORIA
DE UNA
PEQUEÑA DAMA

Cuentos

1030

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



COLECCION FABIOLA
Santiago - Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Es propiedad

Derechos reservados

© Inscripción N° 39398

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

Impreso en los Talleres
de Arancibia Hnos.
Santiago, Chile

PRIMERA PARTE

“Ved a ese joven adolescente entregado al amor: se agita, gime y llora. Un fuego devorador circula por sus venas, nada puede tranquilizarlo. ¿Qué quiere? ¿Qué desea?”

“Ensayo sobre la felicidad humana”, por Napoleón Bonaparte. Lyon, 1791.

Soy el dueño de mi propia libertad

“SI, YO SOY EL DUEÑO DE MI PROPIA LIBERTAD, DE ESE valor, de ese derecho inalienable (realidad y concepto al mismo tiempo) que nadie jamás me podrá quitar ni desmentir; soy dueño de mí mismo. Nada me ha impulsado a ejercer mi libre voluntad; de manera que soy yo, el insustituible hombre libertario, quien ha concebido la idea y la ha llevado a cabo, punto por punto.

No hubo estímulo o causa manifiesta que me obligara esta mañana a encaminarme hacia este sitio. Lo hice simplemente ejecutando mi deseo y con la plena conciencia de ser un hombre de un país que llaman, liberal regido por instituciones que se denominan democráticas, con un sistema que —se dice— no impone trabas de ninguna especie, y poseedor de una religión cuyo sistema se basa en el libre albedrío.

Nació mi idea cuando supe que el antiguo local había sido ya desalojado y que tardarían todavía mucho tiempo en comenzar la demolición, si es que alguna vez pensaron realmente en iniciarla.

Con seguridad, todos aquellos que anteriormente a mí llegaron a este lugar, lo hicieron obligados, víctimas de la coacción contra sus voluntades... Mi caso en cambio... es todo lo contrario. Concebí el acto, deliberé con mi razón, decidí; y además realicé, en libre vuelo. Con todo esto he querido demostrar algo muy importante a mis contemporáneos, (a pesar de que ellos me son indiferentes ya que una persona como yo no puede limitar su voluntad libre con trabas de tipo emocional). Por ello, el querer "demostrar algo", desapasionadamente, no ha sido, de ninguna manera, la causa motivante, ni siquiera el acicate de toda esta experiencia. *En el principio era yo, y yo era con la libertad, y la libertad era mi conciencia absolutamente, léase bien, "absolutamente", libre.* Tan libre como que jamás he necesitado trabajar para vivir.

La antigua prisión de Santo Domingo, reputada como la más segura e imbatible de su tiempo y aun del nuestro, hubo de ser desalojada para trasladar a los penados a la Cárcel Modelo, construida a pocos kilómetros del sitio y en virtud de una nueva y modernizada ley carcelaria. Sus vetustas murallas, llenas de inscripciones, patinadas de lamentos y llantos sin esperanza, son de un granito superpetrificado, donde apenas, gracias al talento de su genial constructor, pudo entrar el hierro para amalgamarse a la piedra y hacerla inexpugnable. Durante siglos, los gobiernos coloniales y luego republicanos encerraron aquí a sus más recalcitrantes enemigos; y las poquísimas evasiones que se produjeron en todo este vasto período sólo sirvieron para extremar los cuidados y métodos de seguridad, de tal suerte que llegó a ser considerada como la negación misma de la libertad, como la rotunda muerte de todo esperar.

Esta mañana yo pude haber salido hacia acá o haberme quedado en casa; sin embargo, decidí partir. He vivido solo durante toda mi vida, sin amigos, parientes, amores o amoríos, ni preocupaciones económicas de ninguna especie. No es asunto mío si nací rico y heredé una casa cercana a la prisión, felizmente sin servidumbre. Nada, pues, me apuraba o retenía, ni nadie ha jugado —tal como lo escribo— ningún rol en mi decisión. Tomé una ducha tibia y, luego de rasurarme, refresqué mi cara con una fragante agua de colonia; preparé un excelente desayuno y, junto con el sol que apenas emergía tras los cerros, dirigí mis pasos, seguros y conscientes, por el sendero que conduce a este sitio. Ninguna persona suele andar por estos lados, sobre todo ahora que la prisión está vacía. Los caminos están casi cegados y el pasto empieza a crecer por todas partes. Cogí una libreta de apuntes y un lápiz, un buen lápiz con el cual estampar mi testimonio. Soy fumador, pero en un acto de coraje libertario, dejé mis cigarrillos.

Por breves instantes estuve tentado de traer un libro y examiné los anaqueles: Séneca, Bergson, Camus, Kropotkin, Bakunin...; No obstante, he llegado acá con las manos vacías. ¡Tanta hoja impresa, tanto noble pensamiento, pero tan sólo eso: vanas lucubraciones, nebulosos sueños desde la esclavitud, tenues barruntos del acto libre! Recuerdo haber reído muchas veces con la relectura de los clásicos sobre el tema, ya que una cosa es ser libre y actuar como tal, que discurrir acerca del concepto de libertad. Por eso no he traído ningún libro ni objeto personal. Cualquiera atadura con el pasado o con el futuro (porque traer algo conmigo era simplemente pensar en el futuro) coartaban mi libertad. Opté por el eterno y libre presente, creado por mí y para mí.

Primitivamente, la vieja prisión de Santo Domingo fue construida con el ánimo de encerrar allí a una cantidad enorme de personas que, según el Santo Oficio, habrían de ser condenadas y aherrojadas en nuestro país. Mas, luego de ser edificada, por una disputa de carácter jurídico entre la Iglesia y la Corona, Lima fue la sede inquisitorial más importante de esta parte sur del continente y la prisión debió ser llenada por reos de faltas comunes y delitos políticos.

Como he dicho, partí solo, de mañana, inadvertido, por el limpio sendero rodeado de viñedos, ascendiendo la colina bajo los tilos de suave perfume. Tranquilo, sin caer en la impaciencia, traspasé la verja, hoy abierta al transeúnte, y, taconeando sereno, llegué hasta el portón de hierro. La gran llave de bronce estaba casualmente en la cerradura. La hice girar. Cerraba, abría, cerraba. Entré trayendo conmigo la llave.

Ahí estaba la altísima muralla, detrás de mí, y al frente, el primer bloque circular tachonado de ventanucos embarrotados, el patio de adoquines y el brocal del pozo ciego.

Ejerciendo mi libertad, podía retroceder o seguir entrando en la prisión vacía, echar llave a la puerta principal y luego tirar ésta al pozo. Opté por esto último y seguí avanzando.

Los escalones de granito tenían la oquedad de las huellas de esos millares de pasos que entraron, que simplemente entraron, para siempre. Tras la segunda puerta, abierta y entregada a los azotes del viento, la secretaría, las oficinas del alcaide y algo que, a juzgar por los letreros, debió ser un refectorio. Por el suelo, papeles, una gorra sucia y descosida, una cinta de máquina de escribir inutilizada, tapas de revistas y un en-

vase de cerveza hecho añicos. Más al fondo, y antes de la tercera puerta que da ingreso al segundo patio, la sala de guardia; allí, en la pared, en un rectángulo de madera con ganchitos de bronce, ese pesado llavero que tantas veces cerró el camino a cuerpos, apetitos, a deseos de volar. Esta tercera puerta también estaba abierta. Hurgando en el manajo de llaves, cerré la anterior e intenté, luego de pasar el umbral, poner cerrojo a esta última, más sin resultado. Probé de nuevo, con suma prolijidad, y, al fin, mi paciencia meticulosa dio sus frutos y yo, libremente, corté el tercer paso, en ejercicio de mi propia e indestructible posibilidad de hacer lo que me viniese en ganas. ¡Qué diferencia, qué esencial diferencia con los antiguos reclusos, traídos a la fuerza, sollozantes, demacrados y con la esperanza muerta!

Segundo patio. Respiré con fruición, contento de pensar en mi derecho, en mi carencia absoluta de sujeciones; sintiendo feliz circular mi sangre bajo la piel, erótica, excitada.

A la izquierda, en el rincón más lejano, la jaula para los negros; la viejísima jaula que construyeron en el siglo dieciocho para aquellos de origen africano sorprendidos yaciendo con mujer blanca. En ella los colocaban (hasta la muerte) junto a un mono y una serpiente simbólicos. Imaginé allí al pobre condenado, a los animales emblemáticos, a un siglo iluminista colonial y al torturado cerebro de aquellos jueces chapoteando en raza, ley y sexo. Recordé que aquí en Santo Domingo estuvieron los cabecillas de las primeras huelgas indígenas de Marga-Marga, los conspiradores del dieciocho y los patriotas de los albores del diecinueve. Entre estos muros se estremecieron de angustia los conjurados víctimas de la derrota o la traición, los curas apóstatas, los asesinos

pasionales y los frustrados organizadores de motines. Todo amante de la libertad encontró aquí su negación más rotunda. Más al centro, frente a mí, pude ver los vestigios de ese garrote transformado luego en horca y finalmente en paredón de fusilamientos. A la derecha, el caminito gastado por el cotidiano paseo de los antiguos prisioneros. Una pileta más al fondo, bancas deterioradas y la sombra, la gran sombra negra de los edificios centrales. Porque las construcciones de Santo Domingo siguen la forma de los círculos concéntricos; en el medio: la torre de los condenados a muerte. Dos edificios circulares para celdas y comedores; la circunferencia del muro exterior; tres patios también redondos, es decir, seis patios-media-lunas, ya que el constructor dividió toda la prisión con altas murallas trazando un diámetro.

Mis pasos (sentí como si hubieran sido los de otro) resonaron en el ámbito vacío con un eco juvenil y mañanero. Un poco de brisa movió un montón de hojas secas. Sonreí y por curiosidad empecé a buscar el árbol, pero por más que di vueltas y vueltas por toda la semicircunferencia, no lo encontré.

La cuarta puerta, de sucio acero, estaba cerrada; pero como yo tenía el llavero, no pudo resistirseme. Luego de pocos forcejeos la chapa cedió y pude entrar al pasadizo, no sin antes dejar con llave la puerta, tras de mí. Allí el eco (de mis pasos que no reconocía) era más sonoro, el aire denotaba encierro, falta de higiene y soledad. Celdas y más celdas dramáticamente vacías. Muros llenos de inscripciones, antiguos calendarios, recortes amarillentos de periódicos, estampas religiosas y dibujos obscenos.

Abrí y cerré la quinta puerta.

El último patio, el patio de los ajusticiados, el patio que fue cementerio, el patio del cadalso; y en el

medio, la alta torre heptagonal de los condenados, donde fueron muertos más de trescientos prisioneros durante la revolución del 51 y varios parricidas en las recientes décadas; aquí torturaron y mataron al indio Colipí y al siniestro doctor Fresno.

Era ya avanzada la mañana. El sol, negado a las celdas, reinaba en el patio de los ajusticiados. Una nubecilla apenas mancillaba el esmalte celeste. Estiré las piernas; una inspiración profunda; la ola emocional me sacudió. Entonces comprendí, de golpe, la pequeñez de quienes me rodean, sus afanes, sus temores, llenos de equívocos y barreras; sin sentido, por lo tanto. (¿Quién es tan libre como yo para respirar así, para sentir así, para estirar así las piernas? ¿Quién tan libre como yo para penetrar en esta antigua prisión de Santo Domingo e ir cerrando tras de mí cada una de las puertas, por mero ejercicio de la libre voluntad?)

Cuando abrí (y volví a cerrar con llave) la sexta puerta y entré a la torre (el hueco ruido de mis pasos sonando ajeno), mi pensamiento era neutro. Yo sabía que no era lícito, dentro de las normas por mí impuestas, dejarme aherrojar por la alegría, ni siquiera por la vanidad de saberme consciente, responsable y dueño de mí mismo. El sentimiento de ser libre sólo debía presentármese serenamente, con la mayor naturalidad posible. Subí los escalones. Un contrapunto de pasos distintos y ecos entrecruzados hizo que mi sangre circulara aumentando su rapidez; esto último no pude impedirlo.

Por fin la meta, la última puerta de madera y hierro, la celda más guardada, la de los sin ninguna esperanza; el sitio donde hasta no hace mucho trajeron a esos miserables. Ahí estaba, ante mí, instándome a decidir. Probé las llaves y me encerré en ella. Era ya el mediodía. Tomé asiento en el camastro de

madera desnuda. Abrí mi libreta de notas y me puse a escribir estas líneas.

Estoy sumamente tranquilo. Yo soy el hombre libre. Más tarde, alguna vez, cuando demuelan esta antigua prisión de Santo Domingo, más de alguien preguntará por qué, y estas notas serán su respuesta... Sólo un hombre íntegro y rotundamente libre pudo hacerlo.

Por último, quiero dejar estampado aquí algo importante: antes de comenzar a escribir estas notas, cogí el llavero de hierro gastado por el uso y lo lancé, a través de los barrotes de la ventanilla, hacia abajo, hacia el patio de los ajusticiados..."

*

Las otras manos entonces, cogieron el hato de llaves; los otros pies comenzaron a subir las escaleras; fueron al encuentro...

Para La Candelaria

EL DIA ESTA NUBLADO. TODAVIA SIGUE LLEGANDO GENTE de las islas. Con los velámenes de las pequeñas goletas se improvisan tiendas y reparos. En la playa, el humo de las fogatas oculta el mar calmo y lechoso. Apenas se divisa la Isla Grande, más allá del canal, como emergente lomo aceitoso de foca gigantesca. La iglesia vacía; se baila en muchos sitios, pero fundamentalmente se bebe. Caras curtidas, por las frías mañanas del archipiélago, observan impasibles al hombre del atildado traje negro que habla:

—Damas y caballeros, rogantes y penitentes que asistís a esta fiesta de la única y verdadera Candelaria Milagrosa, visitas y habitantes de este hermoso pueblo de Carelmapu... ¡Señoras y señores! ¡Distinguido público que me escucha!... Por encargo de una de las firmas más importantes del país, he venido a... a hacerles un regalo. No he venido aquí a ganar dinero sino a regalar, sí, a regalar. No se asusten señoras y

señores, no se asusten... Como Uds. ven, aquí traigo una maleta llena de regalos. Vamos, no se desesperen, porque alcanzará para todos... ¡He aquí este producto, señoras y señores, este gran y magnífico producto! ¿En cuánto creen ustedes que lo voy a ofrecer? ¿Seiscientos pesos, dice usted? ¿Ochocientos pesos, piensa usted? ¿Mil pesos, que es lo que realmente vale? ¿Quinientos pesos, que es la mitad de su valor? ¡No, señoras y señores, de ninguna manera!... Este excelente producto lo voy a vender, a realizar, en la ridícula suma de... ¡cien pesos!; ni más ni menos que en la increíble cantidad de cien pesos. ¡Cien pesos, señoras y señores! ¡Sí, señoras y señores, cien pesos! ¡Un jabón, un superjabón, el mejor instrumento de limpieza recomendado para la higiene por los más importantes médicos nacionales y extranjeros! Sí, señoras y señores, un superjabón a base de estreptocloruro de carbono, indicado especialmente para sacar manchas de todo tipo... ¿Ven ustedes? ¿Ven esta mancha que tengo yo aquí en la solapa? Ahora bien, este traje me lo trajeron directamente de Londres, Inglaterra, y me costó, bueno, ustedes saben que un terno importado vale plata. Sin embargo, yo he manchado intencionalmente esta ropa tan fina porque sé la maravilla y el milagro del estreptocloruro de carbono que contiene este excelente producto que ahora estoy regalándoles a ustedes... A ver, a ver, así..., con un poquito de agua..., así, con bastante espuma... ¿ven?... parece que va saliendo, parece que va desapareciendo, poco a poco..., poco a poco... ¿Creen ustedes que yo echaría a perder esta magnífica tela importada, traída especialmente desde Londres, Inglaterra, si no conociera mi producto? ¡No, señoras y señores!... ¿Ven? ¡Así!... ¡Ya está... desapareció completamente!... ¿Y ahora, quien va a comprar este maravilloso jabón?...

¡Un jabón sólo cien pesos! Y para regalo de ustedes, daré ¡tres jabones por doscientos pesos!... ¿Nadie?... ¿Nadie?... ¿Nadie?... Les apuesto, señoras y señores, distinguido público, a que vayan inmediatamente a la mejor farmacia o tienda acreditada de perfumes de Osorno, Puerto Montt o inclusive de Santiago, para ver si pueden comprar en menos de mil quinientos o dos mil pesos este jabón a base de estreptocloruro de carbono. Aquí tienen cinco mil pesos. ¡Cinco mil pesos!... ¿Nadie acepta la apuesta?... ¿Nadie quiere adquirir uno?... ¿Nadie?... ¿Nadie?... Bien, bien, señoras y señores. Mi excelente producto también contiene los más finos detergentes; y cuando un hombre de trabajo llega cansado a su casa, puede lavarse las manos... así, así como me las estoy lavando yo ahora..., con los más puros detergentes... ¡Observen qué regia espuma!... ¡Aprovechar, señoras y señores, es un regalo, una oferta nunca vista... ¡Estreptocloruro de carbono y detergentes!... ¿Alguien por aquí?... ¿Alguien por acá? Les aseguro que no habrán de encontrarse en otra oportunidad como ésta... ¿Nadie?... ¿Nadie?... ¿Nadie?... Bueno, bueno, señoras y señores, distinguido público. Han de saber ustedes, además, que mi producto también contiene una célebre sustancia que los sabios llaman lanolina, y que es lo más indicado para el cutis... Usted toma un hisopo, una brocha de hombre de trabajo, y se la pasa por la cara con harto jabón, así, así como lo estoy haciendo yo... ¿ven?... ¡Miren la espuma! ¡Qué barba ha de quedar después de esto!... ¡Observen!... ¿Se dan cuenta? Excelente, ¿no?... ¡Estreptocloruro de carbono, detergentes y lanolina! ¡Qué más se puede desear, qué más!... ¿Alguien quiere un jaboncito por acá?... ¿Por allá?... ¡Aprovechar, señoras y señores!... Tres en doscientos pesos, distinguido público... ¿Nadie?...

¿Nadie?... ¿Nadie?... ¿Ni siquiera uno por ahí?...
¿Ninguno?... Ya, ya, distinguidas señoras, distinguidos
señores..., este producto, este fantástico producto
también contiene... ¡creosota! La última palabra en
medicina para curar la dentadura..., ¡creosota!... Un
cepillo húmedo, así..., se unta así en la pastilla de
jabón y... ¿Ven? Pedmítanme que me enhuague pimedo
a boca y... ¡Así! ¡Ya está! ¿Se dan cuenta, observan
ahora la blancura de mis dientes?... ¡Estreptocloruro
de carbono, detergentes, lanolina y creosota!... ¿Quie-
re alguno de ustedes llevarse esta ganga, este gran ja-
bón por sólo cien pesos?... Tres por doscientos pesos...
¡Aprovechen la ocasión, porque, si no, de un momen-
to a otro se acaba la mercadería! ¡Aprovechen esta
oportunidad nunca vista!... ¿Usted, señora?... ¿Usted,
señor?... ¿Tal vez usted, joven?... ¿Nadie?... ¿Na-
die?... ¡Ah!, es que no les había dicho que mi jabón
además contiene champú importado... Un poco de
agua, así..., agua de la llave, agua de pozo, agua de
río, no importa..., hay que refregarse un poco el cuero
cabelludo, así, ¿ven?..., así..., observen cómo está que-
dando mi cabeza, blanca de espuma... ¿Se dan cuenta,
señoras y señores?... ¡Qué tal la espuma!... ¡No les de-
cía yo!... ¡Estreptocloruro de carbono, detergentes, la-
nolina, creosota y champú importado!... ¿Alguien de-
sea adquirir uno?... Sólo cien pesos... Tres jabones por
doscientos... ¿Nadie?... ¿Alguien?...
¿Ninguno?...

*Bajo los ponchos de tejido doméstico no se insinúa
ni un movimiento. Todos escuchan al hombre del traje
negro con seriedad y respeto rituales. Los pies calza-
dos con borceguíes de piel de lobo marino permanecen
clavados en la arena. ¿Quién habría de ser tan osado
como para interrumpir la ceremonia? El de traje ne-
gro se agita, gesticula, se calma y prosigue:*

—Bueno, señoras y señores, distinguido público, yo soy el único vendedor autorizado para regalar este producto, yo, señoras y señores, Gregorio López López, a vuestras órdenes. López por vientre y lomo, López por mi madre, dos veces López... ¡Ah!, usted me mira, ¿no?... Y usted se escandaliza, ¿no?... ¡Sí, López López, hijo de mi santa madrecita!... Lo confieso con orgullo, con mucho orgullo. ¿Quién podría avergonzarse de su propia madre?... López López..., “ilegítimo”, como dirían las ridículas “gentes de sociedad”..., según las leyes..., claro, las leyes, ¡cuándo no!..., siempre las leyes..., y el pobre..., las leyes no son para el pobre... Sí, señoras y señores, López López, hijo de mi santa madrecita..., que en paz descanse... Es duro ganarse la vida sobre todo cuando no se es rico..., con una madrecita enferma... y con hambre... Yo, antes de ganar con esta profesión dinero a manos llenas, como ahora, era muy pobre, tan pobre como muchos de ustedes..., y con mi santa madrecita, pasábamos hambre... ¿Y saben ustedes lo que hacíamos, señoras y señores?... Vean ustedes esta espuma, este jabón..., este jabón también contiene vitaminas, sí, vitaminas... Pues bien, señoras y señores, esta espuma la comíamos, sí, la comíamos con mi santa madre, así como la estoy comiendo ahora... No tiene mal sabor... y nutre, señoras y señores..., ¡alimenta!... A ver, ¿quién quiere un jaboncito por aquí... un jaboncito por allá? ¡Estoy regalando este super maravilloso producto a base de estreptocloruro de carbono, detergentes, lanolina, creosota, champú importado y vitaminas!... ¿Usted?... ¿Nadie?... ¿Ninguno?... Tres por doscientos pesos... Yo sé, yo sé, señoras y señores, a qué vienen ustedes hoy día 2 de Febrero, aquí a Carelmapu. Vienen a la fiesta de la Candelaria, de la única y verdadera Candelaria, a rogar al Señor y a esta Virgen Milagrosa por las fu-

turas cosechas, por una buena pesca, por darles salud a los enfermos, por pagar mandas, por librarse de brujerías como el mal de ojo o el mal tirado... ¿Ven esto que acabo de sacar de mi maleta?... ¡Esto es un crucifijo, sí, un crucifijo!... ¿Y saben ustedes acaso quién fue El? ¿Sabían ustedes que a este hombre lo hicieron padecer..., y que luego lo clavaron en una cruz? ¿Sabían ustedes, señoras y señores, que a este hombre que hicieron padecer y que luego clavaron en una cruz, *también* le llamaron mentiroso, también le llamaron charlatán?... Sí, a El los incrédulos le llamaron mentiroso, le llamaron charlatán..., mentiroso y charlatán le llamaron los incrédulos... Un jabón por sólo cien pesos..., tres por doscientos... ¿Alguien?... ¿Ninguno?... ¿Nadie?...

Bajo las boinas encasquetadas los ojos de los penitentes siguen en serio estatismo. Nadie se mueve de su sitio; los brazos inactivos bajo la manta hechiza; los pies forrados en piel de foca, fijos en la arena. El hombre del traje negro sabe decir lindas palabras. Los hombres y mujeres de las islas nunca se cansan de observar lo que ocurre...

Jorge Washington

LO CUENTO AQUI (NO TAN BIEN, SE COMPRENDE) TAL COMO lo escuché por boca de mi amigo el poeta Antonio M., quien, durante el itinerario de su vida andariega, fue, alguna vez, administrador de un aserradero al interior de la provincia de Aysén.

*

* *

Cuando lo vi venir cargado con su saco de pilchas, el rostro famélico y los bototos desguañingados, entendí que, sin duda, se trataba de un compatriota; uno de esos trabajadores de temporada que regresan apresuradamente al país, huyendo de la ley argentina, después de algún mal paso debido a ese peculiar sentido de ejecutar la justicia.

—Busco trabajo, patrón...

—Sólo necesito hacheros. ¿Eres tú hachero, acaso?

—¡Cómo que no, patrón!

—Pues bien; supongo que ya te habrán informado del Reglamento del aserradero; ni borrachera, ni pendencias, ni juegos de azar; ni mujer, ni niños; salario semanal con semana corrida y porcentaje por unidades extra..., tú sabes, hay que cumplir una cuota...

—Conforme, patrón; como usted diga. Yo me amoldo a todo.

—¿Tienes libreta de seguro social, cédula de identidad o algún otro documento?

—Tenía, patrón; tenía de todo eso que usted dice, pero, usted sabe, las cosas se pierden... y uno que es medio desordenado...

—Bueno, no importa, aquí no preguntamos a nadie de dónde viene. El único requisito es cumplir con el Reglamento. ¿Entendido?

—Entendido, patrón.

—Diles entonces a los muchachos que te hagan un hueco en el galpón. Sin embargo, antes dame tu nombre.

—¿Mi nombre?

—¡Sí, tu nombre!

—Jorge Washington, patrón.

—¿Jorge Washington?

—Sí, patrón, ése es mi nombre y ése es mi apellido.

De esta manera Jorge Washington comenzó a trabajar en el aserradero. No era ni mejor ni peor que otros hacheros en cuanto a rendimiento se refiere, no obstante parecía esforzarse mucho más que los otros, tanto así que al segundo día noté que escondía de mi vista sus manos agrietadas por la dura faena, a todas luces nueva para él. Lo llamé aparte

y le miré las llagas. Mi esposa le hizo unas curaciones y lo trasladé a trabajar cerca de la casa, en labores de destronque. A la noche siguiente, mientras tomaba mi último mate en la veranda, llegó Jorge Washington y pidió hablar a solas conmigo.

—Vengo a darle las gracias, patrón ¿Sabe? Yo siempre he sido algo blando de manos y eso del hacha...

—¡Está bien! No te preocupes, sigue con el destronque...

—Es que me preocupa, pues, patrón; porque un hombre que es capaz de hacer algo por un pobre como yo... me preocupa. Nunca, nunca antes alguien había hecho nada por mí. Por eso es que en prueba de lealtad, de cariño y estimación, por usted, patrón, quiero toda la verdad sobre mi vida.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Me pasa, patrón, que yo he procedido en contra del Reglamento... ¿Sabe qué más, patrón? Soy casado. Tengo mujer.

—Bueno, el Reglamento no prohíbe que aquí trabajen hombres casados, sólo impide que vivan aquí con sus mujeres. Un campamento de hombres solos... ¿comprendes?

—¡Claro que lo comprendo, patrón! Pero como quiero ser sincero con usted, debo decirle que mi mujer está conmigo... o casi...

—¿Cómo es esto de "o casi"?

—Es que la tengo cerquita de aquí no más, en debajo de unos árboles...

—¿Y sola?

—Bueno, a veces la he ido a ver..., cuando le he llevado algo para el puchero.

Me ablandó su sinceridad. Yo, el encargado de hacer cumplir el Reglamento, era también un sim-

ple empleado, pero vivía con mi esposa. La imagen de una mujer sola, en la fría noche sureña, acurrucada bajo un árbol, terminó por convencerme.

—Bueno, estás en contra del Reglamento, pero... ¡Vamos, bellaco, tráela para acá! Aquí podrá ayudarle a mi esposa y... Pero no podrá dormir contigo allá en el galpón, ¿entiendes?

—Muchas gracias, patrón. Yo ya sospechaba que usted era un hombre bien hombre. Si no fuera porque usted es futre, un compadre como usted me gustaría tener... Voy a ir al tiro a buscarla. ¿Y sabe qué más? Si alguna vez alguien quiere hacerle daño a usted o a su gente, ¡llámeme no más! Para la pelea y para defender a los amigos no me la gana nadie, ni aquí ni al otro lado. —Y señaló la cordillera en dirección a la Argentina.

Mi esposa le habilitó un cuarto al lado de la cocina a la mujer de Jorge Washington, la que empezó a desempeñarse con mucha eficiencia en menesteres domésticos. Era una mujercita reducida, delgaducha y pálida, que apenas sí se elevaba por sobre la cintura del marido gigantón. Días después, estábamos en el tiempo de las últimas nevazones, mi esposa le regaló a la mujer algunas ropas y unos zapatos muy gruesos, para el frío. Esa misma noche, blanca y de luna llena, Jorge vino a verme y solicitó que conversáramos privadamente.

—¿Sabe qué más, patrón?

—Di, Jorge, qué te pasa ahora...

—Es que yo quería decirle que no solamente usted, patrón, tiene buen corazón; también su señora..., esa ropita, esos zapatitos... Sepa usted, a nosotros siempre nos han pateado en todas partes y ahora, por primera vez... No sé cómo agradecerles lo que están haciendo por nosotros. Aquí le he traído estas fresas

que crecen por el cerro, para que su señora le haga un buen dulce, y además estos otros frutitos parecidos a las murtillas; si usted tiene un poco de aguardiente... ¿O no ha tomado nunca mistela de murtillas?

Le agradecí el gesto afectuoso y acepté el canastillo con las frutas. Intenté luego entrar a la casa porque estaba corriendo un viento sur muy helado, pero Jorge Washington me detuvo.

—Patrón, yo, este..., quiero decirle algo. A un hombre como usted, tan rebueno, uno no puede mentirle; por eso quiero decirle toda la verdad.

—¿La verdad?

—Sí, patrón, toda la verdad. Estoy, patrón, estoy... otra vez en contra del Reglamento.

—¿Contra el Reglamento? ¡Cómo es eso! ¡Con qué me vas a salir ahora!

—Voy a salirle con la verdad, patrón. Siempre con la verdad. A un hombre como Ud. uno no puede mentirle. Yo, patrón, tengo chiquillos. Cuatro, patrón...

—No me vayas a salir con que...

—Es que a un hombre tan hombre y tan humano como usted, yo no puedo ocultarle la verdad.

—Bueno, canta..., ¿dónde?

—Debajo de esos mismos árboles; les construimos una especie de ruco. El mayor tiene doce años y sabe cuidar a los más chicos. El menor, sin embargo, últimamente parece que...

—¿Parece qué?

—Parece que está un poco enfermito, tose mucho..., apenas tiene cinco años.

Esto ya era demasiado. Quise enojarme, pero una vez más triunfó sobre mí la imagen de esa vida dura y primitiva; y la mujer, y esos niños, en fin, la simpatía del hombronazo...

—¡Bien, bandido, que así sea, tráelos para acá, para la casa! ¡Dejarlos solos y con este frío!... Y que esto sea lo último, Jorge, bien sabes que toda paciencia tiene su límite. Además el Reglamento no lo hice yo. Soy un empleado también, la culpa es mía si...

—¡Gracias, muchas gracias, patrón! Yo ya sabía que usted era un hombre así. Es bien difícil que un futre tenga buen corazón, que sea hombre, pero usted... usted parece que debe de haber sufrido en la vida porque, si no, ¿cómo iba a ser así, como es?

—¡Ya, ya, tráelos, y que no se hable más del asunto!

Pasó un mes. Los chiquillos se aclimataron a este nuevo hogar y mi esposa empezó a enseñarles las primeras letras. Aprendían con notable rapidez.

Había desaparecido todo rastro de nieve y la brevísima primavera había dado paso al verano. La mujer y los niños estaban felices; habían engordado y recuperado los colores. Sin embargo, Jorge Washington estaba cada vez más taciturno. Alguna inquietud muy profunda parecía estarle royendo el alma. Soporataba con paciencia el duro trabajo y algunos accesos míos de malhumor, sin chistar. Había perdido la locuacidad, y cuando me veía, bajaba la vista como sorprendido en un secreto vergonzante. Estaba más delgado y casi no cruzaba palabra con sus demás compañeros; ni siquiera se le veía reír como al comienzo. Notábase en él una lucha muy tenaz con su conciencia.

Por fin la caldera estalló. Uno de los pequeños aviones trajo, junto con las mercaderías, un barrilito de vino para las celebraciones de Pascua y Año

Nuevo. Mi esposa confeccionó algunos juguetes e hicimos una fiestecita para los niños de Jorge, únicos en todo aquel lejano aserradero montaños.

Jorge Washington, hasta el último instante, inventando pretextos, se había negado a asistir a la celebración navideña. Por fin, atardecido, se hizo presente. Llegó con leña, frutillas silvestres y flores; trajo, además, veinte choroyes para la cena. Después de dejarse vencer por mi insistencia, bebió algunas copas. Mediando ya la fiesta, sacó una viejísima armónica y tocó algunas canciones que recordaban lejanamente la música transandina. Los niños corearon esas extrañas melodías.

—El mismo hace esas canciones y se las enseña a los niños —dijo la mujer ruborizándose.

Próxima ya la medianoche y envalentonado por el alcohol, Jorge se acercó a mí y lloroso pidió hablarme en secreto. Yo temblaba ante las terribles confesiones que, por tanto tiempo, había callado.

—¿Sabe qué más, patrón?

—Yo no soy patrón.

—Sí, yo sé que usted no es patrón..., pero lo es. ¿Sabe qué?

—¿ ... ?

—Desde hace tiempo que estoy por decirle toda la verdad.

—Venga...

Irguió la cabeza y dejó caer los brazos. Aclaró la voz.

—Resulta que ustedes han sido tan rebuenos con nosotros que ya no tengo derecho a seguirles mintiendo. Porque yo no he sido franco ni leal con ustedes. Casi no duermo pensando en lo mal que me he portado. La sinceridad y la bondad, aunque sea a un futuro como usted, hay que pagarlas con sinceridad y

con bondad. ¡Perdóneme que haya guardado este secreto durante tanto tiempo! Le voy a decir toda la verdad. Yo, patrón, yo no me llamo nada Jorge Washington; mi verdadero nombre es Evaristo Aqueveque Aqueveque, para servirlo. ¿No me notó a la legua que yo era chileno? Quiero, patrón, que usted me perdone por no haberle dicho toda la verdad desde un principio, pero cuando a uno lo han pateado tanto en la vida, tiene desconfianza hasta de su propio nombre...

Su cara había resplandecido. Abrió sus ojos y los clavó en los míos. Pude advertir en ellos un alma liberada y unas pupilas de suma limpieza...

En la gavia

“Oculta los males de casa.”

Tales de Mileto

CUANDO EL SEÑOR F., BOTICARIO DE LA ALDEA Y ÚNICA voz en la salud de aquellos mansos pobleños, diagnosticó la enfermedad de Ramiro con sólo dos palabras: *morbus dementiae*, su padre, adolorido, pero previendo también funestas consecuencias, ordenó que el muchacho fuese encerrado en una jaula de gruesos y lustrosos barrotes que había allí, en el patio trasero, bajo el alar de la recocina; fue un miércoles.

La servidumbre, sin comprender mucho, espiaba los movimientos del recluso, que, absorto, pasaba largos ratos observando el techo de su celda. El muchacho, por su parte, pensaba en sus tiempos de colegial, evocando descompaginadamente escenas de esa lejana época en que era simplemente un niño retraí-

do y casi anónimo, mandado por su padre a la escuela siempre vestido de riguroso paño negro, negro lustroso, negro remendado, pero negro. "Serás, quiéraslo o no, un caballero"; y el obligado corbatón al cuello demasiado "planchadito, hijo mío, como la gente decente". Recordaba también aquella vez que se tragó la mosca, aterrorizado por la voz del maestro que le decía: "¿Piensa acaso comérsela?" Y él lo había hecho, automáticamente. Y el festival de fin de año, cuando había tenido que decir desde el procenio, disfrazado de cura: "Yo, en cuanto sacerdote, represento a Su Santidad, y en cuanto hombre, a la Ley. ¡Dios y Patria!" Pero los pensamientos se enredaban, y era el religioso quien se tragaba la mosca y la mosca quien hablaba de Dios y de la Patria. Este recuerdo, como cualquier recuerdo confuso, le inspiraba una suerte de asco que disimulaba con muecas sin sentido.

No obstante, Ramiro era feliz en su solitario mundo de nueve metros cuadrados.

El padre, en las habitaciones centrales, se paseaba inquieto y repetía para sí, tratando de penetrar en la fórmula: *morbus dementiae, morbus dementiae*, y suspiraba casi exánime; de súbito asentía con un movimiento de cabeza, se estrujaba el labio superior, volvía a repetir el fatídico nombre latino y concluía por quedarse en el sofá con la cabeza entre las manos. Era un juicio irrevocable, un nuevo dolor agregado a los muchos familiares; pero había que sobreponerse, aceptar con paciencia el estigma y salir adelante.

La madre, para no incurrir en pecado, pasaba todo el día tejiendo, había suprimido las visitas y, cuando osaba referirse a Ramiro, hablaba de "el enfermito", como si la enfermedad hubiese borrado de éste inclusive su propio nombre.

Los primeros síntomas de la enfermedad de Ra-

miro se manifestaron cuando empezó con la pregunta, con la obsesiva pregunta que nadie ciertamente pudo responderle a satisfacción: "¿Qué es un *homo sapiens*? ¿Cuántos pares son tres *homo sapiens*? ¿Qué caracteriza al *homo sapiens*? ¿No es ridículo ser *homo sapiens*? ¿Desde cuándo soy *homo sapiens*? ¿Cómo se puede dejar de ser *homo sapiens*?" Y así, hasta el fastidio, a toda hora, molesto, insistente. Y esto se agravó más con la ridiculización de todo, de todo lo serio, de todo lo respetable, de todo aquello que hace que nosotros seamos honestos, caballerosos y decentes. Y además la risilla, la insoportable risilla...

Ahora que él estaba enfermo, su buena madre, al recordar los buenos tiempos del muchacho, rompía a sollozar: "Oh Dios, pobrecito mío, ayúdalo. Ayúdalo por favor".

Ramiro era en verdad un loco, médicamente un loco, estadísticamente un loco, ya que se encontraba entre cuerdos. Quizás si en su pueblo hubiesen existido muchos de un condición, no habría sido encerrado en una jaula de nueve metros cuadrados.

La gavia era de madera y fierro, con unas canaletas de latón en los bordes del techo en prevención de las lluvias. En la mitad posterior del piso había un recubrimiento de mezcla, en plano inclinado, que desembocaba en una acequia paralela al muro, para que así pudiera satisfacer tranquilamente ciertos vitales menesteres. Ramiro sabía que los barrotes de su prisión eran treinta y seis, contados de uno en uno; cuarenta, contando cada lado separadamente; y muchos, mirándolos a simple vista. Sabía que éstos eran lisos y suaves y helados, de suerte que cuando sentíase un poco afiebrado, afirmaba su rostro entre ellos, recibiendo la fresca caricia del hierro; luego cuando uno de ellos perdía su frescor, cambiaba su

cara de sitio, y se quedaba así, absorto, como si toda su sangre, su vista, su ser íntegro, estuviera fijo en el reposo refrescante de las rejas. "¿Qué mirará?", pensaban las criadas, que lo espiaban; y dirigían la vista hacia donde reposaba la mirada vacía de Ramiro, y al ver que sólo había allí un guijarro, una planta pequeñita o algún trozo descascarado de muralla, una de ellas, como penetrando en un misterio, comentaba: "Sí, ve algo, de seguro que ve algo". Las otras asentían en silencio compartiendo la opinión.

Y Ramiro, acostumbrado a su soledad y encierro, cantaba la "Canción de los marineros", o una antigua canción de cuna, o aquella otra del "Estoy, estamos, están y estarán; comiendo, bebiendo y muriendo; se cierran y se abren las puertas; y siempre comiendo, bebiendo y muriendo...", que según la más vieja de las criadas la había inventado "el enfermito", como le llamaba por solidaridad con su patrona.

En los primeros tiempos del encierro, Ramiro era visitado por dos seres que se transformaron en sus únicos amigos: el idiota del pueblo y un pajarillo que tomó la costumbre de posarse todas las mañanas a cantar en el techo de la gavia, a cambio de algunas migajas de pan. El otro aparecía por las noches, saltaba la tapia, se acercaba a las rejas y quedábase observando con gran respeto al encerrado. Cierta vez llegó más tarde que de costumbre y con gran alborozo le pasó al enfermo un pequeño bulto emplumado. Ramiro miró la avecilla, al cazador y pensó en las próximas mañanas sin canto y en el gesto tierno y brutal del visitante. "Abreme la puerta", se le ocurrió decir. Pero el otro, tras una mueca amistosa, se fue sin responder; no se le vio en muchos días.

Pasado un tiempo, las cosas variaron fundamentalmente. La familia se había acostumbrado a la extraña situación, de manera que la puerta de la jaula se abría dos veces al día, ya sea para efectuar el aseo o para hacer menos opresiva al enfermo su estancia en la gavia.

El padre, habituado y hasta sereno, una vez se atrevió hasta mostrarlo a algunos de sus compañeros de oficina, los de más confianza, por supuesto... Ante todo les pidió discreción por lo que viesan u oyeran y, además, les explicó que su hijo no era ni una bestia ni un ser endemoniado, sino simplemente un buen hijo y mejor cristiano que, por el momento, padecía de una rara enfermedad llamada por la moderna ciencia: *morbus dementiae*. Los compañeros de oficina asintieron y dijeron: "Ah, ah", y le hablaron de un caso parecido que obtuvo pronta curación. Pero el padre, intranquilo al saber que otras personas también habían padecido el mismo mal, exclamaba defendiendo la dignidad de Ramiro: "Pero vean Uds., queridos amigos, la enfermedad que tiene el muchacho no es una *morbus dementiae* simple y vulgar, sino una *morbus dementiae* especial, progresiva y quizás... hereditaria"; y a esta altura del discurso bajaba la voz, usando el tono para los grandes secretos. Los amigos volvían a repetir: "Ah, ah", casi en sordina. El padre entonces inflaba el pecho y se perdonaba la mentirilla con que salvara el prestigio de su hijo y la honra familiar.

Se sucedieron muchas escenas como ésta, y Ramiro, que dentro de su anormalidad comprendía la buena intención paterna, se disponía a divertir a los visitantes. Para esto comenzaba a llamar la atención con algunos sonidos guturales; acto seguido se hincaba; dábse una vuelta de carnero hacia atrás y

otra hacia adelante; concluidas las volteretas, aullaba y se reía haciendo morisquetas, gritando frases incomprensibles y de variado tono; luego se arrodillaba, aprestándose a darse de cabezazos contra el recubrimiento de mezcla, suavemente, para no hacerse daño. Se desvestía, enseguida, previo intervalo, de la cintura hacia arriba, e imitaba actitudes simiescas con visajes y movimientos de cuerpo y brazos. En esta parte del espectáculo, padre, madre, visitantes y servidumbre, que no podían retener la risa por más tiempo, estallaban en sonoras carcajadas que Ramiro recibía con la complacencia de un actor, y las agradecía sacando un palmo de lengua y haciendo higas con ambas manos. Esto lo ponía eufórico y, a la vez, estimulaba la hilaridad de los presentes. Pasado un momento, volvía a producir sonidos guturales más agudos, indicando que a continuación vendría una parte muy interesante del programa; se dirigía entonces hacia las rejas y comenzaba a lamerlas como si éstas hubiesen sido de almíbar. Luego abría mucho los ojos y los paseaba sobre los asistentes. El dueño de casa sonreía satisfecho.

—Hay en él un algo de leonino —decía uno de los visitantes.

—De felino, diría yo.

—No, no. Con eso quiere explicar la aceptación de un destino inexorable; por lo tanto, su representación es simbólica.

—Sí, onírico —simbólica, expresaba un quinto, versado en asuntos intelectuales, dándole a la palabra onírico una entonación muy especial. Y entre risas, aplausos y glosas acerca de la enfermedad, amén de unas cuantas teorías sobre lo artístico, deshacía el grupo, dejando a Ramiro como siempre estaba, solo en su jaula de treinta y seis barras lus-

trosas. Y luego la vocecilla, apagada, gangosa, el "mamá" apocado y tímido, la honda opresión en la garganta, y la dilatada posición horizontal donde todo era tristeza.

Aquellas veladas doméstico-circenses repitiéronse periódicamente; fueron invitadas personas muy ajenas a la familia. En el pueblo, la sociedad pueblerina hablaba ya de Ramiro con orgullo, como refiriéndose a una atracción pintoresca y turística. El enfermo, por su parte, se había posesionado del papel y lo vivía naturalmente, a pesar del aburrimiento, de ese tedio que ni siquiera se puede transformar por el sentido del humor.

Y de repente lo inesperado. El padre había invitado a un alto funcionario, tipo más grosero y borrachín que influyente, el que esperaba siempre encontrar la "diversión inédita". El padre salió a recibirlo, complacido, acompañándolo por los largos y sombreados corredores. "¿Y usted dice que en realidad el espectáculo...?" Rayos de sol tejían difuminados rectángulos sobre el piso de barro cocido. "Aunque la recomendación viene de muy cerca, le aseguro que..." Y el padre se hurgó en los bolsillos un objeto inexistente para no dar tiempo al otro de preguntar algo de difícil respuesta. "Por otra parte, usted me aseguró que su hijo es un auténtico, cómo le dijera..."

Aproximáronse finalmente a las rejas, se ubicaron junto a otros invitados, sobre amplios asientos colocados allí a propósito, y esperaron. Pero el exhibido permanecía estático, y como pasara el tiempo sin que se moviera o intentara al menos hacer algo, el padre empezó a inquietarse, a hacer unas pequeñas señas disimuladas. "Vamos, no nos dejes en vergüenza". Luego se puso de pie, amostazado; avan-

zó hasta la puerta de la gavia y no pudo contenerse. "Vamos, haragán ¿piensas tenernos así toda la tarde?". Entonces Ramiro miró al padre, directamente a los ojos. Dióse vuelta y fue a sentarse en la parte posterior de la jaula, con un brillo de lágrimas en la mirada insolente.

El alto empleado lanzó una carcajada, sonora, importante, y dio una mirada de soslayo al padre, de modo que éste pudiera apreciarla en toda su magnitud.

La enfermedad de Ramiro repentinamente se había transformado en lucidez, y esto él bien lo sabía, casi doliéndose de ello, temiendo además que los otros no lo entendieran o se negaran a entenderlo. Esa misma noche el padre se acercó a la gavia, donde amenazó a Ramiro con severas reprimendas y castigos si osaba interrumpir aquellas exitosas actuaciones.

Ramiro aceptó el mandato paterno. Recomenzaron las veladas y el público fue en aumento; así pasaron quince días.

Una noche, luego de la represetación de las "graciosas excentricidades", en que Ramiro se encontraba agotado sobre el piso de su celda, se oyeron unos pasitos menudos. "Oiga, vengo a llevarlo". Era el idiota de la aldea, sonriendo excitado. Ramiro sintió de pronto que ya no podía seguir fingiendo, sometiéndose; ansiaba casi con desesperación meterse dentro del paisaje de los campos y las playas, penetrar directamente a las ciudades, donde se hace el amor, se trabaja y se ríe. De súbito, su mundo de nueve metros cuadrados se abría, ilimitado. "Ah, eres tú, creí que..." El idiota señaló detrás del muro. "Tengo dos caballos, todo listo, todo listo". Ramiro se incorporó. "¿Y para ir adónde?" El otro titubeó

antes de responder. "Bueno, donde usted quiera. ¡Lléveme usted! Yo le hablé al caballero. Y él tiene caballitos y un elefante. La carpa, detrás de la iglesia. Dijo que lo llevara. Yo también voy a ir". Ramiro enarcó las cejas, se rascó la nuca y por primera vez después de mucho tiempo se rió. "¡Abreme la puerta! ¿Quieres? La llave es esa que está en el clavo, allí en el poste". El otro obedeció y esperó, más viendo que Ramiro permanecía inmóvil, hizo un gesto incomprendible y atemorizado se perdió en el oscuro fondo del patio.

A la mañana siguiente, todos los de casa madrugaron por extraña coincidencia. Las criadas comenzaron con el aseo matutino y una de ellas, la más joven, se acercó a la gavia y vio a Ramiro ya erguido, afirmado rectamente contra las rejas posteriores, con su vista, como siempre, fija en el vacío. El día había amanecido espléndido, lleno de voces y de piores. La mujer abrió la portezuela y contempló al recluso que estaba apoyado en el suelo levemente, casi apenas tocándolo, la vista muy fija; a su cuello estaba atado un cinturón de cuero firme y tenso, cuyo extremo había sido amarrado a una de las vigas de la techumbre.

—¡Oh Dios, se...! —La mujer echó a correr en busca de los dueños de casa. A los pocos instantes el padre, la madre y el resto de la servidumbre acudían presurosos a la gavia. "Hijo, hijito". Y se apretujaban en la portezuela tratando de entrar al mismo tiempo. "Ramiro, Ramirito".

Entonces Ramiro estiró una pierna, abrió lentamente los brazos y esbozó una sonrisa.

—¡Qué sucede! Nosotros creíamos que... pensamos...

Ramiro entonces explicó:

—No hay de qué preocuparse. Es sólo un juego, un simple juego, un nuevo número en preparación..., una buena idea... simplemente...

La familia, malhumorada, regresó a los aposentos interiores.

Poco tiempo después, un día muy nublado y frío, de mañana, Ramiro abandonó la gavia, la casa y el pueblo. Cuentan que se marchó a una ciudad lejana y que allí se casó con una muchacha de trenzas muy largas y pocas palabras. Dicen que el padre de ella, maestro tonelero, empleó a Ramiro y le enseñó el oficio.

Murmuran además que Ramiro resultó un excelente artesano y que aprendió a tocar el guitarrón y a cantar.

Sin embargo, en el pueblo de Ramiro las gentes opinan que éste se murió, que se lo tragó la tierra, que desapareció una noche tempestuosa entre rayos, truenos y relámpagos.

Almuerzo y simpatía

—¿Y ESO LE PASA?

—¡Eso mismo! Ni más ni menos.

—¿Tres mujeres?

—Tres mujeres.

—¿Y con las tres...?

—Con todas ellas...

—Buen dar con don Octavio. ¡Quién lo hubiera creído! Y tan comprensivo que es, y tan gracioso, y sencillo, igualito a usted, don Carlitos. Por eso, pienso yo, ambos se han dado tanto a querer ¿Se ha dado cuenta de que desde que él está de jefe y usted de secretario, las cosas marchan muchísimo mejor en la oficina? —Antonio habló con esa voz reservada para las grandes ocasiones, sonriendo con servilismo, autoembargándose de sudorosa emoción. El secretario vació su copa, la contempló en la mano en alto y aprobó con un firme asentimiento— ¿Se sirve otra? Son tan chicas estas copitas.— Antonio insistió con voz muy suave, haciendo resbalar un sonido sobre otro.

—No, muchas gracias. Por ahora basta. ¡Pero usted no ha bebido ni siquiera una gota conmigo! ¡Cómo quiere que tome solo! —El secretario mostró sonriendo las encías, haciendo replegarse el bigote hacia las fosas nasales.

—Por si no sabe usted, don Carlitos, yo antes era medio aficionado a la cuestión, pero ahora... Ahora ya no.— Antonio volvió a llenar la copa del secretario y luego secó con la servilleta una aureola líquida que brillaba en la mesa.

—¿Y su señora, Antonio, tampoco bebe, ni siquiera con las visitas?

La Nena, que hasta ese momento no había dicho palabra, sonrió graciosamente, interviniendo en ese juego del mutuo sonreírse, tomó un poco de vino y bajó los párpados, mientras el secretario clavaba la vista en esos muslos que la falda ceñida hacía más relevantes.

—Así que era cierto aquello de las... tres señoras —dijo Antonio, reanudando el diálogo.

—Y muy cierto. Más aún conociendo a don Octavio como lo conozco. Para él el amor, bueno siempre el amor. Yo digo que el amor es lo más importante para la vida. ¿No le parece a usted, señora?

La Nena enrojeció, el rostro duro y los ojos fijos en sus manos.

—También es cierto..., sí, así, como usted dice —se apresuró a comentar Antonio.

La Nena fue a la cocina y trajo los tomates rellenos. El secretario la siguió con la mirada, recorriéndola.

—Sírvase no más, está en su casa. Los tomates están llenos de porotitos verdes, huevo, jamón molido, perejil y mayonesa. ¿Más vinito, don Carlitos? Aquí siempre tenemos vino para las visitas. Es-

te es "gran vino". Antes comprábamos "reservado", pero se ha echado tanto a perder, dicen. ¡Nena, ponle otra copa limpiécita a don Carlitos! Seguramente en casa de él ponen varias copas y vasos, ¿no es así?

—No, Antonio. En mi casa vivimos en forma muy sencilla. Tanto don Octavio, nuestro jefe, como yo, vivimos sin ningún aparato, democráticamente, como se dice. No están los tiempos para otra cosa. Por esta razón queremos que toda la gente de nuestra oficina sea así, sencilla, austera, como en una gran familia, ¿entiende?— Y clavó los ojos en la Nena, que desvió la vista de esa mirada tan directa.

—¿Más vinito, don Carlitos? ¡Pero sírvase queso, ajícito, aceitunitas! Todito lo que hay en la mesa es para comérselo. ¡Nena, retírale el plato vacío a don Carlitos! ¡Sé menos lenta, mujer! ¡Andale!

Al retirar el plato la Nena rozó delicadamente el hombro del secretario con uno de sus pechos. Ambos disimularon esta primera complicidad. Antonio lanzó una sonricilla al azar, con la intención de encontrar eco en el secretario, que en ese momento despepaba un ají.

—Yo digo —balbuceó— que una oficina como la nuestra tiene mucho porvenir, sobre todo cuando los patrones, los jefes, son así como ustedes, que se dan a querer por todo el mundo, ¿no le parece? Mi cuñado, el hermano de la Nena, trabaja en "Yutex Ltda." y dice que sus patrones son muy distintos. Fíjese que casi no saludan al personal, ¡qué le parece! Yo creo que una firma así va al fracaso porque la gente no trabaja a gusto. Entre capital y trabajo debe existir armonía, digo yo, amistad, cooperación amistosa, así como... como entre nosotros, ¿no le parece!

El secretario hizo un movimiento afirmativo

que correspondía a un pensamiento muy distinto. La Nena llegó con la sopa. En el primer momento su mirada se cruzó con la del secretario, pero luego la desvió, inquieta y ruborizada.

—¡Sírvase! —trinó Antonio— Es de “alverjitas” molidas, muy sanita para el estómago; el olorcito que tiene se debe al ajo picado y al tocinito frito. Aquí tiene quesito rallado... ¡Pero si usted tiene la copa vacía, don Carlitos! ¡A ver, déjeme servirlo yo!

—¿Y usted, Antonio, ni siquiera conmigo se bebe un trago? Esta es una ocasión muy especial. Sé que su religión se lo prohíbe. Yo respeto mucho esas cosas, pero uno, sólo uno... ¡Qué le va a hacer un solo trago!

—No es El, don Carlitos, quien nos lo prohíbe, sino que somos nosotros los que hemos hecho una promesa para servirlo mejor. Por eso nos apartamos de todos los vicios.— Antonio había adoptado una voz predicante.

—¿Vicio, unas copitas?

—No, don Carlitos, unas copitas no son vicio. Pero resulta que nosotros, como le decía, hemos hecho promesas y debemos cumplirlas.

—¡Pero qué es una copita sola, una sola! Yo creí que estábamos platicando la amistad.

Un rubor transparente matizó el rostro forzosamente risueño de Antonio.

—¡Cómo que no! ¡Claro que estamos platicando la amistad, don Carlitos! ¡Vaya con las cosas que usted dice! Por algo en nuestra oficina se vive como en familia y existe entre ustedes y nosotros verdadera comprensión y respeto. “Ama a tu prójimo”, dijo el Amado. ¿Y qué es el amor sino amistad; y qué cosa es la amistad sino amor?

Al coger la alcuza, la Nena dejó al descubierto,

ante los golosos ojos del secretario, el delicado vello de su axila. El hombre sintió percudir un latido en sus sienas.

—Yo propongo beber por la señora dueña de casa, por la reina de esta mesa. —El secretario habló con obstinación, poniéndose de pie y sirviendo tres vasos colmados de vino. Antonio se sintió acorralado. Tuvo el presentimiento de que una pendiente muy pronunciada se abría ante sus pies. Sin embargo, desde que don Octavio y don Carlitos se habían hecho cargo de la oficina las cosas eran tan distintas; la relación entre jefes y subordinados... Un vaso más, un vaso menos... "Dios es perdón".

—¡Por la dueña de casa y reina de esta mesa en que hemos tendido el mantel de la amistad, por la señora Nena! —El secretario recitó eufórico, y los tres bebieron ritualmente, con la vista fija en los platos y con la satisfacción de cumplir con un deber. Antonio sintió una dulce tibieza recorrerle aceleradamente el cuerpo, colmándolo de un dichoso sentimiento de amistad.— ¡Exquisito este otro vino, Antonio, se nota que usted sabe elegirlo, que es un hombre de buen gusto!

—Es de Cauquenes Maule —explicó Antonio—, a la Nena se lo manda su familia. Su familia es de Cauquenes, ¿sabe?

—¿Sí? —dijo distraídamente el secretario, por no cortar la conversación, e inclinó el plato para recoger los últimos restos de sopa. La Nena puso los platos vacíos en la bandeja y salió en dirección a la cocina, atrayendo la atención del secretario con la equina ondulación de sus caderas.

—¡Sírvese más quesito mientras viene el otro plato! —Ofreció Antonio con cariñosa humildad, fe-

liz de tener, por primera vez en su vida, a un superior de tal jerarquía en casa.

—¡Gracias, gracias, Antonio, usted me hace sentir en familia!

—Pero si eso somos, pues, don Carlitos, una gran familia, como usted lo ha dicho. Y, además, todo esto se lo debemos a nuestros jefes comprensivos. Don Octavio, por ejemplo...

—Es un buen jefe. Yo me siento muy feliz de ser su secretario. Y..., bueno..., trabajar con ustedes facilita mucho la labor.

—Pero dígame usted, don Carlitos. ¿es cierto eso de...?

—Tan cierto como que él mismo lo dice y él..., un hombre de su corrección no es capaz de mentir. Además, usted sabe, la vida del hombre es asunto complicado. Hay hombres blandos que no saben decir no, hombres que, a pesar de ser correctísimos...

—Sí, sí, correctísimos, don Octavio es correctísimo, nadie podría dudar que es correctísimo, pero... pero yo pensaba en otra cosa, don Carlitos. ¿Cómo será eso de tener tres mujeres? y, bueno..., estamos entre hombres, perdone usted...

En el momento en que el secretario iba a iniciar a su subalterno en los beneficios de una sana poligamia, llegó la Nena con los platos servidos, frunciendo los labios en forma de un delicada trompita.

—¡H'm, señora, esto tiene el aspecto de muy exquisito!

—Sobre todo es muy sanito para el estómago. Tiene carnecita picada, choclo, cebollita fina, papitas, porotitos verdes; como ve, todo muy sanito. La salsa que tiene es un secreto de la Nena, y ese secretario no se lo cuenta a nadie, ¿verdad, Nena?

—¿Y ni siquiera a mí me va a decir su secreto?

—interrogó meloso el secretario, clavando las pupilas en la mujer, que barajó la pregunta con un mohín de modesta coquetería—. ¡Y qué picantita está la salsa! Muy rico su secreto, señora. Pero esta vez sí que hay que pasarlo con un buen trago de vino. ¿O usted no es chileno, Antonio?

—Sí, muy chileno, don Carlitos; de Curepto, provincia de Talca.

—¡Bah, usted dice que es de Curepto, y no se atreve a rociar con un buen trago este plato maravilloso! No, Antonio, ésa sí que no se la creo. ¡Vamos, tómese un trago conmigo! Un trago más no significa de ninguna manera que usted se vaya a dedicar a la bebida y deje luego abandonada a una señora tan simpática. Además, usted sabe que en nuestra oficina no admitimos borrachos... Pero de ahí a no beber ni una copita, y en una ocasión como ésta... ¡Vamos, sírvase!

Antonio bebió el segundo vaso con suma facilidad. Una inusitada alegría le hacía cosquillas no sabía dónde. ¡Estaba tan satisfecho! ¡Cuándo se había visto al propio secretario de la oficina almorzando en la casa de uno de los empleados de menor categoría! Desde que don Octavio y don Carlitos se habían hecho cargo de la oficina, todo era tan distinto; había compañerismo, amistad, pura amistad. “Qué reunión más simpática, y en mi modesto hogar. Realmente soy un hombre afortunado. El me ampara”. Antonio sentía ganas de echar fuera unos lagrimones. ¿El calor? ¿La alegría de tener en su casa a don Carlitos? ¿El sentimiento de amistad? ¿El saberse apreciado por un gran jefe como don Octavio?... “¡Pobre don Octavio, y con tres...! Un alto directivo, una cabeza de institución, como don Octavio, quizás no debería... ¡Señor, será posible! En las

Escrituras hay muchos hombres que tuvieron varias mujeres y no por eso se olvidaron de Ti..."

Cuando el secretario propuso beber de pie por el dueño de casa, "el gran amigo Antonio Sandoval", el homenajeadó, no pudiendo rehuir una muestra de aprecio de esa índole, se bebió el vaso hasta el fondo. Y en su intimidad halagada, tuvo un pensamiento culpable. Don Carlitos había ofrecido un brindis por la Nena, luego otro por él. Pero nadie había tenido la ocurrencia de brindar por el mismo don Carlitos. Antonio se puso de pie con un vaso colmado entre sus dedos.

—Brindo —dijo— por este gran hombre, verdadero amigo de sus subalternos y magnífico jefe, que ha hecho de nuestra oficina, no un simple lugar de trabajo, sino un sitio de verdadera comprensión y amistad; ¡brindo por don Carlitos Echeverría! ¡Por la alegría de tenerlo en casa, en nuestra casa que, desde hoy, puede considerar como la suya propia, como su propio hogar!

El secretario y la Nena bebieron con Antonio, eufóricos. Cuando volvieron a sentarse ella enrojeció súbitamente. Algo, que en un momento no pudo explicarse, sucedió bajo la mesa. La cálida mirada del secretario confirmó sus sospechas. Se paró entonces, y encendida, fue en busca del postre a la cocina.

—Usted no puede imaginarse, don Carlitos, la alegría que siento de tenerlo aquí en mi modesto hogar; sin embargo, echo de menos a don Octavio. La próxima vez también lo invitaré. Aunque su problema, eso que usted me contaba, yo no sé si... ¡Qué hombre tan notable es don Octavio, y qué inteligente! El asunto de las mujeres es cosa curiosa... Menos mal que la Nena es tan dócil...

—Así parece.

La Nena repartió los platillos con el postre (flan de sémola con leche, pasas de corinto y miel de palma). Antonio se bebió otro vaso.

—Muy bueno su almuerzo, Sandoval. Realmente es usted un buen anfitrión y un mejor amigo —reafirmó el secretario, acariciando desde lejos todo el cuerpo de la Nena, quien captó la llama que encendía su piel y la devolvió con tímida inquietud.

—Así hay que ser. Todo el mundo debía querer-se.— Antonio hablaba desde una euforia que pugnaba por vencer a la modorra.

Ella sintió nuevamente el contacto por debajo de la mesa. Fingió no haberlo notado, pero arqueó el cuerpo como gata en celo, mientras el marido, con pasos vacilantes, se dirigía a buscar una botella de licor al armario con puertas de vidrio.

—Este traguito lo guardamos para las grandes visitas, para los amigos del alma —balbuceó con lengua traposa—. ¿No es así, Nena? Yo propongo que nos tomemos el primero por don Octavio y el otro por todos los compañeros... —Y Antonio empezó a beber por su cuenta; cerró los ojos, cantó a media voz: "Siento una voz en mi alma... Como ríos de agua viva..."

El secretario cogió la mano de la Nena y se la estrechó con fuerza. Ella entreabrió los labios y bajó los párpados; comenzó a perder el control.

—Podíams visitarns más a mnudo —Antonio Sandoval no podía abrir los ojos—, un vez usteds en nustr cas, otra vez nosotrs en las suys. Patrons y empleads, tods fraternals; sí ps, don Carlits, tods amigabls. El dijo amaos los uns a los otrs. Así deb ser. Sientuna voz en mi alm... como ríos diagua viv...

Las manos entre las manos, las rodillas apre-

tando las rodillas, las miradas sorbiéndose con ímpetu.

—Sírvese, sírvase, don Carlits —la voz gemía—. Como yo no beb, este traguit lo guardams para los viejs amigs, para los verdaders amigs del alma. —Con la vista ida bajo los párpados pesados estaba vaciando la botella—. Salú, salú, mi viejo lindo. Luego vino el sueño, la cabeza rodó sobre los brazos extendidos, la respiración se disfrazó de fuelle, los huesos se tornaron blandos, voló hacia otras regiones.

El secretario cogió a la Nena de la mano y trató de hacerla salir del comedor sin que opusiera resistencia. Pero en ese momento Antonio abrió un ojo y algo se movió en su conciencia, con torpeza. Tragó una saliva muy espesa, aclaró la garganta y gimoteó con su emoción funcionaria a flor de piel:

—Don Carlits, mi viejo... No me dejen solo todavía. Hable de don Octavio... hablems de nuestra oficina..., hablems sobre la mistad...

Día de risas

“Razón tuvieron los dioses cuando dispusieron que el pobre también gozara del don de la risa”.

MORICS ZSIGMOND

ERA YA EL NOVENO DÍA DE LLUVIA IMPLACABLE, SIN INTERMITENCIAS ni asomos de disminución. El río seguía creciendo, amenazando con su enorme caudal a las chozas malamente construidas por manos poco expertas, próximas a desplomar su materia reblandecida y convertirse en delicados escombros de material ligero.

Junto con esa lluvia de junio, temprana y furiosa, la orden de desalojo, el perentorio aviso judicial, el plazo de diez días para liar bártulos y mandarse cambiar; diez días para planear el asalto a otro terreno, la conquista de otro sitio baldío, la toma de otra tierra desocupada. Porque ellos eran eso, asaltantes, conquistadores, guerreros en procura de esos

palmos de suelo que en la ancha tierra se les negaba.

“No hay mal que dure cien años, compañeros, pero, cuando un mal viene no llega solo. Y lo peor es que tenemos más de quince enfermos en cama, y otros que andan en pie y esperan la muerte como quien espera vacaciones o una jubilación. Además tenemos muchos sin trabajo, textiles como yo, maestros de primera; con esto de la quiebra de la industria de la seda, y le agradecemos su cooperación y aquí está su desahucio y cuéntelo y firme aquí. La verdad es que al viejo lo despidieron por borracho y a mí porque me la tenían jurada hacía tiempo. Claro que la cosa no es como para afligirse mucho, porque me he visto en otras peores”.

Estaba habituado a levantarse muy temprano (encender el fuego para el desayuno, esperar largamente el ómnibus, la hora de viaje, los atrasos que disminuyen el jornal y el maldito reloj) y así lo hizo ese noveno día en que se cumplía el plazo bajo la lluvia recia y penetrante. Los que en la reunión de la víspera manifestaron no moverse y resistir el desalojo, ya circulaban por las estrechas y lodosas callejuelas, saltando charcos, a carreritas, con las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Su mujer, esperando el cuarto crío, se quedó otro rato más en cama. El mayor de los niños fue a buscar el agua mientras él encendía la cocinilla, fumando el primer cigarrillo. Le había prometido a su mujer que se casarían cuando pudieran tener su rancho propio y algunas comodidades, “y además podré cobrar asignaciones familiares, aunque me amarre por el resto de mis días”. La casa en que vivían estaba casi terminada, con un casi jardín y con ventanas, inclusive; sin embargo, la imprevista orden judicial los haría postergar nuevamente el matrimonio. “y la vieja no

me cree y dice que en el fondo son pretextos míos y que le da vergüenza que la gente vaya a saber y que por eso su hermana no viene a visitarla”.

Salió al pilón de agua común con la intención de lavarse, pero la lluvia, a los pocos pasos, lo empapó por completo. En la mano apretaba el jabón y el paño de manos más que húmedo. Marchaba ufano, hundiéndose en el barro, chapoteando como sapo tranquilo, cual si hubiese sido aquél un día espléndido. Frente al pilón, una vecina que lo espiaba, acurrucada bajo un alero, lanzó una carcajada chillona. El le clavó los ojos, molesto, ridiculizado por esa boca sin dientes que volvió a reír franca, quizás sin intenciones de burla. Reprimió la furia y sin hacer caso de la otra empezó a lavarse. Pero la mala suerte se le había encaramado a la espalda, de manera que, antes de siquiera comenzar a jabonarse, la pastilla de jabón resbaló de sus manos como un pez y se incrustó en el barro lechoso. La vecina, que por un corto momento se había calmado, reinició una risa que se filtró explosiva entre el ruido monocorde de la lluvia.

De improviso se vio a sí mismo, empapado, la toalla estilando, el jabón en el fango; vio esa boca desdentada, esos ojos brillantes casi próximos a las lágrimas; vio a su mujer con la nueva cría, esperando el siempre postergado casamiento; vio las casas de la población, que luego, por la crecida del río, se llevarían las aguas; se vio sin trabajo, buscando, buscando, de fábrica en fábrica; vio a los dueños del terreno, a la fuerza pública, a los señores con legajos de papel y a las aguas que subían y subían peligrosamente; vio, recordando, la escena de apenas un mes atrás, cuando llegaron a estas tierras ribereñas, sitios eriazos llenos de basura en los que ellos, en una no-

che, en una sola noche de laboriosa vigilia, levantaron un poblado; y la vecina nuevamente y su rabia "y la ridiculez de todo esto". No pudo ya contenerse y, contagiado, lanzó una carcajada y otra, y luego otra; ya nada ni nadie podría detenerlas.

La vecina, estimulada por el estallido jocoso de él, redobló su risa infatigable, mirándolo entre esteriores, los ojos llenos de lágrimas, naufragando en su reír, y con las manos apretándose el abdomen lo vio partir, chapoteando como un pato desesperado.

Volvió a la ranca, empapado hasta el alma, embadurnado de lodo, pero con una risa tan fuerte, tan potente, que su mujer, a pesar de haber perdido hacia años la costumbre de reírse, prorrumpió en carcajadas tan sonoras y agudas, que terminaron despertando a los niños más pequeños que aún dormían; los chicuelos, a su vez, salieron del lecho llenos de risitas cristalinas y vibrantes. Así estuvieron un buen rato, jadeantes, estimulándose mutuamente.

Cuando ya el caudal de risa parecía agotarse, apareció en la puerta la vecina, acompañada de un viejo cadavérico, respirando con dificultad debido a su risa abundante y explosiva. Aquella visita inesperada los hizo aumentar las carcajadas que amenazaban dejarlos sin aliento.

Salieron a la callejuela estrecha, embarrada, larga y diluvial, ebrios de reír. Nadie decía palabra. Por las puertas de los ranchos, por las ventanas, por los orificios, aparecía gente que se iba sumando a esta gran risa colectiva, inmensa, inatajable y poderosa.

De pronto algunos pocos se calmaron. Rengueando entre baches fangosos y grietas ahítas de agua, venían un automóvil y un camión toldado. Al verlos comprendieron quiénes eran y a qué venían.

Del automóvil descendió un señor alto, grueso,

de severos lentes, sombrero de ala corta e impermeable. Al bajarse hundió una pierna en el fango casi hasta la rodilla y, por quererse desprender de aquella trampa, enterró sus manos enguantadas en el barro cremoso. Esto azuzó en los demás esa sed de risa, esa indetenible explosión.

Un grupo de hombres de civil y dos policías descendieron del camión, estrellándose contra el muro de risas, y se quedaron allí, inmóviles, sin saber qué actitud tomar ni a qué lado dirigir las miradas confundidas, calados hasta la médula, los pies hundidos en los charcos.

El señor del automóvil se acercó al grupo, tratando de limpiarse el lodo, con lo que sólo logró embadurnarse más.

—¡Qué sucede aquí! —Su voz fingía enojo—
¡Qué les pasa! —Se miraron unos a otros; un eco de risas respondió a sus palabras—. Yo sólo vengo a cumplir con una orden, con mi deber. A ustedes se les avisó con tiempo. Para algo existen todavía las leyes... —Aumentó la risa, el eco de risas, la pared de risas, la lluvia de risas—. —¡A ver ustedes! —Ordenó exasperado a sus acompañantes, que, ya un tanto risueños, pugnaban ardientemente por no reírse a mandíbula batiente. Pero en ese instante todos dieron vuelta la cabeza porque un estruendo se había producido a cierta distancia: un rancho se derrumbaba, sus restos iban ya navegando airoso, río abajo. Además, el agua de la incipiente inundación empezaba ya a correr, avasalladora, por la única y larga callejuela.

El señor del automóvil saltó sobre unos maderos de desecho y ordenó una rápida retirada, mientras los demás continuaban la risa, cada vez más sonora, más fuerte, más sana y prepotente y agresiva.

—¡Jódanse! ¡Quédense! ¡Hagan lo que quieran!
—espetó la voz desde la ventanilla del automóvil, antes de gritar el “¡vamos!” que dio inicio a la marcha con que huían del peligro, del agua y de la risa.

Mientras los veían alejarse no pararon de reír, y siempre riendo regresaron a sus casas, con el ánimo de salvar los escasos enseres de la próxima catástrofe. Pero antes de media hora la lluvia había cesado y rojos arreboles aparecieron por el horizonte.

“Me asomé a la calle, compañero; dos hombres medio risueños fumaban en la puerta de la casa del frente. “¡Qué le parece si vamos a ayudar al que se le cayó la casa!”, me dijo uno de ellos. “Hay que hacerlo, respondí, y habrá que terminarla hoy mismo, en el día, antes de que oscurezca, antes de que empiece nuevamente a llover...”

En vísperas de la salvación

“Surges de cruces y espadas terriblemente mordida entre serpientes verdes, como una gran almendra, galopa tu nacimiento el ancho caballo español...”

“Gran Oda Clásica a Hispanoamérica.”

Pablo de Rokha

MAESE MELCHOR ACCIONO LOS MUÑECOS REMEDOS DE AR-
lecchino, Pantalone y El Capitán, trasladados de la
Commedia dell' Arte al Nuevo Mundo— y los pobla-
nos se congregaron rodeando su abigarrado basti-
dor. Las grotescas figuritas llamaron la atención —en
fingidos latines— de las gentes de una ramada que
se despobló de parroquianos, venteras y guitarristas.
Los odres de generoso morapio chileno, mejor que
el mejor vino tinto borgoñón, habían comenzado a
trasegarse a las botas, y de éstas a las bocas, desde
la noche anterior. Los doce dominicos del convento
y los pocos jesuitas llevando la infaltable cruz-pañal,

circulaban con la seguridad del que vive un momento demasiado importante y personal. El alguacil desde su cabalgadura de recargados jaeces, despin-tados guadamecés, guarniciones de cordobán sudado, estropeada gualdrapa y zurrón con la cruz de Sant lague guerrero, que como un "Deus ex Machina" intervenía contra los infieles, miró sobre su duro mostacho al ayer volatinero y hoy dueño del milagro retablillo para procesiones.

"*Al infernus... condenatus... impius... relaxus... Christus Sanctus... Bululú Bubú*", chilló un muñeco con acento portugués.

Los presentes sintieron la impresión de un latigazo, algunos dominicos sonrieron y el alguacil infló el pecho bajo el policial jubón. Las zamacuecas, insistentes y festivas que salían de las otras ramadas y tiendas adosadas a la pared exterior de la iglesia, sonaron apocalípticas. Arlequín, tocado con sambenito negro y Pantalón ataviado con sambenito rojo-amarillo, se paseaban intranquilos vistiendo las ágiles manos de Maese Melchor. El siniestro atuendo de los títeres aumentó la impresión causada por los falsos latines: *Al Avernus herejes van, horror de horroris*", bramó El Capitán. Las fritangas empezaron a agredir el olfato ya saturado de incienso que salía por los ventanucos que no poseían vitrales como en el Alto Perú. Más allá de Maese Melchor y sus atentos espectadores, la algarabía se acrecentaba con la chicha, el aguardiente y las comidas ajisadas. Los dichos de los muñecos acentuaban la religiosidad de las gentes, a la par que sus temores al Infierno. De pronto, desprendiéndose del grupo, una anciana andrajosa de vacilante andar, abrióse paso entre los atónitos espectadores y clamó en voz alta y emotiva: —¡Oh Señor, Oh Amado Rey de la Misericordia!— La intensi-

dad de su clamor fue en aumento: —¡Oh Bendito Señor de Mis Pecados!... ¡Oh Amado Rey de Reyes!— fue su postrer y patético alarido antes de caer de hinojos, erguirse y sacudirse los harajos. Bamboleándose, la venerable anciana miró en derredor y murmuró:— ¡Buen dar que estoy borracha!— y se marchó. Un dominico cano y desdentado trató de detener una carcajada irrefrenable.

“...*Quien creyeshe y entendieshe y alabar al Dios quisieshe Baruj U Barú Shemó*—” Da Silva cantaba muy bajo, moviendo apenas los labios y balanceando levemente el cuerpo: entonaba el dialecto ladino en forma más peninsular que semítica, empleando el tono característico de las juderías de Toledo. Fonseca, al lado suyo sacaba mentalmente la cuenta de los dineros que huían de sus manos para engrosar las arcas del Santo Oficio. Al través de los gruesos barrotes penetraban aires de jarana. Un murallón de gruesa mampostería los separaba del bullicio con que el pueblo celebraba el que ellos estuvieran allí, aguardando la partida para Lima donde el Auto de Fe celebraría con toda la pompa y aparato dispuestos.

“—*Baruj Atá Adonal Elœinu Melej Aolam*—”, musitó Da Silva entrecerrando los capotudos párpados. En la capital peruana ya estarían levantando el tablado y sobre éste un buen cadalso, con amplias tribunas para el Virrey y los Miembros del Tribunal, seguidas de otras menores para aposentadurías del Fiscal, la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas, el Cabildo Eclesiástico y familiares de los importantes. Peanas llenas de butacas, crujían con barandales, pasadizos separando cada rango, algazara más fúnebre

y excitante que la que ahora festiva, estremecía la mañana santiaguina. Todo el gremio de carpinteros limeños mancomunados para lograr la perfecta escenificación del Auto. "Y ambos, Da Silva y el Inquisidor, creen en la misma Escritura", pensó Fonseca. "*Breishit Bará Eloím Et Hashamayim*".

Redobles de tambor que se aproximaban a la iglesia, acallaron las humildes voces de Arlequín y Pantalón, también la airada de El Capitán. Dos jóvenes con romos bonetes de estameña que se encaminaban al baile, detuviéronse expectantes: el alguacil se cuadró sobre su montura y un dominico que subía al templo paróse en el último peldaño. Con voz cascada el pregonero leyó excomuniones, anatemas, relajaciones y listas de condenados. Las zamacuecas detuviéronse en la vuelta y las manos de Maese Melchor no fueron nada más que manos vestidas de oropel y coronadas de títeres inmóviles; el vino y los licores permanecieron en los vasos; sólo el chisporroteo de las sartenes friendo acompañó, como a propósito, la voz del que pregonaba. Un contrapunto de campanadas infundió más catolicismo en los presentes, quienes, muy a la escondida, se encontraron culpables de todos los delitos. Algunas varas más allá de las ventas y tenducos, detrás del muro conventual, estaban los encarcelados, los impíos, los que habiendo estado tan cerca de la Luz prefirieron las tinieblas. Se marchó el pregonero redoblando hacia el Cabildo. La música del baile continuó en el mismo punto donde fuera detenida, el alcohol llenó las gargantas y los muñecos de Maese Melchor volvieron a hablar, pero con voz diferente. El alguacil, más importante aho-

ra, arrendó el ronzal de su cabalgadura a un postecillo y penetró a una enramada donde se apercibió de lo que quiso, sin desembolsar ni una moneda. El *Pange Lingua Gloriosi* llenó la nave central y salió lleno de incienso al atrio y lugares de celebración.

Las ratas se habían acostumbrado a los presos: les bebían la escasa agua del cazo de azófar abollado, disputaban las migajas que a veces caían de esas bocas que antes probaron harturas, trepaban a los jergones hirvientes de chinches y piojos, y jugueteaban por todos los ámbitos de la estrecha celda. Da Silva tapó su cabeza con el jubón y maldijo sus años de marrano que observaba el descanso dominical y además la prohibición de comer cerdo. De nada le valían ahora más de un millar de misas oídas, ininterrumpidas novenas, largos rosarios e innúmeras jaculatorias. Las carnes de la espalda laceradas, las llagas de los brazos y los bubones de las ingles que cundían con el calor, no encontraban remedio en ningún tipo de preces. En un mundo en que todo, como la muerte, era definitivo, él no tuvo la posibilidad de ser auténtico. No supo cómo ni a quién rezar. Fonseca pensó en voz alta acerca de sus haciendas, brocados, espadas y talegas colmadas de platería; visualizó los cofres y bargeños que sobre mulas trotonas salían de su casa para no retornar jamás; esto era en Santiago. En Lima... La Cruz Verde estaría rodeada de cirios encendidos, pronta a salir en procesión, rodeada de eclesiásticos cantando el *Vexilla Regis prodeunt*... salmos y andar cadencioso ante la expectación alegre y aterrada de los fieles... *Fulget Crucis mysterium*... los cuarenta y ocho religiosos asirían los

velones como cetros del reino celestial... *Qua vita mortem pertulit, Et morte vitam protulit...* entonces la hilera caminaría hasta la plaza, solemne en el silencio de los creyentes que atestarían las calles... *Regnavit a ligno Deus...* al llegar al palacio, torcerían nuevamente en dirección al palenque, donde el prior dominico esperaría, impaciente, que la verde cruz pasara a sus manos para luego colocarla en el altar adornado con magnificencia. Allí las voces entonarían el *Hoc Signum Crucis*, entre cirios recién prendidos y farolillos de brillante color. Retumbarían en el aire la proclamación del triunfo sobre los infiernos: *Statera facta corporis Tulitque praedam tartari;* y más tarde... (En el interior de una iglesia poco iluminada pintó don Francisco de Goya y Lucientes, tal como en ese Perú que diera las escuelas potosina y cuzqueña, y donde un hijo de Murillo fuera maestro de pintura, la siniestra ceremonia del Auto de Fe. Obesos condenados vistiendo ridículos capotillos blanco-amarillentos y puntiagudos bonetes rayados en espiral señalando paralelas equidistantes; manos juntas sosteniendo la crispación, crasos dominicos de albas vestiduras, calvos franciscanos y pendolistas cegatones acaparando la exigua luz de las tímidas llamas de las velas; jueces y letrados de blancas pelucas y ornadas casacas cubriendo enormes vientres; cuerpos contrahechos sostenidos apenas por raquílicas piernas forradas en medias de seda y calzadas con zapatos regiamente hebillados; atmósfera de luto histriónico en cuyo tablado lleno de tarimas se juega a la justicia sádica y a la fe fanática; mercedarios apopléticos y jesuitas ergotantes de porte militar; impúdicos creyentes con los dedos agarrotados sobre la bolsa de monedas y recatadas damas feligresas pensando en las próximas aventuras sobre el lecho; es-

cena pícara que el autor de los "Caprichos" creó, más que por mero arte, como documento de ese mundo que tan trágicamente ridiculizaba).

Da Silva recordaba haber presenciado, desde copas de árboles, techos y azoteas, varios autos de fe, riéndose de los ataviados con sambenito, desechando pensar que algún día él podría llegar a ser protagonista. Siendo muy niño descubrió que su familia se privaba del cerdo, no por temor de que se les inflamasen fluídos vitales o hipocondrios, sino que por costumbre ancestral. Entonces él, secretamente aconsejado por sus parientes, hizo lo mismo... *y reposó el día séptimo*. Conoció a Fonseca, joven y portugués, aventurero, muerto de hambre, larga barba y pronto a descansar sábado y domingo. Hablaron de los *antiguos*, leyeron El Libro y entonaron salmos. Juntos prosperaron por el barrio de la Chimba: tropillas de yeguas cimarronas, plantíos de camuesos y manzanos, viñedos propios al lagar y mulares vendibles, luego en Potosí, para las faenas de la plata. Y Da Silva *reposó el día séptimo*. Y Fonseca *reposó el día séptimo*. Pero los ojos avisores de la Fe, la mirada escrutadora del Santo Oficio, vigilaban...

Antes de que el Alguacil hiciera cumplir la orden, las ramadas habían callado: arpas, sonajas, vihuelas y rabeles abandonaron las manos que los tañían. El gentío se vació a la plaza formando camino. Maese Melchor guardó los muñecos con ternura y sumo cuidado. Los frailes hicieron fila desde la puerta misma del convento. La carreta reculó hasta ensamblar con la puerta. El badajo golpeó fiero sobre los bronces y el coro se elevó colmando la nave. Los pe-

nitentes salieron uno a uno, blasonados con sus capotillos gualda y gules, negros unos pocos. Las barbas hirsutas, los rostros famélicos y las orejas sobremarcadas, pintaban en sus rostros las condenas al Infierno. Ante los impresionados ojos de los asistentes, las cabezas de los prisioneros cubriéndose de cuernos, las asentaderas de rabos y los pies de pezuñas. El azufre eliminó el incienso y al picor de las frituras. Multitud de manos persignaron rostros asustados y muchas bocas imploraron misericordia divina. Frailes, corchetes, dignatarios, alguaciles, hombres de pro y vecinos honorables cerraron la comitiva. En Valparaíso habría un barco que inflaría velas hacia el Perú. "En la Santa y Muy Católica Ciudad de Santiago de la Nueva Extremadura, Capital del Reyno de Chile, en este año de Gracia de mil seiscientos ochenta y...", el pregonero los despidió batiendo el tambor con energía.

Mucho de esto pensó, recordó e imaginó Maese Melchor Pérez, marrano, natural de Coimbra, Portugal, artista de feria en Chile y luego filibustero en las costas del Perú, poco antes de que por orden del Tribunal del Santo Oficio, fuese llevado al cadalso con el objeto de salvar su alma.

No le miento...

NO LE MIENTO AL CONTARLE QUE YO TAMBIEN ASISTI UNA vez, siendo mozo, al baño que anualmente le daban a don Remigio. Y ahora, con el secreto que usted acaba de contarme... ¡Buena cosa con esto de la vida!... Pero volvamos a lo del baño y mis recuerdos.

Como el futre don Hugo estaba en Santiago, aquella vez le tocó al patrón Sergio dirigir la compañía. Partimos después de almuerzo, con todo el calor pegándonos fuerte por la espalda; estábamos en verano. El Rosalindo llevaba los instrumentos en una maleta de mimbre: tijeras, navaja, jabón, piedra pómez que le llaman, una botella de agua de quillay para el pelo y unas pilchas casi nuevecitas que eran del mismo patrón Sergio, como le digo, de las mismas que se usan para la elegancia en Concepción.

Cuando llegamos al río, al río Colpi, ya había mucha gente esperando, hasta visitas de Quino y de Perquenco había, porque nadie se olvidó que ése era el día del año en que bañaban a don Remigio.

El Manuel Antonio se encargó de espantar a las señoras mujeres y a las chiquillas jóvenes, para que no fueran a ver al viejo así, en pelotas. Algunas alegaron que eran viejas y casadas, quedándose allí, sin moverse, ya que si se perdían ese baño, tendrían que esperar hasta el año siguiente, suponiendo que el anciano pasara el próximo invierno.

El patrón Sergio, me acuerdo, le pidió el maletín al Rosalindo y lo dejó parado encima de unas piedras. Entonces le dijo a don Remigio que se sacara la ropa, él, solo, a lo hombre, ya que la hora del calor no tardaría en pasar.

El gentío formó una especie de medialuna bastante grande para ver desnudarse al viejo. Primero don Remigio se sacó el sombrero y el pelo le saltó tieso como carrizo. En seguida, cuatro huainas que jugaban en el equipo de fútbol le ayudaron a sacarse el poncho, que costó mucho hacerlo salir porque se le trancó en la cabeza. La chaqueta fue más fácil, lo mismo que la camiseta, que salió tan dura como si le hubieran echado agua de cal sucia.

Ahí, en ese momento, a pleno sol, el anciano se puso a tiritar, pero la gente le dio ánimos. Cuando se sacó la faja, los pantalones se le cayeron parados, como de cuero sin curtir. Fíjese que la parte de arriba del calzoncillo no fue difícil, pero la de abajo la tenía como pegada a las pantorrillas. Las ojotas se las sacó él mismo. Quedó entonces pilucho, parado en sus dos pies, que parecían pezuñas arrugadas, sin moverse. El patrón Sergio entonces lo empujó, pero el viejo no quería meterse al agua. Pero como la gente empezara a chillar y a gritarle leseras, el anciano se acercó al río y tiritando muy fuerte metió sólo los pies. Otros viejos, un poco más jóvenes que don Remigio, lo aplaudieron, por reírse de él, creo yo. Un

chiquillo le tiró agua con las manos, y el viejo, enojado, le lanzó un insulto tremendo; el Rosalindo lo corrió a peñascazos. A pesar de que la gritería era grande, el anciano todavía no entraba al agua. Entonces el patrón Sergio sacó una voz como cuando anda enojado y le ordenó que se metiera al agua sin miedo, a lo valiente, Tiritando como quiltro apaleado, el pobre don Remigio entró al agua hasta el cogote y se puso a manotear como quien, sin saber nadar, se ahoga.

El patrón Sergio y tres más se pusieron calzones de baño y se lanzaron al agua como patos; sacaron luego al anciano a la orilla y, con el jabón de olor que llevaban, lo llenaron de espuma y comenzaron a refregarlo con escobillas de ramas; le echaron agua de quillay en la cabeza y, friega que te friega, lo fueron dejando canoso. Le enjabonaron cabeza y cuerpo más de tres veces. El anciano seguía tiritando, cada vez más fuerte, meneándose como la hija de la Edelmira, esa a la que de repente le entraban los malos espíritus y que en una de éstas se quedó embarazada.

Mientras lo lavaban y una vieja muy comedida, que era mi abuela materna, le sobaba las piernas con una coronta de choclo y harto jabón, don Remigio se cubría las verijas con sus dos manos, impidiendo que lo fueran a jabonar por allí. El patrón Sergio entonces echó a mi abuela y gritó que el lavado también tenía que ser por allí. El anciano tímidamente se jabonó entre las piernas y se metió de nuevo al río para enjuagarse. Se sumergió varias veces y salió a la orilla.

Entre varios lo secaron con sacos harineros y le pusieron la ropa limpia que el Rosalindo había llevado en la maleta. Don Remigio quedó muy raro, con la cara de resfriado y los ojos rojos y brillantes. Ves-

tido ya, lo sentaron en una piedra grande y entonces el patrón Sergio le fue cortando el pelo con una inmensa tijera; apareció la frente y la cara quedó más flaca. Con la navaja le afeitó la cara, menos los bigotes. Le pusieron zapatos y calcetines y hasta un sombrero negro, casi nuevecito, que perteneció al futre don Hugo.

Toda la compañía que había visto el baño anual de don Remigio quedó satisfecha y contenta. Nos fuimos entonces hacia las mesas que las mujeres habían preparado, y nos pusimos a comer y a tomar como Dios manda, con el viejo a la cabecera. Durante la comida el patrón Sergio prometió que, para el año siguiente, si don Remigio seguía viviendo, traería, además de vino y cordero, pipeño y mistelas, ya que el padre de la señorita con la que pensaba casarse tenía varias hectáreas de pura viña.

No le miento si le digo que se pasaba muy bien en el baño que, sin falta, a mediados del verano le dábamos a don Remigio.

A propósito del secreto que Ud. me acaba de contar, he podido acordarme de otras cosas de don Remigio. Al viejo, por ejemplo, le gustaba leer, y al lado de su pieza junto al establo se construyó una especie de palomar grande, donde había una silla y unas tablas llenas de diarios y revistas antiguos que él hojeaba casi todas las tardes. Allí no dejaba entrar a nadie, pues cuidaba esas reliquias de papel como huesos de santo. Sin embargo, cuando lograba engañar a algunas hembras jóvenes y medio lerdas, se las llevaba al cuartito donde les leía poesías y las manoseaba enteras. Parece que en esa época el anciano todavía

le hacía punta a la cosa y funcionaba como gallo joven, ya que el crío que tuvo la Clemencia, y que aprendió a hablar recién a los ocho años, todo el mundo se lo achacó a don Remigio.

—¡Qué lee tanto, don! —le pregunté un día con voz ronca, como para asustarlo, asomándome de repente a su ventana. Entonces me hizo entrar y me leyó algunas cosas sobre la Cosach, que era algo de las minas del norte que dan salitre del que se usa para abono. También leyó algo del Presidente Riesco y sobre la guerra del 79, de la que me dijo era veterano. Yo sabía que todo eso era mentira, ya que si hubiera sido cierto, se habría oído decir. Después recitó algunas poesías con mucho sonsonete, donde mentaba a casi todos los pajarillos que vuelan por estas regiones. Y como descubrió que yo tenía el oído paciente para escucharlo, un día me llamó para leerme, con mucho misterio y de un diario que se deshacía de tan viejo, una noticia que hablaba de la muerte del finado don Pedro Luis, abuelo del futre don Hugo, que dicen fue subdelegado y candidato a regidor y que, según el diario ése, lo tomaron preso por matar a un cuñado, celoso por el amor de una bailarina española.

Recuerdo que el viejo me enseñó a sacar charadas y muchas adivinanzas. Unas eran aprendidas y otras inventadas por él. A pesar de que el anciano mentía mucho, yo encuentro que no tenía ni un pelo de tonto; si no, ¿cómo se explica que un hombre como él haya llegado a la edad que llegó, sin trabajarle nunca un diez a nadie?

Algunos contaban que don Remigio fue bandido por allá por la Argentina y otros mentaban que fue seminarista y casi lo ordenaron cura, pero que, como engendró tanto chiquillo, el obispo lo mandó a cam-

biar con viento fresco. Yo, por mi parte, sospecho que el viejo jamás se movió de estos pagos y que lo que lo perdió fue su gusto por el licor, las ganas de andar todo el día descansando, persiguiendo a las hembras o soñando despierto. ¡Vaya uno a saber! Mi abuelo paterno, que también componía versos, fue el hombre más mentiroso de San Clemente, y si tuvo catorce hijos fue para que trabajaran por él. Hay hombres que nacen chicharras y otros que nacen hormigas; yo digo que de las dos clases tiene que haber.

El secreto que usted me ha contado me hace recordar la última vez que vi al anciano. Yo había ido a casa del patrón Sergio a buscar unas razones —el futre don Hugo era ya finado, porque se cayó en un aeroplano— y, entre conversa y conversa, pregunté por don Remigio. Me dijeron que no lo buscara en su pieza, sino en la higuera del fondo. Fui para allá y ahí estaba el viejo, atado al tronco.

—¡Qué le pasa, don, que lo tienen amarrado! —le dije, y el viejo no respondió—. ¿Qué se ha portado mal acaso? —El anciano bajó la vista y me quitó la cara. Al preguntarle si le sacaba algunas brevas del árbol, él apenas movió la cabeza para decirme que no. Después supe que lo amarraban así cada vez que había visitas, para que no molestara, ya que, dijeron, se había puesto muy bueno para el trago y andaba diciéndoles cochinas y leseras a las mujeres e insultos a los hombres. ¡Para qué le digo más! Pero esto que le pasaba a don Remigio no es raro; por ahí oí contar de un sargento de policía que encerraba casi todos los días a su padre en el calabozo para que no lo pusiera en vergüenza delante del pueblo donde él era autoridad.

El guacho Quiroz me contó que cuando don Remigio estaba amarrado cantaba todo el día; pero que,

cuando alguien se acercaba, maldecía a todos sus parientes, luego lloraba y repetía: "Ya llegarán a viejos, ya llegarán".

En ese tiempo en que yo dejé mi tierra, don Remigio tenía más de cien años y ya desconocía a la gente. Me contaron que se murió un domingo en la mañana, poco antes de almuerzo, apagándose como una velita.

Tiempo después de muerto el viejo vine a saber que él era pariente natural del patrón Sergio, nada menos que su tío abuelo, y que sus padres no lo reconocieron porque no eran casados, ya que tampoco había ley de matrimonio en aquel tiempo.

Recuerdo al viejo como si lo hubiera visto ayer, más todavía ahora que usted me ha dicho el secreto, que don Remigio fue mi abuelo materno y que es por eso que en estos pagos estamos todos emparentados. Ahora, no sé si el saber este secreto me gusta o no me gusta, ya que por aquí el parentesco es lo de menos, lo que vale es estar arriba o estar abajo; y como yo estoy abajo, bueno...

No le miento, parece que estuviera viendo al viejo, en medio del río, desnudo, como riendo y llorando al mismo tiempo al contemplar este mundo tan curioso...

Su precio, Mrs. Weston

Al maestro Rubén Azócar, que contaba esta historia. In memoriam.

ED WESTON CAMBIA DOS CARTAS; SOBANDOLAS CON DELICADEZA y en silencio, baraja los cinco naipes; hace su apuesta despreocupado y minucioso. "Tres libras de apertura más las tres de Fred suman seis". El contratista chileno abandona el juego y bebe circunspecto su aguardiente verdoso. "Estos americanos del sur rara vez ríen; son como filipinos o japoneses barbados; saben esconder muy bien lo que realmente piensan, detrás de esos ojos, de esos pómulos salientes". Fred lanza dos billetes al pozo y Ed Weston dobla la apuesta. "¿No estaré arriesgando demasiado? Fred raras veces juega tanto. Una escala real a esta altura sería mucho". El escocés sonríe mostrando sus dientes equinos, clavando sus ojos burlescos en Ed Weston, quien exhibe cuatro cartas. El escocés tira su juego al platillo, carraspea, bebe un sorbo de cerveza.

—Ganas tú, Weston; como siempre, ganas tú —repite sin malhumor—. Tienes buena suerte en el juego, Ed Weston, otros la tienen en los negocios, otros en el amor... —“En el amor no hay asuntos de buena ni de mala suerte, creo yo. Lo mismo sucede si un hombre se casa y consigue un contrato como ingeniero de minas en esta maldita cordillera sudamericana y abandona su país trayendo consigo a su mujer, bueno, esto no es estrictamente ni una buena ni una mala suerte, es nada más que, bueno, así son las cosas”. —Has vuelto a ganar, Ed Weston, lo que no es extraño. ¡A tú salud!— Los bigotes colorines del escocés quedan llenos de espuma algodonosa. El ingeniero Weston enciende un cigarro, acaricia el vasito de whisky y se guarda parte del dinero, mientras Taggart, el viejo, lo observa sombrío desde la vara del bar. El contratista chileno sigue bebiendo a sorbitos su aguardiente verdoso, ajeno a los otros jugadores; desde su boca entreabierta el oro de su dentadura brilla más que el sudor de sus sienes. La partida de naipes continúa mientras tardíos rayos de helado sol cordillerano encienden los tragaluces del “British Chilean Club”. —Mal día el de hoy —comenta el escocés—. Un chilote se quebró una pierna y no pudimos seguir enmaderando el pique 4. —El contratista chileno acusa la indirecta y señala con altivez que él mismo despachó la goleta y que si ésta no ha naufragado, la madera ya debiera haber llegado. Ahora Ed Weston baraja el mazo mientras medita en las veladas insinuaciones de los otros. “Buena suerte en el juego, mala suerte en el amor. Pero Lucy me ama. O si verdaderamente no me ama, por lo menos me respeta. Además, sus principios cristianos, su personalidad estrictamente inglesa le impedirían meterse con algún nativo. Apenas termine el contrato nos vamos”. El chileno pide una carta, Weston tres, Fred no cam-

bia ninguna y reclama otra cerveza al camarero. Se va el último sol y oscurece de repente. Se encienden las luces. "Al comienzo estuvo feliz de venir a América, afanosa con los preparativos del viaje. Además, lo repitió muchas veces aquella tarde de domingo y de amor en aquel albergue cerca de Herne Bay... Creo que, a lo mejor, me ama..." Fred muestra agresivo un full de cuarenta y tres, pero Weston lo derrota con otro de ciento dos; bebe luego su whisky y guarda parte del dinero. El chileno comenta la suerte de Weston canturreando con impertinencia. Los pequeños rectángulos de cartulina resbalan sobre la mesa. "Hay que aprender a no quejarse. Además nosotros no somos los únicos en este ostracismo y la gente británica de aquí nos recibió muy bien. Fred hace ya nueve años que trabaja aquí y ni siquiera siente demasiada nostalgia; y los hermanos Taggart siempre borrachos... y el pastor Hoody y su buena Margaret..., y el cerdo de Finney, irlandés y católico por añadidura..." Weston vuelve a ganar con dos pares. Mientras el chileno baraja las cartas los británicos beben ritualmente, como todos los sábados a esa misma hora. Taggart, el viejo, llama a Weston desde la vara del bar. El ingeniero acude. Como siempre, Taggart, el viejo, anda ebrio y sin dinero. —Gracias, Ed Weston, a fin de mes te lo pago, cuenta con ello. Richard Taggart siempre cancela sus deudas, más aún a los buenos y verdaderos amigos y compatriotas. —Ed lo palmotea afectuoso e intenta regresar a la mesa de póquer—. Oyeme, Ed Weston, pero... además tú eres mi amigo y acabas de facilitarme un poco de dinero... Sin embargo, me duele decírtelo yo, pero..., creo, Ed Weston, que tú deberías regresar ahora, a casa. Se ve que estás ganando, Ed, pero tú sabes, hay cosas que se saben... sé que vas a tener un disgusto, pero es mi deber de amigo... —El ingenie-

ro Weston coge a Taggart, el viejo, del cuello de la americana—. ¡Es la verdad, Ed Weston, pégame si quieres; pero es la verdad! —Ed lo suelta y el otro cae por el suelo, donde se queda sentado con la cabeza gacha. Weston pide un whisky doble, abandona el juego, el club y sale a la noche cordillerana. Las arterias superficiales de sus sienas están a punto de estallar.

Las casas de los técnicos extranjeros son de material más resistente que las otras del campamento, con techos de zinc y ventanas dobles; las salamandras con incrustaciones de mayólica que posee cada una de ellas, fueron importadas especialmente por la Compañía. Al llegar a la suya, Ed Weston se detiene un instante sin atreverse a entrar. Mowgli, su *red setter*, viene a su encuentro, saltando de júbilo, y le lame las manos. Ed está frente a la puerta de la cocina respirando profundamente. Entra por fin caminando con sumo sigilo, avanzando con gran lentitud. Por fin la puerta de la alcoba. Una luz muy tenue se filtra bajo la puerta. Se desliza clandestino hacia la débil alfombra luminosa. Entonces escucha el rumor, el murmullo, la voz que sale monótona y con severidad episcopal. Ed Weston recuerda la palabra seria de su abuelo materno en el sermón dominical ante la feligresía de Hastings, voz de reverendo tantas veces escuchada en las oraciones vespertinas del hogar en que el anciano leía esa *Holy Bible* de cantos dorados y empaste finísimo. Al otro lado de la puerta habla una voz más joven, conocida, solemne (*A yegua de los carros de Faraón te he comparado, amiga mía. Hermosas son tus mejillas entre los pendientes, tu cuello entre los collares.*) Ed Weston piensa que el versículo que musita la voz recitante alude al

amor de Cristo por la Iglesia, del Pastor por su Grey. Su corazón empieza a calmarse. (*He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que eres bella: tus ojos de paloma.*) La música de las palabras sagradas trae un poco de sosiego al ánimo de Ed Weston. El resto es silencio apenas turbado por débiles crujidos. Y el texto revelado sigue resonando más allá de la puerta. (*Hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola. La higuera ha echado sus higos y las vides en cierne dieron su olor...*) La lectura en correcta traducción inglesa trae a la mente de Ed Weston reminiscentes imágenes de los valles primaverales irlandeses, de la campiña pastoril de Suffolk. (*...muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.*) La voz del pastor Hoody, porque es la voz del pastor Hoody, a no dudar, retumba lenta, sonora, inflamada. (*... mira desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermon, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los tigres.*) Ed Weston cierra los ojos tranquilo. “Y el maldito hijo de la perra de Taggart casi me ha hecho cometer un acto grosero y brutal. Lucy siempre ha sido muy piadosa. ¿Qué mal puede haber si un sábado por la noche, mientras yo me entretengo jugando cartas, ella se reúne con el pastor de nuestra iglesia a conocer las Sagradas Escrituras?” La voz de Hoody prosigue imperturbable, impostada y grandiosa. Ed Weston, furtivo y calmado, escucha (*...miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.*) De pronto la vocecilla ronca y familiar de Lucy interrumpe la sagrada lectura. —*¡Oh, Thadeus, no dear!*— dice ella. “Thadeus, sí, en verdad ya casi no recordaba que el nombre de pila de nuestro pastor es Thadeus, Thadeus Hoody, reverendo Thadeus Hoody. Sin embargo, una

dama como Lucy quizás no debería tomarse estas libertades con el pastor de nuestra iglesia. En nuestra familia sólo cabía tutear a los más jóvenes". Ruidos soterrados al otro lado de la puerta; una respiración anhelante y la voz siempre la voz. (*Mi amado metió su mano por el agujero, y mis entrañas se conmovieron dentro de mí.*) Y otra vez la vocecilla grave y familiar. —*Oh, Taddy dear, no please.*— No era una frase de ruego; su entonación tenía un significado muy distinto. "Y ese maldito odre lleno de alcohol de Taggart, el viejo, parece que tenía razón... y el maldito chileno con su risita fastidiosa... y el maldito de Fred con su cantinela de la buena suerte... y yo como un necio..., ¡maldición!

Ed Weston se decide rápidamente y abre la puerta de golpe. La mesita de velador con su misma lamparilla, el pequeño sillón Hepplewhite tapizado de felpa verde, la alfombra indiana tejida a mano, las pesadas cortinas también de felpa verde, el lecho con el edredón, los negros botines en el suelo, los largos calzoncillos marrón, el cuello sacerdotal immaculado, los pantalones negros y brillantes como la levita, prendas femeninas esparcidas alrededor de la cama, la Biblia empastada en cuero negro sobre el doblez de la sábana, Lucy con el cabello suelto junto al reverendo Hoody, ambos desnudos, metidos entre la ropa hasta la cintura. Un pie del pastor, nudoso y con los dedos deformes, aparece de entre las frazadas quedándose inmóvil, indefenso. "Un hombre educado por lo menos debería esconder ese pie tan indecente, pienso yo". Lucy y Thadeus Hoody quedan inmóviles y en profundo silencio.

—Perdón —se excusa Ed Weston—, yo no quisiera molestarlo a usted, reverendo, pero resulta que ésta es mi casa, ésta mi alcoba, éste mi lecho y ésta

mi señora esposa. De no ser así, le aseguro que me habría privado de tomar una actitud como la presente.

—Mr. Weston —dice el pastor con humildad, y quiere agregar algo más, pero un imperativo “¡Vístase usted, hombre!” de Ed Weston, cortés y cortante, se lo impide— Piense usted, Mr. Weston que... —intenta continuar.

—Yo no pienso nada, reverendo Hoody, tenga usted tranquilidad. Ahí están sus calzoncillos y sus calcetines negros, (yo los he usado siempre de color). ¡Vamos, vístase, que hace bastante frío!

El reverendo Thadeus Hoody sale de la cama, desnudo; sus rodillas hinchadas y sus piernas demasiado flacas se estremecen; los lunares de su espalda se prolongan hasta su trasero enjuto. Sobre esos pies con dedos montados camina en busca de su ropa interior, dándole siempre la espalda a Weston. Primero la gruesa camiseta de franela reforzada, luego la camisa a rayas, el albo cuello, los puños blancos, los calzoncillos y el silencio y el tictac del reloj despertador; más tarde los negros y lustrosos pantalones, los calcetines color hollín y los botines; finalmente la levita y el sombrero alón de oscuro fieltro. Lucy continúa callada, inmóvil, vuelta hacia la pared, el pelo revuelto y cubierta con la sábana hasta los hombros.

—Perdone usted, Mr. Weston. Esto no volverá a ocurrir nunca más en la vida, se lo juro, y que el Señor en su misericordia pueda perdonarme también. Verdaderamente yo no he querido... ¡Ay Dios mío! Buenas noches, Mr. Weston...

—¡Un momento, reverendo Hoody! Creo que usted olvida algo..., su Biblia.

—Oh, sí. Verdaderamente. ¡Muchas gracias, Mr. Weston! Le ruego nuevamente que..., bueno, supon-

go que usted, con toda su benevolencia, me entienda... Buenas noches, Mr. Weston.

—¡Un momento, reverendo Hoody! Creo que usted olvida otra cosa..., el dinero.

—¿El dinero?

—Sí, el dinero, reverendo Hoody, porque debe pagar usted el favor que le ha hecho mi señora. Vamos, revise sus bolsillos y deje a Mrs. Lucy el dinero que estime conveniente.

Thadeus Hoody obedece sin saber por qué; hurga en sus bolsillos maquinalmente, con tensión manifiesta.

—Perdóneme usted, pero no encuentro nada de dinero, Mr. Weston, nada..., sólo, bueno, sólo veinte centavos, moneda chilena... No entiendo realmente lo que usted... ¡Oh my Lord!

—¡Ya lo entenderá reverendo Hoody, ya lo entenderá! Saque esos veinte centavos y déjelos, por favor sobre la mesita allí, junto a esa lamparilla. Así, muy bien. Ahora puede Ud. retirarse. Vaya con Dios y buenas noches.

El reverendo Thadeus Hoody, jefe espiritual de la comunidad anglicana del mineral, parte apresuradamente. Ed Weston contempla calladamente durante un largo momento la plateada moneda de veinte centavos. Luego sale de la alcoba. Bebe un vaso de agua en la cocina y acaricia tiernamente a su *red setter*, que mueve placentemente la cola. Decide volver al club.

Ed Weston llama al camarero e invita otra corrida de whisky a todos los presentes.

—Baraja tú el mazo, querido Fred —dice riendo, casi ebrio (Menos mal que Hoody es un inglés de

buena familia; oriundo de Gloucester, creo; familia de pastores y letrados). El contratista chileno da las cartas, cada vez más sonriente, diríase que goza contemplando a los extranjeros, como en un zoo.

—Por favor, Weston —dice Fred—, ya has perdido en muy poco rato bastante dinero, no sigas jugando. Inclusive a mí me estás ya debiendo.

Y el escocés pide más cerveza para diferir el juego con la bebida.

—*Oh, my scotish friend!* —replica Ed Weston—. El dinero se ha hecho para pagarlo.

Las botellas vacías aumentan, se multiplican. Taggart, el viejo, duerme debajo de una mesa. Hay cantos *cockney* y coros militares en lengua tramosa. Casi al amanecer Ed Weston regresa a casa y se acuesta en su cama, totalmente borracho.

A la mañana siguiente se viste sin decir palabra, prepara su desayuno y, antes de marcharse hacia las oficinas de la Compañía, deja sobre la mesita de velador una reluciente moneda de veinte centavos chilenos, rito que se mantiene hasta el día en que ella parte rumbo a...

Pequeña historia de una pequeña dama

DE SUS ANTEPASADOS.

Lorenzo Alvaroñez de Villafán, pastor de cabras primero, vagabundo luego y en seguida hombre malo, apenas hubo cumplido su quinta condena (que le ató por largos años a cárceles, presidios y gendarmerías de Extremadura) se hizo soldado y se embarcó rumbo a América, a las órdenes de un bravo y aguerrido capitán de apellido Jorquera, extremeño como él.

Los agentes de su aldea, es decir en cierto modo sus enemigos, al saber que Lorenzo se les escapaba con muchas y variadas cuentas pendientes, no supieron si agradecer a la Divinidad por haber alejado de la Península a tan peligroso sujeto, o si envidiarlo profundamente por cuanto, de seguro, habría alguna vez de retornar con faltriqueras y equipajes repletos de glorioso oro.

Pero ni él ni sus descendientes volvieron jamás a España, y su pista se perdió, para muchos, en los turbulentos sucesos de la conquista española.

Prosiguiendo esta primera incursión por tronco y ramas del árbol genealógico de Elvira, reencontramos la pista más tarde en México, donde las crónicas hablan de un tal Lorenzo Alvarez Oñez de Villalán, quien, después de un frustrado intento de levantar en armas contra la corona a una aldea tlascalteca, deserta y huye hacia el sur, desapareciendo.

Años más tarde, en la "Chronica de plebeyos" del abate Andueza, aparece un tal Alvaroñez Villalón de Extremadura, apodado "El extremeño feliz", el que, casado con una "noble moza indiana, riquísima e de mal vivir", se hace famoso en Nueva Granada por sus latrocinios y traiciones contra el gobierno de sus Majestades.

Pero los rastros de la ascendencia de Elvira no se pierden. En Perú encontramos a un tal Michel Alvaroñez Villalón o Alvaroñez de Michalla, mestizo audaz y sumamente astuto (aunque según él "hispaniol de cepa, por la gratia de Dios"), que entra en conspiración contra Francisco Pizarro. Por venir los demás conjurados desde el sur, fueron llamados "los de Chile". Entre éstos, el soldado raso Michel o Michalla, gracias a un acto heroico y temerario, pierde su apelativo mestizo y vuelve a ser simplemente Alvaroñez, agregándole un "de Toledo", para denunciar su rancia prosapia peninsular. Sin embargo, aquel "de Toledo", según consta en una carta del obispo Gómez Gómez a un joven penitente, le fue agregado por la destreza y maestría con que su poseedor manejara una espada de acero toledano contra lomos y gargantas indígenas.

A la rápida y audaz conquista hispana siguen los largos días de organización colonial, el sol de España brillando muy alto; a su luz y a la sombra de la cordillera de los Andes, la familia Alvaroñez crece, pros-

pera, se enriquece explotando el cuero, el sebo, el indio, el oro. Se radican definitivamente en Chile.

Siglo y medio más tarde, Alvaro Alvaróñez de Cepeda, descendiente del muy ilustre Alvaróñez de Toledo, riquísimo comerciante en asnos, compra el título de marqués de Melipilla. Sus vástagos se educan en Lima, en Londres, en Madrid; uno de ellos llega a ser prior de un convento agustino.

La familia avanza próspera y feliz por el siglo dieciocho, y así llega a los albores del diecinueve. La situación, debido a los impuestos aduaneros, se hace difícil. Por las calles se habla sigilosamente de gobierno autónomo. Llegan muchos ingleses y franceses. España, señora madura y muy católica, es vejada por Napoleón. En las colonias se lee a hurtadillas a Voltaire y a Rousseau, y hay hasta quienes tienen la osadía de tener en sus casas diabólicos instrumentos de física.

Por aquel entonces nace una mujer: Edelmira Alvarez Mansilla. Se cría, crece, llega a la pubertad y luego, mediando su adolescencia, se casa con un honrado comerciante que exporta maderas; hombre obeso como cuba, cara roja, nariz afilada, muy amigo de tomar el "once" (la palabra aguardiente tiene once letras) y poseedor de cuanta superstición pudo crear la necesidad humana. Así, por ejemplo, si el día amanecía con sol, empezaba a beber después del mediodía; si nublado, comenzaba desde temprano; si mientras saboreaba el licor ladraba un perro, decía "santo, santo" y apuraba el vaso; si en cambio veía pasar a una viuda, musitaba "Dios nos guarde la salud" y bebía lentamente. Su gama supersticiosa abarcaba también otros campos: un alguacil presagiaba visita; un rocín cojo, buenos negocios, y si el caballo cojo era blanco además, casamiento.

Edelmira, que en corto tiempo se transformó en una persona madura, convenció a su marido de que conspirase contra el rey "en este tiempo, querido, todo el mundo lo hace". El marido, sudando, desplazándose con gran esfuerzo y rogando a Dios que no lo obligaran a conspirar en día viernes, pues ello traía malos presagios, aceptó.

Como la esposa de un importante conspirador, Edelmira llega a ser una de las damas más importantes de la revolución independentista. Aprende a leer en francés. Su confesor es un audaz franciscano. El prestigio de mujer culta y progresista que la nimba trasciente los salones.

De Edelmira nace una hija, Ludmira.

De Ludmira Bustillos Acharán poco se sabe. Vivía sola, creía en los espíritus y bebía con exceso. De su marido, un alemán de apellido González, tuvo una sola hija: Elvira.

De su padre.

En enero de 1859 desembarcó ilegalmente en Pichidanguí un joven alemán: Wolfgang von Salz, apellidado así porque desde sus más lejanos antepasados la familia trabajó mercando y elaborando sal. Llegado a Chile viose precisado a cambiar de nombre y, luego de un tremendo esfuerzo filológico, se tradujo al castellano. A Wolfgang lo convirtió en Lupercio y a von Salz en lo más parecido: González.

Se cuenta que marchó a pie desde Pichidanguí a Santiago, demorando en ello nueve días y trece horas, durante las cuales se fingió sordomudo para que así no advirtiesen su procedencia extranjera y averiguasen sobre su desembarco y pasaporte.

En Santiago, el negocio de la sal apenas daba lo suficiente para medio subsistir. Sin embargo, él, que era el más inteligente de su familia, sabía hacer también otras cosas; cerveza, por ejemplo. "En América se agrandan las ideas", se dijo, y en ese mismo instante decidió dedicarse a cervecero. Las pocas libras esterlinas que traía consigo le sirvieron para instalarse. El mismo salía a vender su mercancía. Se echaba un pequeño tonel a la espalda e íbase por las calles pregonando la bebida, que tuvo mucha aceptación entre las gentes, sobre todo en una mansión de la calle Claras, mansión elegante y solariega, en donde una agraciada joven compraba todos los días dos litros de cerveza "para papá", contoneándose y saludando obsequiosa al rubio y respetuoso cervecero.

Vivía Lupercio en unas amplias piezas que una viuda le arrendaba en calle San Pablo, al comienzo del camino hacia Valparaíso. El alquiler le daba derecho, además, a ocupar un patiecito interior en donde, burbujeando en altas tinajas, fermentaba un caldo espeso que luego se transformaba en cerveza. Lupercio subarrendaba una de las piezas (eran tres) a un carrocerero italiano, hombre piadoso como pocos, lo cual no impedía que mientras Lupercio se entregaba al sueño, le bebiese clandestinamente varios litros del tonel. El alemán se percataba de ello, más nada decía; el italiano era simpático, cantaba bien y a menudo narraba largas y románticas historias amorosas de su tierra toscana.

A medida que pasaba el tiempo el capital del alemán se acrecentaba, a la par que la amistad (así había llegado a ser) con la tímida y discreta damita de la calle Claras que en forma cotidiana compraba dos litros de cerveza "para papá".

Repentinamente estalló la guerra por una cues-

tión de abonos y minerales. El negocio de Lupercio tenía ya varios obreros y un capataz italiano que había cambiado su oficio de carrocerero por el de técnico en cervecería.

A la voz de guerra, muchos hombres se enrolaron para ir al frente y muchas mujeres salieron a recorrer las calles enardecidas, portando vistosas insignias militares. En varias casas se bordaron banderas, colocando, bajo la estrella solitaria, una pequeña cartulina con la imagen de la Virgen del Carmen.

La damita de calle Claras, también nerviosa y preocupada por los asuntos bélicos, compraba ahora tres litros de cerveza y para ello acudía diariamente al negocio de fabricación y expendio, "papá está muy intranquilo con esto de la guerra". Y lanzaba encendidas miradas al patrón de la cervecería.

Fue en ese tiempo cuando se presentó la gran oportunidad de Lupercio. No sin pocos alardes donó a un regimiento, "cooperación desinteresada a los esfuerzos de guerra", diez toneles de cerveza, que, en su mayoría, bebieron oficiales y sargentos. Esto fue suficiente para que la fama del "filántropo avecindado en Chile" traspasara las fronteras del cuartel y llegara al Estado Mayor. Los jefes militares probaron la cerveza con deleite. Un instructor prusiano, retorcendo sus largos bigotes kaiserianos, propuso que el señor Wolfgang González proveyese al ejército, ya que la cerveza que fabricaba era casi la misma que bebían los militares de su patria, "el valor del alemán está en la buena cerveza que ingiere, es por eso que los ingleses..." Si el instructor así lo decía, era porque así debía hacerse; y así se hizo. Lupercio González fue, desde ese momento, proveedor militar de ese precioso líquido opalino, incentivo y fuerza del ejército germano.

Industria, número de obreros y capital fueron ampliados. En la sociedad anónima que se formó, fueron incluidos varios parlamentarios de gobierno. Lupercio llegó a ser Don Lupercio, y su negocio, Consorcio Cervecerero Nacional "La Patria".

Un buen día don Lupercio sacó cuentas y se miró al espejo; en éste aparecía un hombre grueso, elegante, bien parecido y de aspecto serio. De lejos podría haber sido tomado por un caballero; de cerca, por un hombre de fortuna. Los negocios habían prosperado, pero algo faltaba para dar calor y complemento a su vida. Pensó en su corazón y luego en una casa de la calle Claras. Sin mayores preámbulos llamó al italiano y, luego de pedirle que se vistiera en forma conveniente, le rogó que fuese a allanarle el camino a sus intenciones nupciales. El italiano, dando voces, accedió al pedido de su socio (había llegado a ser tal) y se puso en camino aquella misma tarde, pulcramente vestido.

El recibimiento en calle Claras fue espléndido; fruto de su visita fue una entrevista que debería realizarse una semana después.

Lupercio, en su mejor traje y premunido de un hermoso ramo de rosas rojas (consejo de un galante coronel amigo suyo), tomó asiento en su coche de dos caballos, junto a su itálico socio.

En cuanto llegaron los hicieron pasar con suma cortesía. En un pequeño saloncito de recibo estaba Ludmira, hermosa y sonrosada. Con ronca voz conversó acerca de la guerra y la paz, la fabricación de cerveza y el romanticismo que cada día iba desapareciendo más del corazón de los hombres. Don Lupercio no aceptó esta última opinión y estuvo largo rato dando razones personales al respecto. Como en la tertulia había también un fraile y un notario, los

que en estas ocasiones actúan como ministros de fe, quedó sellado el compromiso.

Hubo mucha alegría en la velada y se bebió copiosamente cerveza "La Patria". Poco tiempo después celebróse el casamiento, pudiendo así Ludmira levantar las hipotecas de sus casas.

El matrimonio era feliz: paseaban, conversaban, bebían, daban recepciones, salían en las páginas de la "Vida Social"; hicieron un corto viaje a Franckfurt y a su regreso pasaron una temporada en París; a las sesiones de espiritismo que realizaban cada viernes asistían prelados, parlamentarios y señoras de alto copete; además, el infaltable italiano, amigo predilecto de Ludmira.

Declaróse de pronto una guerra civil. La familia, que tenía muchos amigos ingleses (todos gente de bien), ayudó a derrocar el gobierno.

Luego de un año, una mañana Ludmira se puso muy pálida.

—Va ser padre usted, don Lupercio —murmuró temerosa—; estoy totalmente encinta.

—¡Señora mía, qué alegría! —respondió el marido con paternal emoción—. Si es hombre le pondremos Godofredo, y si es mujer, Elvira.

—Como usted diga —musitó ella con embarazo.

Y cuando nació el hijo, que fue niña, así fue bautizado.

De su amor

Eleuterio Sosa-Espina era un joven siniestro, bonachón a medias, un tanto bruto no obstante pícaro, simpáticamente cínico, remilgado y flaco, ojos de buitre y nariz prominente; pero, por sobre todo, Eleu-

terio era orgulloso. Apenas la naturaleza le dotó de bozo, se las arregló para que éste, en el transcurrir de pocas semanas, se transformara en un atrevido mostacho que, a cada momento, retorció coqueto entre el pulgar y el índice. Con este inconfundible gesto, bajo un sombrero pajizo y sin afirmarse en el bastón, llegó aquella tarde del año 99 (mediando ya diciembre) a las puertas de la iglesia de San Francisco. Mucha gente se aglomeraba a la entrada. Las naves del templo estaban ya colmadas por una masa compacta que a voz en cuello pregonaba sus miserias; varios lloraban agitando los brazos; otros, los más resignados, dominaban su terror fijando la mirada en algo incorpóreo. Sólo las ancianas y los niños oraban en silencio. Aquella muchedumbre temerosa esperaba un acontecimiento extraordinario: el fin del mundo. Muchos aseguraban que estaba escrito; además, varios temblores ocurridos en el último tiempo parecían anunciarlo.

Con sus ojos de buitre Eleuterio oteó a su alrededor. Allí en un rincón, junto al macizo bloque de la puerta, una jovencita acompañada por su chaperona rezaba sumida en su rosario. Sin dejar de atusarse el bigote, Eleuterio se le acercó sonriéndole provocativo. Ella bajó los párpados, pero al poco rato los volvió a alzar para mirarlo. Eleuterio hizo una venia. "Señorita, ¿cree usted realmente en estas cosas?". Se encendió el rostro de ella. "Nunca está de más ponerse bien con Dios. ¿Qué usted no cree?" La conversación se llevaba en voz muy baja. "En absoluto. Cuando estuve en París, por ejemplo..." La jovencita enrojeció, bajó la vista. Así nació el romance.

Eleuterio, que previamente había estudiado el terreno, sabía con qué familia tenía que entenderse, pero él era un Sosa-Espina y eso lo tranquilizaba.

Pasó el tiempo y periódicos ramos de flores encendidas, premunidos de finas esquelas amorosas, fueron llegando a la casa de Elvira. Don Lupercio y señora miraban tranquilos el desarrollo de los acontecimientos. Los encuentros casuales de la parejita fueron haciéndose cada vez más frecuentes y finalizaron en la propia casa de Elvira. Eleuterio había sido admitido en el hogar de los González. Allí le invitaban cerveza "La Patria" mientras enseñaba a su prometida elegantes frases en francés.

Para sus amigos Eleuterio vivía de una herencia; para los González, de inversiones en las salitreras nortinas. En su casi inexistente conciencia, Eleuterio se conformaba con ser un caballero.

Las conversaciones en casa de la novia versaban casi siempre sobre el amor, pero como cada vez que se trata este tema se cae indefectiblemente en el asunto del dinero, era finalmente don Lupercio el que se quedaba con la palabra, hablando de cifras e inversiones "El salitre está valiendo más que el oro", decía Eleuterio con los labios todavía húmedos de espumosa cerveza "La Patria". "Sí, Eleuterio, hay que ver, no". Don Lupercio calculaba en silencio. "Con poco dinero, don Lupercio, uno puede hacerse rico". Y don Lupercio traicionaba sus pensamientos. "Sí, mi amigo, en eso estaba pensando". Con un "salud, salucita", Ludmira terciaba en la conversación. "En este tiempo, hacer inversiones en las salitreras es ganarse el dinero casi en balde. La están dando. Es casi un robo". Sosa-Espina insistía, convincente. "Evidentemente, evidentemente, Eleuterio. Fíjese que yo he pensado que usted como buen conocedor, podría ayudarme a invertir algo de dinero". La roja cara de González brillaba de sudor. "¡perfecto! Entonces manos a la obra *Mais oui, mais oui*". Este "*mais oui*" en correcta pronunciación

francesa, refrendado por el extraño brillo de esos ojos de buitre, decidió finalmente a don Lupercio, quien entregó a su inteligente futuro yerno una gruesa cantidad para la operación. Esto de entrar en negocios con un muchacho tan encantador, todo un orgulloso Sosa-Espina, llenaba de alegría a doña Ludmira, quien coronó la tarde con una magnífica y muy regada cena. Eleuterio hizo gala de buen comportamiento: alabó la cerveza familiar; habló de París hasta por los codos, y para finalizar luego de los postres, pasó a Elvira una naranja partida diciéndole "¿sería usted mi media naranja?" Todos celebraron la audaz e ingeniosa ocurrencia. En realidad era Eleuterio un joven magnífico, elegante, fino, talentoso. Sosa-Espina fue invitado para el día siguiente, pero desgraciadamente la familia González se quedó con la invitación, ya que el galán desapareció hacia un punto cardinal desconocido.

Algún tiempo después, mientras almorzaban, don Lupercio expresó filosófico: "En verdad, aquello de hacer inversiones en las salitreras era ganarse el dinero en balde, realmente un robo". Elvira, que oía esto mientras pelaba una naranja, enterró con fuerza el tenedor en la fruta. Ludmiraapuró el vaso para olvidar el suceso.

En la primavera del año 1906, Elvira se paseaba por la Alameda, que es una especie de avenida sin álamos que aún hoy existe en Santiago, con un grupo de amigas que, inquietas, esperaban a alguien. El aguardado era un héroe que pronto se les juntaría y que, parece, pretendía a la más joven del grupo. Esta explicó en qué consistía el tal héroe. Pocos meses atrás, en las áridas pampas nortinas, había luchado él sólo contra un grupo enorme de obreros amotinados, venciéndolos. Era casi seguro que lo condecorasen, pero Juan Raquena, que así se llamaba el heroico joven,

pensaba rechazar todo reconocimiento oficial. ¡Qué hombre!

Su llegada no se hizo esperar. Calzaba botas altas; barba espesa le cubría la cara tostada, en la cual sobresalían dos enormes ojos de buitre, medio ocultos por el ancho sombrero. Fue presentado. "Cuenta, cuenta", corearon las muchachas. El tomó aliento y empezó una narración que terminaba así: "...y si no llega antes el regimiento y comienza a disparar en defensa propia, yo lo hubiera hecho con mis propias manos. Estaba decidido, armado, frenético, dispuesto a todo. Había que salvar la República, la Constitución y la Ley a todo trance". "¿Y eran muchos los... los enemigos?", preguntó una de las damitas. "Uff, miles; y todos juntos, así, en manada, parecían millones".

Elvira sintió un ardor dentro del pecho; esa voz esos ojos. Un nombre salió de sus labios: "Eleuterio".

Juan Requena, que no era otro que Eleuterio Sosa-Espina, como no es difícil adivinar, entornó los párpados, se mesó la barba y taconeando con sus botas preguntó cortésmente: "Su cara me es conocida. ¿No ha estado usted alguna vez en París?" Elvira, lívida y conturbada, dio un pretexto y se alejó del grupo.

El tercero y definitivo encuentro con Eleuterio ocurrió dos años después, a escasos meses de la desgracia (Ludmira y Lupercio habían muerto, con semanas de diferencia, debido a las agudas libaciones con cerveza "La Patria", dejándola sola y heredera de una gorda fortuna).

Elvira, agobiada por la pena y la responsabilidad que significaba la mayor industria cervecera del país, mandó a llamar a un abogado para que liquidase todos sus negocios. Pensaba retirarse a vivir de las rentas y a buscar, ¿por qué no?, un compañero para el resto de su vida.

El abogado llegó una mañana, muy temprano. Era un hombre de aspecto bonachón, afeitado y pulcramente vestido; usaba levita y traía un maletín de cuero negro. "Licenciado Concha, a sus órdenes", dijo a modo de saludo. Por sus ojos de buitre Elvira reconoció a Eleuterio y con una gotita de voz le ofreció asiento. El licenciado se acomodó, encendió un cigarro y expresó son soltura: "Tengo interés en preocuparme de sus asuntos, señorita". Se prodigó un silencio dilatado. "¡Eleuterio, por Dios!", dijo de pronto Elvira, y prorrumpió en llanto. Así llegó la reconciliación y con ella el noviazgo que trajo consigo el casamiento.

Nos saltamos el lapso transcurrido entre los años 1908 y 1918, incluida la Gran Guerra, en que el orgulloso Eleuterio se dedica a gastar en forma mesurada el dinero de su mujer.

Del matrimonio no nacen hijos, pero como a quien Dios no le da hijos el Diablo le da sobrinos, unos huérfanos, hijos de una hermana de Eleuterio, se van a vivir con la familia. Estos huerfanitos, ya bastante crecidos, se dedican por entero al billar, deporte que financian con libros, cojines y jarrones que van sacando paulatinamente del hogar de sus tíos.

Llega el año 20 y los sobrinos, tomando por primera vez los libros de estudio, van a la Federación de Estudiantes dando voces de rebeldía. Los obreros también salen a la calle dando voces; cambia el gobierno, pero la situación sigue para ellos exactamente igual. En el seno de la familia Sosa-Espina González nadie se decide todavía a trabajar.

Los huérfanos, poeta el uno y futbolista el otro, se dedican exclusivamente a sus faenas. Eleuterio, siempre orgulloso, toma la manía de coleccionar estampillas y escribe largas cartas sin respuesta, sobre

curiosidades filatélicas, al rey de Inglaterra. Elvira, haciendo milagros con el presupuesto familiar, se empeña en seguir siendo la dama de mundo que fuera hasta ese momento.

Pasan los años. Los sobrinos, aprovechando un corto veraneo de los dueños de casa, se marchan llevándose gran parte del mobiliario. Diez años más tarde aparecen a la cabeza de un partido político de tendencias nacional-socialistas.

Se van el tiempo y el dinero que aún resta a la familia. Eleuterio se torna cada vez más parco y orgulloso. Las raras veces que el matrimonio conversa lo hace con monosílabos. La crisis del año 30 da un rudo golpe a las finanzas familiares. En el país aparecen nuevos partidos políticos. Disminuye el respeto por los sacerdotes y los maestros se vuelven positivistas. La República se transforma, avanza al compás de los nuevos ritmos de moda.

En casa de los Sosa-Espina González se guardan las apariencias en forma excepcional: al almuerzo una lujosa entrada, en seguida un decorado postre y, finalmente, té, té que se repite al desayuno, a la cena, a toda hora, en todo momento en que sea necesario calentar el estómago. Se enflaquece, pero con serenidad, pulcritud y decencia.

Llegan los malos momentos. En un amago de incendio se le quema a Eleuterio su hermosa colección de sellos portales. Ante tan irreparable descalabro, él permanece en silencio, con orgulloso estoicismo.

Elvira ha dejado ya de ser benefactora de su parroquia. Eleuterio se deja nuevamente crecer mostachos; sus ojos de buitre relucen como nunca; deja de hablar.

Un mal día para la familia Eleuterio empieza a agonizar, pleno de orgullo, sentado en el salón, con

una mano en la punta de su bigote. Antes de morir llama a Elvira. "Ven a ver cómo muere un Sosa-Espina", dice. Y muere.

De su vida presente.

Un triste lunes de un más triste abril llegó Elvira, muy de mañana, a la Estación Central. Quería alcanzar los primeros microbuses en los que parten tardíos veraneantes a la costa. Venía caminando con tranco ligero y decidido, pero de pronto sintió un agudo dolor en la rodilla que le impidió caminar. Se detuvo y optó por sentarse en la cuneta. Dejó la caja en el suelo y se palpó la pierna adolorida. Hacía calor, a pesar de la suave brisa que le soplaba la cara. Una pequeñuela, astrosa y flacuchenta, vino a sentarse a su lado y la miró insistente. "¿Tómaste vino, abuelita?" Elvira, por toda respuesta, se enjugó la cara con un pañuelo gris. "¿Tienes sueño?", volvió a interrogar la pequeñita. Como Elvira no contestara dijo concluyente: "¡Te crees mucho vieja, ah!"

Elvira vio a la pequeña por primera vez. "¡Quítate, moledera!", le espetó con fastidio y se paró pesadamente, acercándose a una señora de dulce aspecto.

—Las señoras debemos ayudarnos mutuamente —saludó mostrándole un encaje—. Tengo un hijo en el sur que me envía una mesada —prosiguió Elvira—, pero este mes se ha retrasado. La vida está tan cara. Las cosas han cambiado tanto. En este tiempo somos nosotros, la gente decente, los que más sufrimos. ¿Se interesaría usted por este encaje? No me gustaría que una persona cualquiera que quedara con él.

La señora de dulce aspecto la miró, recorriéndola

la con la vista por sobre sus lentes de marco dorado, sin decir palabra. Antes de retirarse, siempre en silencio, sacó de su portamonedas un billete de medio escudo y se lo pasó, estirando mucho el brazo. Elvira apretó maquinalmente el dinero en su mano y regresó a sentarse al mismo sitio. Muchos posibles compradores desfilaron ante ella, pero el dolor, que iba en aumento, le impedía moverse. Decidió volver a casa. Se irguió, permaneciendo un rato inmóvil, tomó aliento y empezó a caminar. A las dos cuabras notó que había olvidado la caja con los encajes; sin embargo, siguió andando.

Apenas llegó a casa se tendió en el lecho, permaneciendo así dos días, durante los cuales la dueña de la pieza le llevó varias veces tazas de té muy azucarado. Al tercer día, siempre caluroso, se levantó, repuesta al parecer, y se miró al espejo. Sacó de su cómoda un abrigo de piel, pelada a trechos, y un sombrero de fieltro con velo. Peinó sus canas y se empolvó el rostro. Hurgó más en la cómoda y encontró unas nueces, que envolvió con prolijidad. Salió hacia un día de sol esplendoroso.

Caminó cerca de una hora, al final de la cual llegó a la puerta de una casa elegante y de construcción muy antigua. Vaciló antes de golpear.

—¿Están las señoritas? —indagó a una criada de uniforme que, asintiendo, la hizo pasar.

En una estrecha salita de recibo tejían dos ancianas. “¡H’m!”, gimió la más encorvada al verla entrar. Elvira saludó muy atenta, se acomodó en una silla y cruzó las manos. “¡Diga, qué ha sido de su vida!”, prosiguió la anciana sin despegar la vista del tejido. “Muy bien, gracias”, respondió Elvira, pasándole el paquete con las nueces. “¿Y qué es esto?”, indagó la otra con frialdad. “Un engaño, nueces”, ex-

plicó Elvira, sonriendo. “¿Y para qué queremos nueces nosotras si ya no tenemos ni dientes? ¡Lléveselas, lléveselas!” Se hizo un silencio largo y agresivo. La mujer que había permanecido en silencio habló de repente. “¡Fíjese usted que ya no recibimos visitas!” Elvira alzó los ojos. “¿Por qué?”, preguntó. “¡Por el tejido!”, respondió cortante la otra. Elvira lanzó un “¡Ah!”, pero luego recordó dulcemente: “¡Cómo pasa el tiempo! Qué lindas fiestas se daban entonces... Mi casa..., tantos jóvenes..., Eleuterio...” La más encorvada levantó la cabeza “¡Sí, muy lindas fiestas, muchos galanes, tanto así que nos quedamos solteras! Pero creo que fue para bien. Los hombres son seres carentes de respeto y sensibilidad”.

Otro largo silencio; las ancianas en su tejido; Elvira sonriendo al aire. De pronto, una de las tejedoras llamó con voz estridente a la sirvienta de uniforme. “¡Sírvale té a ella!”, ordenó señalando a la visita. “Se lo agradezco mucho, pero yo pensaba”, se disculpó Elvira. La criada vaciló. “Sírvale no más. Y usted, Elvira, aliméntese, que está muy flaca”. A los pocos instantes la mujer trajo té y galletas. Elvira se lo bebió muy lentamente, remojando una a una las galletas que engulló en su totalidad. “H’m, no dejó ni una”, dijo una de las viejas al descubrir el plato vacío, más sin querer reprochar a Elvira su apetito. “Es que estaban muy ricas —replicó Elvira, obsequiosa— ¿Las hacen ustedes? Alguna receta antigua, de seguro”. La más encorvada alzó nuevamente la cabeza. “¡Ni lo piense, las compró la empleada en el almacén de la esquina!” Ahí acabó la conversación. Sólo ruido de respiraciones y palillos. Había transcurrido una hora desde la llegada de Elvira; así, en silencio, pasó otra más, al fin de la cual Elvira se pu-

so silenciosamente de pie. "Otro día volveré a visitarlas. Hay tan poca gente bien nacida con quienes conversar en estos tiempos..." Sin despegar la vista del tejido, ambas ancianas respondieron casi a coro. "Hasta luego, Elvira. Vuelva cuando guste. ¡Qué le vaya bien!" Elvira se marchó caminando lentamente, sin las nueces.

Durante el regreso se sintió decepcionada, pensando en que había tan poco gente ya con quien tratar; qué cambios se notaban en todas partes y en todas las cosas; las damas se alejaban de la religión; las muchachas se besaban con sus novios en cualquier sitio, fumaban, bailaban con estrépito; los artesanos no aceptaban que se les reprendiese por su mal trabajo; las sirvientas abandonaban las casas de sus patronas para irse a trabajar a las fábricas; aparecían nuevos pobres, nuevos ricos. La radio, el teléfono y los aeroplanos transformaban a las gentes, para mal. Todo el mundo se creía con derecho a todo. La cuna, la educación, el señorío, nada importaban. Quizás recién ahora se estaba llegando al fin del mundo. Se tendió a descansar sobre su lecho y se durmió.

Despertó en la oscuridad y, como sintiera mucho frío, se cubrió con las frazadas. El dolor a la rodilla apenas se insinuaba. Volvió a dormirse.

Abrió los ojos frente al sol. Tenía la sensación de haber dormido mucho. Su apetito era inatajable, tan inmenso que le quitaba las fuerzas; a pesar de todo se irguió y, a duras penas, se levantó. Volvió a vestir su abrigo de pelaje escaso y, previa una empolvada del rostro, se caló el sombrero de fieltro con velo, quedándose un momento en suspenso, mirando hacia todos lados. Caminó hacia un rincón y cogió un paraguas de fino mango. Salió a la calle. El sol le hirió la vista. Aún cuando el calor era intenso, se arre-

bujó en el abrigo con débil estremecimiento. En la esquina vendió el paraguas a la mujer que atendía un quiosco de periódicos. Pensando sólo en comer, se encaminó hacia el sector comercial del barrio. Por el medio de la calzada se realizaba un desfile político, gritos, risotadas y carteles llenos de consignas, muchas de ellas incomprensibles, "es una burla el 12,5", "muera el pulpo que nos pulpea"; a corta distancia un grupo amenazador de policías; "el pueblo tiene hambre", gritó una mujer gorda de cabellos ensortijados. Elvira pensó que el mero hecho de decir "tengo hambre" era denigrante; se ruborizó. Se detuvo. Un olor fuerte, excitante, le agredió el olfato. Penetró en el local y tomó asiento a una larga mesa vacía. El ruido de la vajilla y el murmullo de los parroquianos no la apartaron de su único pensamiento. Una muchacha flacuchenta con un delantal sucio llegó a atenderla. Elvira pidió dos raciones de huevo con arroz y cerveza, melón de postre. En un comienzo pensó que la bebida era de su antigua fábrica, pero luego, cuando se la sirvieron, se percató de que tenía la marca de un monopolio cervecero.

Un obrero acompañado de un niño se sentó a la mesa, riendo y conversando a grandes voces. El muchachito llevaba una camisa nueva con el cuello muy grande. El hombre a cada instante acariciaba al niño con rudos golpecitos en la espalda; "¡Bandido, ah!", le decía paternal; el chico entre tanto mordía una alegre sonrisa. El obrero, de repente, quiso comunicar su alegría y miró hacia todos lados; vio a Elvira y le ofreció un cartucho arrugado con caramelos. "Sírvase no más. Son de él. Apenas almorcemos lo llevaré al cine. Hoy está de cumpleaños, fíjese usted, catorce años. Pero sírvase no más". Elvira

se excusó, agradecida e hizo un esfuerzo por sonreír.

Llegó la comida. Los huevos con arroz quedaron junto a la botella. Elvira echó la cerveza al vaso y bebió lentamente. Una extraña y agradable somnolencia le bañó el cuerpo todo; comenzó a transpirar. Se llevó a la boca el tenedor con un poco de arroz; lo masticó cuidadosamente y se lo tragó, pero sintió que el arroz no sólo le llenaba el estómago sino que también se le quedaba detenido en la garganta. Ese pequeño y sólo bocado la había satisfecho por completo. Quiso probar otro y no pudo. El obrero con el niño la miraban extrañados y muy serios. Elvira sintió angustia; se secó el sudor que le mojaba la cara. Respiró muy hondo, hizo un esfuerzo y llamó a la mesonera, canceló y pidió un papel limpio. Echó en éste cuidadosamente el arroz y los huevos. El obrero le ofreció pan. Elvira lo aceptó sin mirar y lo echó al paquete. Permaneció inmóvil. “¿Se siente mal, señora?” Elvira negó y empezó a movilizarse. Salió vacilante del negocio. Ya en la puerta, sofocada, sintió que le renacía agudo el dolor a la rodilla; se detuvo; quiso dar otro paso y lo dio en falso. Cayó pesadamente al suelo y se quedó así, inmóvil, transpirando. Un vejete grasiento y con un fuerte tufo a vino se le acercó. Mientras la ayudaba a levantarse dijo: “Señora, nosotros los pobres debemos ayudarnos...”

SEGUNDA PARTE

"...lucubración, y así un montón de cosas. ¿Para qué jugar ajedrez?"

"Trópico de Capricornio", por Henry Miller.

El día de la catástrofe

A mi amigo guineano Louis Martin.

AUNQUE LA MAYORIA DE LOS PROFETAS HABIAN COINCIDIDO en señalar el fin del mundo para el día 1º de enero del año 2.000, Dios, el buen Dios, decidió acabar mucho antes con la Tierra.

Fueron los astrónomos quienes descubrieron ese gran puño cerrado que se aproximaba veloz, agresivo y furioso, desde las cercanías de Alfa Centauro, en dirección a nuestro planeta. Aquello, calcularon, venía más aprisa que la luz y estaba de la Tierra a la distancia de tres horas.

Cundió el espanto en el globo. Salvo muy pocas, las gentes se abalanzaron a los templos, ahogadas en desesperación. Hasta los más indiferentes intensificaron sus ideas religiosas y, orando aterrados esperaron ese último momento.

Radio, TV, telegrafía y teletipos, difundieron la inquietante noticia por el orbe entero.

Hubo suicidios colectivos y masivos ataques al corazón.

El violento puño se acercaba agrandándose a cada instante, en forma brutal y siniestra. ¡Era el fin...!

En las afueras de su pueblo natal, Louis Martin estaba sentado sobre una piedra comiéndose un plátano y observando el lujurioso paisaje. Hasta él llegaron los vecinos a llevarle la terrible nueva, instándolo a que fuese a pedir misericordia divina. Pero Louis Martin respondió que no creía en Dios y que aquel espanto era, con toda seguridad, producto de la ignorancia, de la imaginación enfermiza de las gentes. Permaneció, pues, inmutable, saboreando la fruta, fija y suave la mirada en unos lomajes vecinos donde el color verde reinaba con todos sus matices.

Y aquel día, aquel horroroso día, Louis Martin se contó entre los pocos que se salvaron de la catástrofe...

Genealogía

EL SERIO INVESTIGADOR EN GENEALOGIA A. B. CORNEJO tomó colocación en el estrado del aula, aclaró la voz frente al micrófono y comenzó así su conferencia:

—Señoras, señores: En épocas no lejanas, y aún por desgracia en nuestros días, algunos hombres cometieron toda clase de crímenes vergonzosos, asolando pueblos, pisoteando la cultura, practicando el odio, discriminando y asesinando millares y millares de seres humanos. Todo esto, señoras y señores, se ha debido, en gran parte, a que abundan las mentes atadas al concepto anticientífico de: raza. Sin embargo, si apelamos a un sencillo cálculo, que nos servirá de introducción, intentaremos demostrar que casi toda la humanidad, distintos etnos entremezclados, ha participado, por ejemplo, en la producción de un sólo hombre de hoy día. Veamos... ¿Cuántos padres tiene usted?— —y señaló a uno de la concurrencia.

—¡Dos!

—¿Y abuelos?

- ¡Pues, cuatro!
- ¿Y bisabuelos?
- ¡Como todo el mundo, ocho!
- ¿Y tatarabuelos?
- Calculo, dieciséis...

—Pues bien, si pensamos que cada generación se reproduce en aproximadamente veinte años, y nos trasladamos en progresión geométrica hacia atrás, en sólo..., en sólo veintiocho generaciones, Ud. tendría, contemporáneamente..., usted tendría..., sí, usted tendría una cifra superior a doscientos sesenta y ocho millones de antepasados que, en la misma época, estarían trabajando conjuntamente para producirlo —y volvió a señalar en forma enfática al mismo hombre—. Y si partimos, además, de nuestra actual fecha, año 1960, resulta que hace quinientos sesenta años, precisamente en 1400, más de la mitad de la población mundial estaba en cierta medida dedicada a proyectarlo a usted. Piense, pues, entonces cuántos pueblos de distinta lengua, color de piel y costumbres se han conjugado para determinar su existencia individual.

—¿O sea que yo...?

—¡Exactamente! Por eso, quien habla de raza, y más todavía de raza pura...

Pero A. B. Cornejo no pudo continuar con sus explicaciones ya que todos los presentes sacaron lápiz, papel y, luego de comprobar sus cálculos, se quedaron pensando, pensando... Sobre todo porque el interpelado se levantó de su asiento y dijo que lo que a él más le preocupaba era el cálculo inverso, es decir, el hombre que contemporáneamente hoy estamos planeando los tres mil y tantos millones de habitantes del planeta...

—De ese hombre somos responsables —agregó—, somos responsables...

El descubridor

SUCEDIO EN EL TIEMPO EN QUE REINABA IXTLAN, A LO largo y a lo ancho de toda Guanahani, en todas sus orillas y confines, sobre las pálidas cimas y en los abismos de rugiente profundidad; Ixtlán, el soberano de ojos de guacamayo y piel de maíz; Ixtlán, Padre de todos los hombres de la Isla; Ixtlán, Abuelo de los niños y mujeres de fértil territorio; Ixtlán, Verdugo y Vencedor de los Espíritus del Mal y de la Noche.

Se anunciaba recién el alba como bandada de tucanes de plumas encendidas, cuando el buen rey llegó solitario a orillas del mar, con el fin de rezar su primera oración al Astro que nacía.

Contemplaba el soberano la placidez del agua, el juego eterno de las olas, cuando hizo un importante descubrimiento. Era algo inusitado, jamás visto: una inmensa canoa, llevando encima una enorme casa rodeada de troncos desnudos, se acercaba a la costa. ¡Era éste un gran descubrimiento!

Cuando la embarcación estuvo a corta distancia, se percató con mucho asombro que de ella bajaban pequeñas piraguas, como las usuales en Guahanani para las faenas de la pesca. Las tripulaban hombres extrañamente ataviados que llevaban lanzas y astas coronadas de tejidos multicolores. Los recién llegados pisaron tierra y uno de ellos, rey o jefe de guerreros al parecer, hundió en la arena dos maderos cruzados y habló durante largo rato en una jerga incomprensible.

Mucho tiempo estuvo Ixtlán, detrás de un tupido ramaje de bejucos, contemplando a los desconocidos, saboreando su descubrimiento.

Cuando el buen soberano llegó a la aldea a contar lo que recién había visto, los consejeros, ancianos y brujos, se encaminaron en silencio, con sigilo de guerreros, hacia la playa para confirmar lo aseverado por el rey.

Hubo entonces revuelo y fiesta en el poblado para celebrar la nueva hazaña del monarca. Se reunió el Consejo de Ancianos y determinó que, desde ese momento, Ixtlán agregara, a sus muchos títulos honoríficos, el de "El Descubridor". Este galardón lo conservó el rey hasta su muerte, ocurrida demasiado pronto —así como la de casi la totalidad de los isleños— en las fieras manos de los recién llegados.

Sucedió en el tiempo en que reinaba Ixtlán, soberano de ojos de guacamayo y piel de maíz, último rey de la pacífica isla de Guahanani, allá por el año de gracia de Nuestro Señor, de mil cuatrocientos noventa y tantos...

TERCERA PARTE

“Veinte años atrás apenas se sabía en qué emplear los huesos de los animales.”

“Secretos novísimos de Artes y Oficios”, por M. Palouze. Barcelona, 1841.

Contra la inmoralidad de las bestias impúdicas

...CONTRA ELLO, QUERIDO VICTOR, CONTRA LA IMPUDICA amoralidad de las bestias; contra el monstruoso ejemplo que cotidianamente reciben tanto niños como mujeres; contra la curiosidad malsana reflejada en todos los rostros que observan un animal; contra el falso amor maternal de la dama sola que cultiva la amistad de un can; contra la corrupción espiritual que sufre la juventud campesina rodeada de bestias en plena desnudez, ¡y he aquí lo peor!, a veces en celo; contra la pornografía de los vehículos a tracción animal; contra la proliferación de gatos y perros desvergonzados, llamados por eufemismo domésticos; contra las exposiciones ganaderas y caninas, fuente de obscenos pensamientos; contra la caza mayor, de un realismo sexual sorprendente; en fin, contra el nudismo de porcinos, bovinos, caprinos, ovejunos, cánidos, félidos y auquénidos, fundamento y causa de la inmoralidad ambiental, la multiplicación de neuróticos, ateos, sexomaníacos y materialistas; contra to-

do esto, querido primo Víctor, nuestro difunto tío José Raúl (Q.E.P.D.) dejó su herencia de trescientos mil dólares, ganada con tanto esfuerzo en los asoleados cafetales de Centro América.

Te he dado toda esta explicación anterior para cumplir con un deber, ya que, en su testamento, el recordado tío José Raúl me nombró mandatario y curador de sus bienes, legados en su totalidad a la Fundación. Te explicaré. Su "Fundación Pro Erradicación de la Desnudez en las Bestias", es, como te darás cuenta, no otra cosa que la objetivación de esa sabia actitud ética que caracterizó toda la vida cristiana de nuestro amado y hoy difunto tío José Raúl. El supuso (conservo una carta suya escrita poco antes de morir) que una herencia dejada a nombre de sus herederos, es decir de nosotros, sería rápidamente convertida en "licores, mujerzuelas y apuestas mutuas", lo que en verdad no haría otra cosa que envilecer nuestras sanas conciencias, que, sin embargo, "como las de toda la juventud actual, tienden al pecado". El quiso en su último deseo, como ves, sólo dejarnos por toda herencia su más alta convicción moral. Cuento aparte es que tanto tú como yo hayamos esperado algo distinto.

Si en verdad tú amabas, o por lo menos sentías cariño y aprecio por el tío José Raúl, tanto como yo (a pesar de que no lo vimos más de tres o cuatro veces en la vida), debes trabajar, luchar, hacer todo lo posible (como yo modestamente lo estoy haciendo ahora) para convertir en realidad su más íntimo, importante y postrer deseo.

En la próxima carta te enviaré folletos y prospectos de la Fundación. Puedes repartir copias de los mismos y, además, dar charlas y conferencias al respecto. Desde su tumba él te lo agradecerá, la Funda-

ción y yo seremos tus agradecidos, y para usar una expresión de tío José Raúl, "la comunidad y Occidente guardarán para ti eterna gratitud".

Piensa en la hermosa tarea que te espera. Tus horas libres dedicadas a una campaña de moralidad pública, cumpliendo el más caro anhelo de uno de nuestra propia sangre, ¡digna labor!

Querido primo Víctor, trescientos mil dólares y varias voluntades dedicadas a tan inmensa faena, son buena agua para aumentar el caudal del lago de una nueva reforma de las costumbres. Además recuerda que nuestra familia jamás se arredró ante las empresas quijotescas y desinteresadas.

En estos momentos parto en el avión particular de la Fundación a ultimar algunos detalles con los abogados neoyorquinos. Parece que allá la idea ha tenido una espléndida acogida.

Si desde ya me envías un catastro pecuario, y de mamíferos domésticos urbanos de las principales provincias de Chile, la Fundación tendrá a nuestro país en primer lugar para sus inversiones.

Sin otro particular, se despide cariñosamente de ti tu primo que siempre te recuerda.

Ernesto

La desesperante vida de Garay

CUANDO GARAY INGRESO AL COMERCIO DE FIERROS USADOS, jamás pensó que de esa manera podría llegar alguna vez a acumular fortuna. Huérfano y sin parientes, fracasado a mediados del primer año de Comercio, se vio obligado a trabajar en lo que viniese. Entró como ayudante del viejo Preuss, quien tenía un negocio de compraventa de fierros usados a la entrada de la calle Chacabuco y una mala salud que muy pronto lo llevó a la tumba. Gracias a la bondad de ese anciano desheredado de parentela, Garay quedó como único dueño del pequeño local. El negocio creció con cierta rapidez, y Garay, por primera vez en su vida, tuvo el dinero suficiente para darse un buen pasar.

Durante la última guerra y debido a la escasez de hierro elaborado, pero gracias también al empeño del muchacho, el negocio de compraventa fue prosperando. Descendieron las importaciones y el fierro aumentó de precio, de tal suerte que Garay fue el más

cotizado surtidor de los pequeños talleres. Algunas acertadas inversiones lo hicieron muy pronto poseedor de un capital con el que pudo instalar una reducida y primitiva fundición. Los asuntos financieros marchaban viento en popa, a tal grado que Garay ahora ya podía satisfacer las más comunes necesidades. La deuda de la fundición le llevaba buena parte de las ganancias, no obstante pudo hasta comprarse una motocicleta.

En esa época Garay conoció a Morales, quien, de la noche a la mañana, había heredado una respetable fortuna. En sociedad con él puso un negocio en grande. Contrataron más obreros y fabricaron, en tornos de precisión, varias piezas de maquinaria que, hasta ese momento, se importaban desde Europa. Garay entonces vendió su motocicleta y se compró un automóvil, con el que pudo estrenar el garaje de su casa recién comprada.

Y el golpe de suerte llegó pronto. La firma González y González, próxima a la quiebra, les vendió en muy bajo precio la mina de hierro de la que tanto habló la prensa y que estaba a la salida del pueblo de Illapel. Empezaron así la producción en cadena: mineral, fundición, industria elaboradora y almacenes de venta. Había ya dinero suficiente para satisfacer, en forma bastante holgada, las necesidades del muchacho.

Nuevas inversiones, nuevos golpes de suerte, nuevos ingresos. Garay se casó con una mujer rica y distinguida. Compró una mansión en los faldeos de la cordillera con un jardín que era la envidia de los más finos floricultores. En esa época, un insidioso periodista de la sección "Vida Social" averiguó con el indiscreto ayuda de cámara de Garay que éste podía cambiarse distintas prendas de vestir (su ropero,

además de nutrido, era elegante) cada día del mes. Poseía además dos automóviles, una casa de reposo en la playa y otra en la sierra. Agreguemos que, según su maestra de cocina, comía regiamente cinco veces al día.

A esta altura Garay ya no pudo trabajar solo (Morales había fallecido de un infarto cardíaco sin dejar herederos), por lo cual formó sociedades anónimas de las cuales se hizo nombrar presidente o vicepresidente; dieciocho en total.

Ahora estaba satisfaciendo amplia e intensamente sus necesidades. Repletó el joyero de su mujer y el de su hija. Encontró una amante gastadora. Se inició en el juego de la ruleta y ganó, ganó pequeñas fortunas. Estaba llegando a poder satisfacer con excelsa plenitud sus necesidades.

Cuando se metió en el negocio de cabotaje marítimo y en el de armadura de vehículos, Garay apenas frisaba los cuarenta y cinco años. Su compañía aérea llegó en ese tiempo a monopolizar casi la mayoría de los transportes interprovinciales.

Algunos cuentan que en ese entonces Garay y su familia vivían muy bien y satisfacían más que sobradamente sus necesidades. Los chismosos comentaristas decían que no cesaban de comer, de cambiarse ropa, de viajar en su colección de automóviles "fuera de serie" o en sus lanchas, yates y helicópteros. Se rumoreaba también que los labios de Garay jamás abandonaban el aromático habano y que una copa de licor permanecía siempre en esa mano con la que no firmaba documentos comerciales...

Después de la crisis que afectó a nuestro país, durante la cual Garay centuplicó su fortuna y yo quedé cesante y en la miseria, tuve ocasión de verlo en un noticiario cinematográfico, desde la galería de

un cine popular. El reportaje mostraba a un hombre satisfecho que había logrado saciar sus necesidades. Su dinero le alcanzaba para comerse diariamente ciento cuarenta y cinco vacunos, doscientos veinte porcinos, una tonelada de papas, tres mil quintales de pan, un vagón de cecinas, dos hectáreas de ensaladas, siete metros cúbicos de sopas, ciento noventa y tres toneles de vino y setenta y cinco cajones de finos licores; su fortuna le permitía cambiarse lujosas ropas cada cinco segundos, usar un distinto y suntuoso automóvil cada treinta y nueve minutos, habitar una mansión distinta cada ochenta y un minutos, en fin, fumar un habano de siete leguas y recrearse en su harem de sesenta y nueve señoras, y todo esto... por doscientos cincuenta años.

¿Y a qué viene todo esto? —se preguntarán ustedes. Bueno, resulta que me ha ofrecido un trabajo en un negocio de compraventa de fierros usados, pero ahora que pienso en la desesperante vida de Garay, no me decido, no me decido...

Cuando llega la hora fatal

NADIE TIENE DERECHO A CRITICAR A UN HOMBRE PORQUE se embriaga, sobre todo si lo hace con su propio vino y en su propia bodega; menos todavía cuando ese hombre es un caballero y no un cualquiera; y si a todo lo anterior agregamos que dicho hombre posee aquello que llaman "temperamento nervioso" y que ha sufrido recientemente una fuerte impresión, de esas que dejan aterrizado, no podemos menos que comprenderlo en su tarea de encerrarse en el sótano de su casa a descorchar botellas y beber, beber...

Eso fue lo que hizo, sin ser dipsómano o alcohólico, Juan Francisco Benites Coo, después de leer ese periódico que le reveló, de pronto y con monstruoso dramatismo, el signo apocalíptico de la época contemporánea y la llegada a Chile de la hora fatal.

Si Benites Coo hubiese tenido hijos, mucho más horror habría sentido aquella mañana en que llegó la noticia, en aquel diario al que ni siquiera estaba abonado (descuido posiblemente del correo donde lo

mezclaron con los muestrarios de semillas y los boletines de la Sociedad Nacional de Agricultura) y que, por otra parte, sólo venía a confirmar un temor suyo muy antiguo. La información era inquietante aunque imprecisa. El comentarista dejaba entrever que eso que las autoridades y esferas gubernativas denominaban con eufemismo "agitación campesina", "efervescencia en los campos" e "inquietud política en zonas agrarias", era un peligro real, concreto, más aún inminente, y que ante ese peligro a breve plazo, más valdría estar alerta. El periodista recordaba en su artículo, así al pasar, los cruentos sucesos de la España Republicana y de la Rusia Comunista. Benites Coopensó en sus dos mil hectáreas de siembra, en sus bosques y cerros de pastoreo; su inquietud hizo crisis.

Los violentos acontecimientos africanos, de Asia y Cuba, trasladados ahora en su virulencia a los campos sudamericanos, habían agudizado bastante la hipersensibilidad de Benites Coop, de tal manera que de golpe "captó" la tragedia que se avanzaba sobre su hogar y pertenencias. Ya que él creía conocer muy bien la situación del país, el alma de su pueblo, los secretos rencores de su gente, presentía en cada uno de sus labriegos el cultivo de un latente deseo de venganza, la carencia de sólidos escrúpulos morales, las malas artes ancestrales, las otras leyes en el juego...

Se encerró en la oficina de la hacienda y relejó varias veces la información periodística. El resto del día fue sombrío y en la noche el insomnio se situó detrás de sus ojos cerrados. A la mañana siguiente suspendió su habitual salida y permaneció en las habitaciones. Ocultó a su mujer el periódico intranquilizador, su propio desasosiego, sus pensamientos angustiosos. Después de un frugal desayuno, y en un comienzo tan sólo por mera precaución, empezó a pre-

parar sigilosamente una posible defensa. En la casa había pólvora, balas y una no despreciable cantidad de armas. Los alimentos almacenados en las bodegas bastaban para soportar un largo asedio. Los muros de la casa eran altos y resistentes. En el patio interior había un pozo de buena agua. Tenía hombres... ¿los "tenía" en realidad?

Tantas veces había leído que en otros países la tal "efervescencia" en los campos concluyó en violaciones, saqueos y asesinatos; que a la gente de bien se la persiguió por las calles; que aquellos que no emigraron a tiempo cayeron bajo los cuchillos vengativos y que una sola llamarada cubrió las sementeras y los bosques. Para él, ésa era "la venganza de los no-mutantes", ya que indudablemente el mundo estaba constituido por dos clases de seres: los mutantes, que, como él y su estirpe, habían evolucionado, desarrollándose a través de la historia civilizada, con arte, religión, riqueza e inteligencia; y los otros, los no-mutantes, que, por ley biológica, se habían detenido, sin superarse, estancados en la meseta del tiempo, y que por lo tanto debían ser dirigidos, orientados con amor paternal y disciplina. Muchos los consideraban como simples animales de carga, como meras herramientas. Pero él, Benites Coo, los sentía como algo más que una bestia de carga o una herramienta; para él eran criaturas de Dios, mansas algunas veces, pero siempre esperando, siempre a la espera de la revancha, siempre a la espera de que llegara la hora fatal...

La febril imaginación de Benites Coo "veía" el cuadro de horrores que, con toda seguridad, ya estaría azotando al país... Intervenidos los teléfonos, correos y telégrafos... En Santiago, el Palacio Presidencial lleno de viciosos..., mestizos de uñas sucias, barbas crecidas y zapatos embarrados... El pabellón na-

cional mancillado, la Embajada española consumida por las llamas, los buenos barrios en ruina..., las iglesias transformadas en prostíbulos y los colegios en cantinas... Grupos de ebrios malolientes reptando por calles y avenidas... Hijas, hermanas y esposas honorables saciando el procaz apetito de la chusma... Ferrocarriles descarrilados..., el Apocalipsis Rojo, la llegada del Anticristo... ¡Si tan sólo fuera un sueño!...

Benites Coó se vistió con su traje de caza y en lugar de la escopeta de dos cañones cogió un fusil de grueso calibre. Premunido de gran cantidad de proyectiles descendió a encerrarse en su bodega subterránea. Encendió la lámpara. En simétricos y ordenados panales, sus licores navegados y añejos exhibían la artillería de sus corchos. Destapó una botella de coñac y, para darse ánimos, bebió con largueza el primer sorbo, suave, fresco como agua de vertiente; tomó otro trago, y otro, hasta vaciar media botella. Y el sótano estaba lleno de botellas, de los más variados colores y tamaños, de las más distintas etiquetas. Era menester tomar, tomar mucho, antes que viniese la gran carnicería, antes que todo estuviese definitivamente perdido. Era preciso sentirse dueño, amo y señor, por lo menos de sus propios vinos y licores.

Mientras seguía bebiendo, pensó asegurar todas las puertas con trancas de roble, mandar a algunos "hombrecitos" a llenar sacos de arena, agrupar los baldes para prevenir incendios. Lo mejor sería disparar desde los balcones del segundo piso. En tanto consumía la segunda botella, recordó con orgullo que los valientes mueren combatiendo y decidió que, antes que ellos llegaran, rompería, una por una, todas las botellas; que nada quedase para aquellas bocas sucias y vulgares.

De repente creyó escuchar, a lo lejos, ruidos como de disparos, similares a los estampidos de la dinamita usada para destroncar tierras recién taladas como las suyas. Eso significaba que el reguero se había encendido llegando hasta el sur, hasta sus propias pertenencias, hasta su misma casa. Recordó, bebiendo copiosamente, que el día anterior las miradas de "ellos" eran más furtivas que de costumbre; inclusive se acordó de uno que, al verlo pasar, se sacó el sombrero con una actitud fingidamente servil. Otro dato más que confirmaba los presagios: los ruidos de la herrería, otrora ensordecedores, daban la impresión de haber enmudecido.

Benites Coo fue sacudido, de pronto, por un acceso de risa. Se reía de la ingenuidad de los demás hacendados, de la inocencia de la Sociedad Nacional de Agricultura, del gobierno que se autotitulaba "de orden", de la imprevisión de la Iglesia, de las posturas izquierdizantes de cierta "gente decente". Apagó la risa con aguardiente añejado y se sentó en el suelo. Puso algunas botellas abiertas a su alcance y meditó. En ese momento era capaz de ver todo con claridad meridiana, así semiechado sobre el piso, semillorando, semirriendo y semipensando en voz alta, envuelto y acunado por la nebulosa de su borrachera...

"Regada será la tierra con sangre de inocentes". (La terrible sed hacía imbatible.) "Hay que saber beber, así, a lo hombre, a lo valiente soldado". (Las imágenes se atropellaban en su cabeza, agudas, difuminadas.) "Por la Virgen del Carmen, Santa Patrona del Ejército". (Sentía con vivo fulgor la chilenidad de Dios y la justeza de su causa.) "Puro, Chile, es tu cielo azulado..." (Intentó, lográndolo apenas, levantar los brazos para imitar un juego boxeril.) "Vengan, pues, si son capaces". (Alzó una mano para coger el

fusil, pero éste no estaba a su alcance.) “Sí, los mataré a todos, a botellazos, a botellazos”. (La lengua traposa, la visión deformada; sólo brillos, sombras, resplandores.) “Al fin de cuentas... me estoy bebiendo lo que es mío... y no lo ajeno... Porque nada es pecado..., digo yo..., cuando el alma es pura”. (Y detrás de la nebulosa, un débil acceso de ira, sin fuerza.) “Además... nadie tiene derecho..., nadie tiene por qué meterse en mis asuntos..., nadie tiene derecho...”

Y Benites Coó tenía razón. Nadie tenía derecho a meterse en sus asuntos. Estaba bebiendo sus propios licores, en su propia bodega, en su propia casa. De ahí que nadie se hubiese atrevido a molestarlo, que nadie hubiese osado durante siete largos días indagar por su paradero... Y esa tesis de la autonomía de la libertad y privacidad individuales la defendió la viuda ante las indagaciones del juez del distrito...

Mi general

FINALIZABA LA SEGUNDA DECADA DEL SIGLO. ADEMAS DEL asombro de todos los ejércitos del mundo por el éxito que la aviación había tenido en el pasado conflicto, los más importantes periódicos de la época lanzaban, a cuatro columnas, titulares como los que siguen: "El porvenir de la paz está en la aviación", "Por ser el aeroplano el más veloz de los vehículos de guerra, las conflagraciones del futuro serán tan aceleradas que ahorrarán millares de vidas", "El aeroplano es más rápido que el ferrocarril", y muchos otros de parecido corte que muchos se abstenían de creer.

Se discutía sobre aeronáutica cuando apareció en el aula el profesor Von Bohnen, vistiendo correcta guerrera con entorchados, presillas doradas y charreteras; un tímido bigotillo a la francesa resaltaba en su cara rubicunda y recién rasurada; el hombre tenía ademanes bruscos y ojos de niño apenas asomados en algunas parte de su cráneo cúbico y rapado. Entró marcialmente, con la risilla que le habría producido a

un explorador bondadoso una manada de chimpancés.

—¡Tomar asiento, señores oficiales! —El instructor infló el pecho y estiró las piernas como si se hubiese apeado recién de una cabalgadura. Algunas moscas volaban por la sala—. ¡Llamado a lista o rol! Araya, Azócar, Badilla, Cáceres, Chacón, Fonseca, Fontecilla, García, Gómez...

—Perdón, mi general. En esa lista o rol nuestros apellidos están mal escritos. Yo soy Von Secka, con ce y ka; el de mi compañero es Von Tessija, con doble ese y jota.

—Pero aquí en...

—El teniente que hizo la lista es de origen araucano, y de idiomas europeos no sabe nada más que el español...

—¡Ah, ah, ah! —El instructor había comprendido.

Comenzó la clase. Las moscas impertinentes planeaban sobre los bancos y el pupitre del profesor.

—Como ustedes sabrán, señores oficiales, en esta época moderna, la modernidad se expresa tanto en los trajes de moda femenina como en los implementos que la guerra requiere para guerrear. De esta suerte, nuestros estudios han de ser cada vez más profundos, con el fin de que haya más profundidad en lo que estudiemos, ¿ya? De aquí en adelante usaremos en nuestras clases una importante ciencia que Europa ha legado a la humanidad: la matemática. Usaremos dicha ciencia, digo, con el objeto de guiarnos en nuestros problemas de aritmética o cálculo, lo que finalmente nos ayudará en nuestros resultados teóricos, en cuanto a las apreciaciones que nos formemos o se deriven de comprender o investigar la problemática bélica o de la guerra. Yo iré proponiendo problemas de muy fácil solución que, empero, darán una pauta para fu-

turos estudios sobre el campo de la aeronáutica, es decir, de la navegación en vehículos aéreos, llamados también aviones o aeroplanos. Yo me limitaré, pues, a hacer una introducción a toda posible metodología con la cual encarar materias de la rama aérea del ejército. ¿Entendido, Von Tessija; entendido, Von Secka?

—¡Sí, mi general!

—Pues bien; metámonos de lleno en la problematicidad del asunto en cuestión. Escuchen bien y no se distraigan, que estamos llegando a nuestro asunto. ¡Figúrense un aeroplano! ¿Se lo figuran? ¡Bien! Este aeroplano lanza una bomba. En seguida viene otro avión, igual al primero, y este segundo avión lanza otra bomba. En resumen: un avión lanza una bomba, dos aviones lanzan dos bombas. Ahora bien, ¿cuántas bombas lanzan tres aviones? Es fácil. Vamos a ver...

Se miraron entre ellos, sacaron sus plumas fuente y empezaron a calcular en silencio. Cinco minutos después García se levantó y cuadrándose muy serio:

—¡Seis bombas, mi general!

—¡Nooo! —replicó con picardía Von Bohnen—. Sin embargo, antes que nada quiero saber por qué razón dice usted “general”.

—Bueno, pues, mi general, en castellano se dice así, “general”.

—Bah, a mí me parece haber estudiado que la palabra es general y no general.

—Esa es, con perdón de usted, una confusión lexicológica muy común, mi general; en nuestro idioma hay expresiones tales como “generalmente”, “género”; pero general de ejército es algo muy distinto...

—¡Ah, comprendo!... Siéntese por favor... ¿Ha resuelto algún otro el problemita?

—Yo —dijo Badilla, levantando un brazo—. ¡Cinco bombas!

—¡Nooo!

—¡Cuatro bombas, mi general! —gritó Oteiza con voz cantarina.

—¡Nooo!

—¡Dos bombas al cuadrado!

—¡No y no!

—Raíz de dos bombas..., mi regla de cálculo...

—¿Su regla de cálculo?

—Sí, mi regla de cálculo, pero... de fabricación nacional...

—¡Ah, no!

—A mí el resultado me sale igual a 3,14159... —comentó compungido y a media voz Manríquez.

—¡Imposible! —agregó el mayor Azócar—. El resultado mío es igual a dos bombas... como si no existiese un tercer avión...

—¡No, no y no! —ladró exasperado Von Bohnen.

—Mi general —intervino Suárez, circunspecto—, no piense usted que lo que voy a decirle es una disculpa, una defensa de mis compañeros, pero resulta que nuestros programas de estudio aún son muy deficientes..., somos un país joven..., parece que para el próximo año nuestro gobierno va a contratar otra misión...

—Pero sí es muy sencillo. —El instructor sonrió compasivo—. El problema sólo se reduce a lo siguiente: un aeroplano lanza una bomba, una sola; dos aeroplanos lanzan dos bombas, sólo dos; pues bien, dadas estas premisas, ¿cuántas bombas lanzarán tres aviones? ¡Vamos, vamos! En mi país, cualquier alumno, aún de educación elemental, podría responderlo...

—¡Dos y media bombas, mi general!

—¡No! Pero casi...

—¡Tres y media bombas!

—No, todavía no... ¿Y usted, Von Secka, y usted, Von Tessija?

Los aludidos ni siquiera levantaron la cabeza, tan sumidos estaban en papeles y más papeles llenos de cálculos.

De pronto López, el más joven y que usaba gruesos lentes, se puso de pie; cuadróse y dijo con mucha cortesía:

—Yo no sé, mi general, si mi resultado será verdadero o erróneo, pero a mí me salen..., a ver..., me salen... ¡Tres bombas!

—¿Cuántas?

—¡Tres bombas, mi general!

—¡Muy bien, muy bien! ¡Tres bombas! ¡Eso es! ¡Eso sí que sí! ¡Ese es el resultado! ¡Tres bombas! Ni una más ni una menos... ¿Su nombre, por favor?

—¡López, mi general!

—¿Lopez?

—No. López no más, mi general.

—Ah! Muy bien, López, muy bien... Bueno, mis jóvenes alumnos, aquí termina nuestra primera lección sobre aeronáutica. El camino es difícil, pero lograremos superarlo. ¡Pueden retirarse!

Primero salieron ellos, en silencio; luego el profesor y general instructor Von Bohnen, sonriendo con desarrollada y vanidosa malicia, acariciándose el bigote afrancesado y guiñándose un ojo a sí mismo

En el mundo de las musas

EL AMBIENTE EN "LA METHODE" ESTABA ABURRIDISIMO, pero los nueve Celsius bajo cero de la calle me impedían moverme. La copa de *côtes de Rhône* que me dejó pagada el mexicano de la Unesco se había ya acabado; era la medianoche pasada. Alcé el cuello del abrigo hasta las orejas y salí. Corté por rue Descartes hacia St. Michel y me detuve en un café buscando algún conocido latinoamericano con ganas de beber en compañía. Entonces escuché ese "Hola, chileno" y luego el leve toque femenino en mi espalda. Era Celia, la espiritista, la compatriota, la literata que hacía ya varios años estaba haciendo su "experiencia de París", la que repetía en las tertulias que el ideal de su vida era terminar como una romántica *clochard*, la que se decía ciudadana del mundo, la que una vez sintió vergüenza de contesar que había nacido en una provincia sureña de Chile y ante una mesa llena de austríacos dijo: soy luxemburguesa. "¿Te ubicas? Nos conocimos en casa de Chantal". Cómo no la había de

ubicar; sin embargo, era la primera vez que oía mencionar a la Chantal esa. Pero yo tenía hambre, una sed que me corroía y un frío como para repetir a gritos el siniestro "*Pas chaud, ah?*" Sonreí, la cogí de un brazo y no contesté. Como yo no tenía ni un franco en el bolsillo, esperé que ella propusiera algo interesante. "¿Te parece bien que vayamos a mi casa, a "mi pequeño nido?" La seguí mansamente, esperando en comer, beber y en calentarme ante una estufa. Alcanzamos el último *métro* hacia Trinité, que pagué porque felizmente me quedaban algunos abonos. Ella se colgó de mi brazo y dormitó en mi hombro, acunada por el bamboleo del vagón. De nuevo el frío, varias cuadras a pie y finalmente las escaleras interminables hasta el último piso. Mientras hurgaba en su cartera buscando las llaves vi la hora. Era casi la una de la madrugada. A la luz de inúmeros farolillos que encendió, pude observar que el zaguán de su casa, embaldosado y cubierto por una marquesina de vidrios pringosos, era una antigua terraza (ayer a la intemperie) con grandes vasijas llenas de bambúes, helechos y aspidistras a la usanza chilena, copia y recuerdo, posiblemente, de alguna casa de su niñez, llena de tías y con toda seguridad ubicada en el barrio Recoleta. Mientras ella seguía encendiendo todas las luces de la casa, me hizo entrar a un saloncillo hediondo a polilla, naftalina y encierro, cuyas cortinas de verde terciopelo oscuro, incrustadas en imponentes cenefas bordadas, no guardaban ninguna relación armónica con unas sillas Luis XVI (compradas seguramente en el Mercado de las Pulgas), con unos espejos biselados, un escritorio capuchino, unas mesitas de arrimo y unos pedestales de mármol blanco. A pesar de todo, el menos advertido podía darse cuenta de que aquel lugar era una sala novecentista dedi-

cada al espiritismo. Una reproducción de Monet y dos pésimas copias de Sisley colgaban mustias de las paredes, avergonzadas de estar expuestas junto a unas oleografías chillonas y francamente siniestras) con niños suizos bajando una colina y al retrato de un oficial de la guerra del 70 de mirada aviesa y labios mezquinos.

Al rato llegó Celia con pantuflas de piel y en un salto de cama semitransparente a través del cual adivinábanse unos muslos blancos, demasiado blancos para ser auténticos, y un sostén de oscuro brillo, casi impotente para sostener ese abundante y agresivo pecho. "¿Quieres café?", preguntó. Yo acepté sonriendo estúpidamente, pensando en una gran taza humosa, en comida caliente y abundante, en un trago de cualquier basura. Ella se marchó a la cocina y regresó rápidamente con dos minúsculas tacitas de café clarísimo. "¿Quizás un traguito también?" Asentí complacido, imaginándome por lo menos un botellón de Beaujolais, y agregué algunas frases de cumplido temiendo que una leve negativa mía la hiciesen desistir de su propósito. Apagó algunas luces. Volví a contemplar el saloncillo y sentí cierto temor de que invocase a los espíritus. De un *secrétaire* de caoba enchapada y de irreconocible estilo, sacó una botellita de porcelana decorada con una mala efigie de María Antonieta y sirvió pernod en dos copitas minúsculas. Era un licor desvanecido, quizás por estar mal cerrado quien sabe cuánto tiempo.

—Como una vez tú me dijiste en casa de Chantal que tenías interés en escuchar algo mío —comenzó Celia—, por eso te he traído aquí, al nido. Si te interesa...

Yo no recordaba ni a Chantal ni tampoco haber manifestado el más mínimo deseo de escuchar algo

de ella ni de nadie, pero por no faltar a la más mínima cortesía respondí afirmativamente. Ella entonces se paró de un salto, como emprendiendo el vuelo, y extrajo del mismo *secrétaire* un cuaderno gordo con tapas de carey. "Son simples ensayos literarios espiritualistas; nada para publicar, se comprende". Y al decir esto bajó la vista, coqueta, pero con la audacia de un vendedor a domicilio que inicia el ataque con la intención de encajar una mercancía. "Los escribo cuando estoy un poco triste, o a veces después de leer a Krishnamurti. Si alguna vez vuelvo a Chile..., pero es absurdo; además creo que no me acostumbraría; sin embargo, a veces mi ente astral vuela hasta Santiago... En Chile, amigo, falta mundo..., las editoriales... Aquí, en cambio..., tengo un amigo en Gallimard, te lo juro..." Cruzó las piernas dejando ver una rodilla tal vez un poco escuálida.

Vacíé de un trago el resto de la copita y me arrellané en una poltrona imperio de tapiz deshilachado a escuchar; bajé los párpados.

Celia leyó unos trozos de prosa poética en que se hablaba mucho de La Verdad, La Vida, El Arte, El Hombre, La Mujer y El Amor, todos con mayúscula como luego pude constatarlo, y todo esto con un sonsonete irritante, el mismo que usaba para decir que tenía *grippe* y que era muy simpática la *séance* que estábamos pasando. Por el repentino silencio comprendí que había concluido. Abrí los ojos. "Son hermosos", mentí, observando la intocable botella que seguiría, quizás por lustros, guardando ese desvanecido resto de pernod. "Esta otra composición está dedicada a la Virgen —continuó—, pero su sentido es esotérico". Los músculos del muslo vibraron bajo esa piel que iba perdiendo ya su elasticidad. Llamaba a la madre de Cristo "flor enigmática" y "hermana en el

verídico Eros". Me miró, al acecho. "Un tanto pagana tu composición", dije creyendo necesario decir algo. "Puede ser", rió con vanidad, celebrando su audacia. "¿Te cansan?", inquirió. "¡No, no, por supuesto!" Me arrepentí una y mil veces de haberlo dicho. "¡Qué bueno! Pero aquí estamos muy incómodos, pasemos mejor a mi pieza. La casa es grande; cada vez es más difícil encontrar en París una casa como ésta. Cuando el pobre Robert se murió me la dejó de herencia". Apagó una a una todas las luces. Guardó el pernod como joya de colección, sacó un archivador de oficina lleno de manuscritos y me introdujo en su alcoba, cogiéndome de la mano.

La gran cama bajo el dosel de raso parecía un potrero cuadrado de innúmeras plazas, algo así como un lecho colectivo para alojar multitudes aficionadas a la literatura metafísica; un velador ahíto de cajitas, papeles, potes y un receptor de radio color salsa tártara, se ubicaba intimidado junto a esa cabecera resplandeciente en almohadones. El peinador en un rincón, cerca de una ventana que exhibía un paisaje de chimeneas y techos del Boulevard de Clichy, estaba tan poblado de frascos y botellitas como para acicalar a una compañía teatral.

Se tendió boca abajo y levantó una pierna, dejando al descubierto la alba pantorrilla bien formada. "Escucha", dijo con voz modosa. Me despojé de la chaqueta, la corbata y me eché a su lado; cerré los ojos. "Este otro escrito mío está dedicado a mi pueblo natal, no a Chimbarongo, que es donde realmente nací, sino a esa aldea donde cada ser nace espiritualmente, ¿comprendes?" Me figuré el pueblo natal de Celia en otro planeta, con una estación de ferrocarril llena de balaustradas, dentellones, molduras y domos escamosos, íntegramente rosada; a lo lejos va-

cas, también rosadas, mugiendo; perros dorados, pastos de salsa de mayonesa y ríos de crema chantilly; música de celesta por doquier; nubes verde pálido; niños rubicundos enguantados en terciopelo; ancianas muy acicaladas, ataviadas con tonos violetas y danzando el rigodón; pastores con sobrepellices de rubios corderos y cayados con mango de nácar, hablando afectadamente en francés... El hambre y el pernod me estaban haciendo mal. Algo empalagoso me subía con lentitud por el esófago. “¿Qué te pareció esta otra prosa sobre la novia del mago negro?”, me espetó remeciéndome por el hombro. “¡Valiente! —respondí con presteza, despertando—. Me parece valentía que una mujer ame a un ser tan depravado y despreciable como..., bueno, como ese tipo”. Me observó incrédula. “¿Tú crees?” Me sentí cazado. “¡Vaya si lo creo!” Abrí los ojos. La curva de su cintura invitaba a ser ceñida por mi brazo. Su pierna levantada había realzado su blancura tornándose casi espectral. “Tú tienes mucho sentido de la forma, mujer”. Y le coloqué una mano sobre el imponente pecho. “Entonces escucha esto otro”, prosiguió. Con la otra mano le apreté la cintura, pero ella se mostró incommovible. Las disquisiciones poéticas que siguieron se referían a una ocasión en que ella creyó tener una enfermedad incurable mientras paseaba por el Bois de Boulogne leyendo a Madame Blawatsky. Recordé entonces esa frase que siempre repetía aquel viejo editor español y anarquista: “En este mundo cada vez hay más gente que comete poesía”. Sonreí. “¿De qué te ríes? ¿Te parece poco sentirse a las puertas de la muerte?” Sus cejas quedaron como acento circunflejo, frunció los labios”. ¡Me río, linda, de las ocurrencias tuyas! Una mujer tan joven y llena de vida como usted... ¡Miren qué ocurrencias! Usted, mi linda, es la salud personificada...”

Después del halago se calmó y volvió a la lectura. Antes encendió un *Disque Bleu filtre*. Yo, entre tanto, deslizaba mi inquieta mano sobre esa madura vestal cuya ropa lindaba con la elegancia de una abuela, que ejercía una culta y digna faena (la más antigua de todas) en París, quizás por temor de encontrarse de repente con la vejez en pleno barrio República. De este punto de vista, su manera de atacar los años no era ni mejor ni peor que cualquier otra. Por lo menos la familia estaba lejos, suponiendo, a lo mejor, que Celia lloraba su viudez sobre un alto de condecoraciones de la *Légion d'Honneur*. Seguí en mi trabajo; su carne, al tacto, era demasiado suave, demasiado blanda, demasiado como para otro gusto que no fuera el mío. Sin embargo, la chispa se había encendido, crecía en mí. “Escucha esto, creo que son baladas; un amigo norteamericano, de la OTAN, me dijo que tenían influencia de Tagore y de la Mansfield. Yo no lo creo, dame tu opinión.” Mientras oía las “baladas”, estreché mi cuerpo al suyo, con el erotismo actuando como un barreno neumático, olvidando inclusive mi apetito y sed inaguantables. “¿Qué tal? ¿Te parece que tienen influencia de...” Dejé de levantar ropas, detuve la crispación, respiré profundo. “No, me parecen muy originales, sin ninguna influencia...” Ella relajó su cuerpo, decepcionada. “Lo mismo creo yo —observó—. Sin embargo esto...” La besé en esa mejilla que vibraba con el fuego de sus palabras recitantes y sonoras. “¿Desvistámonos?”, insinué, con los ojos nuevamente cerrados, en voz muy quedada y cogiéndola por el cuello. Me miró muy desconcertada; a pesar de todo, se despojó de la bata, quedando en una prenda rara color solferino oscurísimo, algo así como el disfraz de una bataclana de la época de oro del salitre.” ¿Y esto? —dije angustiada, refiriéndome a esa coraza llena de encajes—, ¿vas

a dormir con esto?" Sonrió con absurda coquetería. "¿Y tú, qué intentas hacer, malulo?" Puse un rostro de dignidad. "¿Yo? Nada". Exhaló todo el aire de sus pulmones, serena, marmórea. "¡Pórtate bien! ¡Ninguna diablura! ¡Ayúdame, quieres!" A su espalda empecé a desabrochar esa terrible vaina, dura y escamosa como caparazón de animal prehistórico. La carne aumentó un poco de volumen, dejando escapar un vaho a cuerpo muy enjuagado con sales de baño. La besé en aquel sitio donde las vértebras cervicales se unen con las dorsales. Su estremecimiento fue breve, pero se contuvo. "¿Has leído a la Storni, a la Monvel? Ese *la* antepuesto al apellido de las poetisas denunciaba sutilmente una clase de feminismo encubierto. Le respondí que sí las conocía y le bajé de golpe aquella prenda de dudosa elegancia. "¡Déjame, lo haré sola!" Su piel en verdad era blanca, exagerada y desagradablemente blanca, cual si hubiese sido importada de aquella época en que las damas huían del sol, se daban un máximo de tres baños marinos en la temporada y pasaban el resto del año cubriéndose con una gruesa capa de polvos de arroz. Con increíble celeridad, y antes de que yo me percatara de sus movimientos, apagó la luz. Cuando de nuevo la encendió, estaba metida ya en la cama, cubierta hasta la garganta. Un brazo yacía fuera de la colcha brillante, como agonizante y láctea lamprea que se asiera con desesperación, no a una roca, sino a un cartapacio repleto de manuscritos. "Apaga la luz de afuera, por favor, y acuéstate. Sigamos leyendo en la cama, es tarde." Por vez primera sentí rubor al desvestirme; un poco humillado y lejos de su mirada abandoné mi ropa, que allí quedó, en el suelo, vacía, desarmada. Caminé a apagar la luz de afuera y con un gesto que pretendió ser simpático, di un salto y me arrojé junto a ella.

La rocé con mis muslos. Estaba tan helada como debió estar cada vez que recibió la inspiración literaria o la comunicación mediúmnica. Iba a decirle que los vates del Romanticismo se imaginaron a sus amores mucho más templados, y que Alan Kardec..., pero me contuve. "La poesía es ensueño místico y el ensueño místico es un acto de amor", balbuceó, fijando su vista en la eternidad que, parece, estaba más allá de los tejados, más allá de la Place Blanche. "La poesía y el amor...", prosiguió, pero yo no tuve el valor de cerrarle la boca y lanzar el archivador con manuscritos por la ventana, enseñarle que el juego amoroso entre un hombre y una mujer no requiere necesariamente de una introducción místico-literaria; preguntarle, por fin, qué es lo que se proponía, pero me acobardé y asentí con varios monosílabos incomprensibles. Alcé mis ojos; el interior del dosel era acolchado, quizás para prevenir accidentes por si alguien tuviera la ocurrencia de saltar probando la elasticidad del somier. Ella sacó el otro brazo y abrió el cuaderno de apuntes. Mi vista no se despejaba del dosel acolchado. Imaginé tantas cosas. "A ti, que eres enemigo de la O.A.S., bohemio y socialista, te va a gustar esto en que se señala un camino de perfección espiritual para los obreros", dijo con desenfado, y comenzó la lectura. Apreté los párpados, las mandíbulas; desgraciadamente no pude hacer lo mismo con las orejas. Pensé que toda la culpa de esa comedia grotesca para deficientes mentales la tenía yo. Debía levantarme y regresar a la otra orilla a conseguirme un café o irme a dormir a casa de algún conocido o conocida que a esta hora no estuviese acompañado (un simple sillón y una frazada eran ya, a esta altura, la única delicia a que aspiraba). Pensé, además, que posiblemente yo no había sido capaz de despertar en ella las respues-

tas nerviosas o glandulares requeridas para el caso, y esto, de paso, hirió mi vanidad. ¿Qué diablos era yo, no en este mundo, que jamás lo he sabido, sino frente a ella? ¿Me tomaba simplemente por un auditor al que hay que hacerle ciertas concesiones, sin duda audaces, para tenerlo a disposición? Sí, lo más justo era que me levantase de un salto, me vistiese a la carrera para salir huyendo, dando un portazo, para finalmente lanzarme de cabeza al Sena y refrescarme. Sin embargo, la abracé; su talle conservaba algo de tibieza. “¡No me hagas cosquillas, que no puedo leer!” Corrí mis manos hacia sus axilas. Ella entonces empezó a reír y a patalear debajo de las ropas. Yo aproveché esta circunstancia para subirme. “¡No! No, que me puede hacer mal. ¡Oh Dios mío! Un embarazo ahora, y contigo sería terrible.” Con bruscos movimientos salió de la cama, ordenó sus papeles, dejó prolijamente el cartapacio en el peinador y regresó, permaneciendo en la cama, sentada, absorta con sus descomunales pechos a la intemperie, asumiendo aires de meditación; de seguro uno de sus trances mediúmnicos-literarios. “¿Qué eres tú, Cáncer, Sagitario o Capricornio?...” Sus palabras eran moduladas con suma lentitud. Puse mi cabeza en la almohada, fingí dormir, y cuando al rato después me percaté de que ella era presa del sueño, me vestí sigilosamente, apuré un trago largo de pernod y salí al frío de la rue Blanche. Caminé en dirección a los *quais*, humillado, con un angustioso sentimiento de frustración, jurándome a mí mismo que jamás, ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni la espantosa soledad, podrían ser motivo para dejarme seducir por ese mundo de las musas...

Hoy milagro hoy

COMO QUE ME DA RISA Y PENA AL MISMO TIEMPO VER A mi pobre patrón metido en este lío imbécil, aunque la culpa no sea enteramente de él; sobre todo ahora que, para más remate, viene entrando otra vez la vieja bigotuda con el rosario en la mano, y la otra, la viejuca de los gatos; ahora parecen momias, acurrucadas allí, junto a la caja; y comadorean en voz baja, a pesar de que no pueden ser comadres porque son solteronas; además a mí qué me importa. En este momento creo que lo mejor es pensar en otra cosa, porque el desbarajuste que se ha armado es grande, y de pura mala suerte, creo yo; o a lo mejor de buena suerte, ya que han llegado los del diario con máquina fotográfica y todo. En verdad me da no sé qué ver al pobre don Manolo limpiarse las manos para que no le quede ni un rastro de sangre, y no porque sea aseado, sino porque allí está el fotógrafo disparando su aparato por todos lados. ¡No lo voy a conocer yo! Y es por eso que saca su cara de bautizo y pone los ojos como

un jorge negrete cualquiera, lo mismo que cuando ve a la Margarita. Y si sigue llegando más gente curiosa, con todo este olor a podredumbre y el maldito calor y el maldito verano que estamos pasando y el maldito olor a flores agrias (las hermanas de la esquina trajeron anoche esas flores en unos tientos de fierro enlozado que parecen bacinicas), la cosa se va a poner inaguantable, estoy seguro. Aunque en estos casos una señora mujer como una debería ayunar, creo que una tacita de té puro no andaría mal, ¿no le parece? No, no andaría mal, señora; anda tú, Cholo, y pon agua al fuego; prepara las tazas. La que quiera tomar té, don Manolo, la que tenga ganas de llenar su estómago, que lo llene en su casa como nosotras, digo yo, ¡hay que tener más respeto! En verdad, la abuela tiene razón, Cholo, no pongas agua al fuego, y límpiame también la sangre de las manos, y no te sonrías, y quédate tranquilo como un hombre serio; aunque a mí me coman los perros, me protesten todos los cheques y me manden a la cárcel por imbécil, ya que debí hace rato haberlos echado a todos, y a patadas; o tal vez debiera empezar ahora mismo con la vieja pleitera y reclamante que hace rato entró con el chiquillo, se santiguó, se lo llevó de un ala y ahora ha regresado con la bolsa llena de verduras. Inclusive el fotógrafo que me ha invitado a tomar una cerveza (quizás para hacerme preguntas), lo echaría a empujones, porque a esta altura el malhumor me está comiendo el pecho, más todavía al ver el mosquerío viajando de coágulo en coágulo, de carne muerta en carne muerta (primera vez en tantos años que me doy cuenta de que ésto es en verdad carne muerta y que yo soy blando de corazón y que me estoy arruinando). Yo le aseguro, vecinita, por la memoria de mi difunto marido, que ese hom-

bre es malo y que se hace el leso. Fíjese que se acercó y me dijo: éste no es un velorio, señora. No será velorio, pero es un lugar santo, le dije yo. Si así le parece, señora, me dijo él. No solamente me parece, hasta el diario lo dice, le dije yo. Usted sabe lo que son los diarios, me dijo él. Si usted no cree en los diarios vea por sus propios ojos, mire allí, le dije yo. Yo no veo nada, me dijo él. No hay peor ciego que el que no quiere ver, le dije yo. Así será, me dijo él, y se corrió medio avergonzado. Realmente, aunque sea penoso, da su poco de risa ver a mi pobre patrón perdiendo su plata y a las hermanas de la esquina trayendo ese pedestal (de caoba, dijeron) antiguo cubierto de mármol quebrado y con ese enorme cirio encima, que aseguramente se lo han robado de alguna sacristía, porque hasta ahora no he sabido que vendan en alguna parte de esos velones al público; claro que si me da risa es porque yo no llevo velas en este entierro de todos maneras recibo mi sueldo; y, además, si me da risa es porque esto se ha convertido en chacota, sobre todo cuando don Manolo les discute a las fanáticas, siendo que el cliente tiene la razón y punto, como se dice; y, por último, él está en su derecho si cierra la puerta para que no entre nadie más, o la deja abierta para que esto se transforme en una iglesia en día de Corpus. Y más encima las viejucas se están portando bien descaradas, como esa del lunar peludo que se saca el rosario de ese bolsillo misterioso que tiene debajo del delantal con la única intención de mostrar un pedazo de su pierna gorda, lo mismo que la otra, que saca pecho como si estuviera en su propio domicilio. Como le digo, vecinita, con tanta gente descreída que hoy en día anda por la calle con afán de escándalo, una tiene que ser verdaderamente seria para no contagiarse de pe-

cado; por eso hay que leer vidas de santos e ir a las novenas para estar en gracia de Dios; y, además, en este mundo hay que andarles haciendo el quite a los borrachos, ¡qué se habrán imaginado!; pobre será una, pero honrada, digo yo; muchos no saben lo difícil que es en este tiempo conservarse decente y católica. Por eso yo le digo, vecinita, que hay que preguntarle todo al confesor, que es el guía que tenemos en la vida y en la muerte. Tiene razón usted, vecina, y a propósito ¿qué dijo el señor cura? Nada; echó un vistazo, saludó a todo el mundo, se sonrió y se fue. ¿Pero no dijo nada, nada de nada? Sí, algo, le dijo al del diario que esto era una lesera y hasta se pusieron a fumar juntos; porque así son los curas de hoy, vecina, no como los de mi tiempo, que eran verdaderamente de la religión; los de ahora se lo llevan politiqueando y por hacerse los modernos son capaces hasta de negar los milagros del Señor; fíjese que me han dicho que hay algunos que hasta cantan misa con música de cueca, como si estuvieran en las Fiestas Patrias o en una cantina, tocando la guitarra y todo lo demás, y con cantores de la radio, figúrese usted; y ya no usan el órgano como antes, ¿se acuerda? Yo pienso que con esto de las guitarras no sería raro que vendieran el órgano o lo empeñaran para darles el dinero a mujeres de la calle antes de ayudar a señoras como nosotras, que jamás faltamos a misa y que sabemos (y eso les duele) cuándo un cura es un santo o un bandido. Tiene razón, vecinita, ¡cómo han cambiado los tiempos!, ahora miran a las chiquillas no sólo durante la misa sino también en la calle, y con unos ojos que ¡Dios me perdone! Pero de qué se asusta, vecina, si es bien sabido que la mayoría de ellos maneja mujer. Puede que así sea, vecinita, pero antes tenían más recato. Yo debería

mandar al Cholo a lavarse y peinarse y a cambiarse delantal, porque los del diario andan tomando fotografías y eso es buena propaganda y con estos días de pérdidas, porque el negocio es el negocio; y él debería estar en el pisito detrás de la caja, porque de todas maneras hay que cuidar el poco de sencillo, ya que de ventas es mejor ni pensar. Pero la culpa es totalmente mía por tener delicadeza con las señoras mujeres, por haberlas aceptado el primer día, por haberles servido un traguito. Si no hubiera estado la Margarita, que dicen vive con el jubilado, si no hubiera sido por ella, otro gallo cantaría en estos momentos. Porque no puede negarse que la Margarita hace tiempo que me viene arrastrando el poncho y poniendo ojitos; por eso no tengo derecho a quejarme aunque esté con el agua al cuello. Mire usted, vecinita, a ese roto del diario, el de bigotes, el que suda como caballo, mire cómo el muy insolente todavía no se saca el pucho de la boca. ¡Vaya a fumar afuera! ¿Y por qué señora? Porque es una falta de respeto, no le parece; además soy señorita, Dios me ha librado de casarme con un borracho o un sinvergüenza. ¿Se da cuenta, vecinita, cómo me hizo caso, cómo escupió el pucho y lo aplastó con el pie? Hay que saber tratar a los rotos cuando son groseros. Mire, vecina, ahí viene llegando esa señora de la otra cuadra que ha sufrido tanto con su nietecito abandonado por esa madre desnaturalizada; todas las mujeres que se meten con un hombre sin casarse tienen que pagar su delito. Menos mal que el angelito salió lindo y crespito, ¡criaturita de Dios! Mírelo como pone la banderita chilena encima del pedestal (se nota que el mueble era de una casa elegante). ¡Cuidado, niño, con ese cirio, no ves que se va a quemar la banderita! ¡Quítela de allí, m'hijito, y déjela en la caja, ahí,

mi amor, encima de ese plato de goma!, así, mi lindo, qué encanto; haces muy bien en acompañar siempre a tu querida abuelita, pero no te metas el dedito en la nariz, corazón. Y sabes qué más, Cholo, si la cosa sigue así, esto se va a pudrir completamente y las pérdidas van a ser enormes y a fin de semana no sé cómo te voy a pagar; y ni siquiera vamos a poder botarla a la basura porque es mucha, y el olor, y la Sanidad; y en el Banco ya no dan sobregiros, y si a uno lo ven hundido nadie le tiende una mano, porque estar en estas cosas es lo mismo que estar en la guerra; más feliz sería yo si fuera un empleado como tú. La culpa es suya, don Manolo, póngase a vender no más, y si la gente quiere comprar, que compre, ya que esto no es precisamente una iglesia, digo yo; por eso, si la gente quiere comprar, venda, venda antes de que sea tarde, venda no más toda esta porquería, venda todo menos "eso", porque la gente se pondría furiosa; y si los fanáticos no vuelven más, que no vuelvan; elija usted, don Manolo, diga qué prefiere, si satisfacer a estas viejas insatisfechas que no sirven ni para charqui o perder miles y miles de pesos; todavía se puede vender algo, hay gente que prefiere la mercadería así, olisca, dicen que es más blanda. Tienes razón, Cholito, tienes razón, sobre todo ahora que han llegado más moscas y el olor a descomposición se está haciendo cada vez más fuerte. Si supieras cuántas letras tengo que pagar a fin de mes y cómo están restringiendo los créditos y con lo dura que se está poniendo la vida no sé hasta cuándo voy a poder aguantar. Además observa a esos desvergonzados que han traído pisitos para sentarse ahí mismo, no sé cómo aguantan el olor; mírales la cara, él parece idiota y ella da la impresión de estar tullida; una enfermedad le puede venir a cualquiera, pero esa cara, esa

midos o porque así los enseñan para infundir respeja de carabineros. Te apuesto que antes de entrar ponen cara de enojados; yo creo que lo hacen de tímida de asesino. Felizmente viene de nuevo la pared. ¿Quién es el dueño de aquí? Yo, mi sargento. ¿Nombre? Manuel Faúndez, mi sargento; él es mi ayudante, maestro cortador, el Cholo le decimos, pero su nombre es Acario, Acario Salinas. ¿Y esta gente, qué hace aquí? No sé, mi sargento. ¡Cómo que no sabe! Bueno, ellos tienen sus opiniones; dicen que aquí hubo un milagro, ahí, frente a usted, en ese tapapecho de vaca, dicen que allí se ve la cara de Dios ¿Cómo es esto de la cara de Dios? Tal como le digo, la cara de Dios, mi sargento; ellos dicen que se le ven la barba, la corona de espinas, los ojos, la boca, la nariz y una oreja. ¿Ve algo usted, cabo Manríquez? Algo, mi sargento. ¿Cómo que "algo", ve o no ve? Es decir, por ser, algo quizás podría verse; ahora que lo miro más de lado, tal vez se note una frente, cejas, una mandíbula, bigotes. Bueno, bueno, Manríquez, en cualquier cosa, siempre puede verse algo, con tal que tengamos un poco de buena voluntad. Mientras tanto usted, señor Faúndez, trate de que toda esta gente vaya despejando el local. Trate usted, mi sargento, yo no puedo; en la mañana de hoy quise hacerlo, pero las viejas me trataron de hereje, indignadas; ni siquiera el cura de la parroquia pudo hacerlas salir. Si yo pudiera; vea, yo vivo de mi negocio, y el negocio se me está yendo a las pailas. Le dije que tratara solamente, señor Faúndez. Yo mientras tanto voy a ir a dar parte a mi teniente; Manríquez, vamos. Menos mal, vecinita, que se van ya esos pacos asesinos, borrachos y descreídos de la religión. Muchos de ellos haciendo uso de su autoridad, la dejan a una de repente esperando un niño; porque no hay mujer en el

mundo, digo yo, que pueda estar libre de un embarazo, sobre todo en este tiempo tan modernizado. Y ya nadie cree en nada porque ahora no se sufre tanto como en mis tiempos; míreme las manos convertidas en estropajo, míreme las canas, para qué le digo más. Como usted bien dice, vecina, ya nadie cree en nada y la gente toma la vida como si estuviera en el biógrafo, como ahora, por ejemplo, en que se ha aparecido Dios y ninguno cree lo que está viendo, no exagero, pero más de alguno piensa que ha venido al teatro. "Aún hay fe en el mundo" o "Todavía existe la fe en la República de Chile". ¿Qué título te parece mejor? Toma todas las fotos que puedas mientras yo les saco declaraciones a éstos. Y como el diario subió de tiraje, denos un suplecito, jefe, le diremos, ¿te parece? Porque esta noticia es más vendedora y tiene más público que la del crimen de la "Pecho de Palo", ¿te acuerdas? Lo malo es que el cardenal sigue callado y ni siquiera nos quiso dar una entrevista. Además yo creo que ese tal don Manolo algo se trae entre manos, por lo menos con las viejas. Hay que ver cómo lo manosean para que se les pegue el espíritu santo o cualquier cosa. Yo, por más que miro, nada veo, a pesar de que he puesto la máquina en todos los ángulos posibles, quizás si retocando aquí y allá; el jefe la quiere para primera plana y ya he gastado casi todo el flash, pero las viejas no quieren que toque el tapapecho que, así como va, no creo que vaya a durar mucho con el calor que hace y las mosquitas. Lo que sucede, Cholo, es que me estoy cabreando ya que nadie me va a devolver la mercadería descompuesta ni las pérdidas y el mal rato. Deberían irse a rezar a sus casas y no venirme a joder a mí, que voy dando vueltas mi pequeño capital todas las semanas; porque todo esto es pura superstición, pienso yo; y si

mañana se me deja caer Sanidad, no me va a dejar vender ni un cuarto de kilo, ni siquiera huesos para los perros; y esto de dejar la puerta abierta, cada vez entran más moscas; tal vez la solución estaría en que les cobrase la entrada. Aquí, aquí, señora Cristinita, mire con los ojos un poco cerrados y le verá la corona de espinas, un ojo y parte del bigote. Yo le veo los dos ojos y las dos orejas, mi linda. ¡Pero si está de perfil! Yo, niñas, Santo Dios, no veo nada, debo estar en pecado mortal. No, son los anteojos, usted debió traer los anteojos; frunza más los párpados y rece con harta fe. Yo por mi parte lo veo tan bien como si estuviera vivito; sólo le falta hablar; no me explico por qué usted no lo ve. Puede que sea la falta de anteojos, como decía usted. Aproveche señora Cristinita, ya que es la primera vez que tenemos un milagro en nuestro barrio y estas cosas no se dan todos los días. Por favor, no me toque así, señora, yo soy sólo un pobre dueño de carnicería que se está arruinando y nada tengo que ver con esto del milagro; y además no está bien que una mujer, a sus años, venga a manosear a un hombre así, ya que la sangre se le encrespa a uno de repente sin saber cómo. La vida es dura, señoras, sobre todo cuando se es dueño de negocio. Y eso de tocarme no se lo digo solamente a usted, sino también a su amiga; y no es que uno sea rogado, señora, lo que pasa es que no está bien aquí, delante de todo el mundo, y con las pérdidas que estoy sufriendo más encima; todo esto habrá que echarlo a la basura, si es que el basurero lo acepta. Yo soy de opinión, vecinita, de echarle un poquito de agua fría, ya que el tapapecho se está secando con el calor y parte de la cara está desapareciendo y si no lo mojan, digo yo, ¡adiós milagro! Rece tranquila, comadrita, y no hable tanto; aquí no hemos venido a conver-

sar sino a cosas más piadosas. Pero es que si no echan agua fría, la cara va a desaparecer, mire cómo la carne se seca y se pone medio negra. Repítame lo del milagro, don Manolo, debo redactar la noticia para la edición de mañana, dele color, quiero detalles. Esto pasó anteayer en la noche, señor. Nosotros con el Cholo estábamos colgando la carne, casi no había clientes. Entonces entró la Margarita, la de la vuelta, la que vive donde el jubilado, y pegó un grito diciendo lo que veía allí, en el tapapecho. Al principio a todos nos anduvo convenciendo un poco. (Usted tendría que ver a la Margarita, convence a cualquiera). Entonces ella salió a buscar a otras señoras mujeres de la cuadra, y nos quedamos dentro del negocio, con las cortinas cerradas, tomando tecito y algunos traguitos de pisco, hablando de la religión y de las ánimas. De repente llegó el jubilado y se llevó a la Margarita casi a la rastra, sin ningún derecho, pienso yo. Pero las otras mujeres no quisieron irse y se quedaron toda la noche con nosotros chinchoseando. Ya en la mañana llegó el cura de la parroquia, porque a esa hora el lío en el barrio era grande, y se largó a reír; como a eso de las once llegaron ustedes los del diario, y en la tarde mucha gente más; y usted sabe lo que ha seguido pasando, y ya van casi tres noches con la de hoy, y todo mi pequeño capital invertido se ha ido a las pailas, y uno vive solamente de su trabajo, señor. Y hasta los carabineros se lavaron las manos como el Pilatos de la película; y trate usted, si puede, de echarlas con viento fresco porque esto ya no da más. Y sepa, señor, que cuando el Cholo y yo nos vamos a la pieza de atrás a echar un sueñecito, para allá se van ellas a molestar, y se ponen cargantes y uno no anda a cada rato con ganas, ya que para lesear o travesarse en forma se ha hecho el sábado por la tar-

de, pienso yo. Y lo peor de todo, señor periodista, es que voy a tener que ir a mendigar crédito a los capos del Matadero; a pesar de que la cara con el calor parece que va desapareciendo, por lo cual tendrán que irse obligatoriamente y dejarnos tranquilos con el negocio; sin embargo, parece también que la mala suerte me persigue, porque algunas viejas locas dicen que han visto caras de angelitos en un costillar y en la posta que está colgada en aquel rincón; y a las que han puesto sillas en la vereda no habrá cómo echarlas porque la calle es libre, según dicen, ¿se da cuenta? Así es la cosa, échele más agua fría, señora Bernarda, harta agua fría para que se refresque. ¡Mire cómo vuelan las mosquitas chicas! Esos como hilitos chicos son gusanitos, ¿no? ¡Santo Dios, no le sigan echando agua fría, por favor! No le haga caso, señora Bernarda, échele toda el agua fría que pueda. ¿Pero no se dan cuenta, insensatas, de que la cara va desapareciendo? De veras, yo ya casi no veo nada, esto es obra del Demonio. No, señora Bernarda, la culpa es suya por esa tontería de echarle agua. No sea lesa, señora, de las moscas y los gusanitos. La culpa es del cura descreído, pienso yo. Oiga, mire, da la impresión de que la cara está volviendo a aparecer. No sea loca, usted cree que los milagros se hacen así no más, a voluntad. Esperemos un poco, con paciencia, a lo mejor entonces la cara vuelve a su sitio. Espere usted si quiere, lo que es yo, tengo a mi marido botado desde anoche. ¿De dónde le brotó esa mala idea de echarle agua fría, señora Bernarda? Fueron ellas las que me dijeron que la echara, y si no les gusta, me voy también. ¡Váyase luego, señora, antes que siga haciendo más estropicios! Yo la acompaño, señora Bernarda, yo voy con usted. Menos mal que por fin las viejas se están yendo; ahora sí que podremos des-

cansar, Cholo; anda a la esquina y tráete una media docena de cervezas, y si quieres, después que se hayan ido todos, puedes tomarte el resto del día libre, Cholito, porque esta pobre carnicería se fue al hoyo, y además el jubilado anda fuera de Santiago, y la Margarita me está esperando adentro, y ha quedado muy nerviosa con esto del milagro, y dice que quiere conversar conmigo, explicarme algunas cosas milagrosas, qué sé yo...

Un recital memorable

ESTE MEMORABLE ACONTECIMIENTO SUCEDIO EN SANTIAGO, en estos últimos meses, y fue protagonizado por una pareja de inquietos jóvenes artistas que, al decir de ellos mismos, se propusieron “agitar el ambiente cultural de la patria en pro de su desarrollo y difusión”.

Eliana Ispinosa, “Tres veces viuda” como la apodaban sus íntimos, era lo que en nuestro medio se llama una mujer despierta; poseía una exquisita sensibilidad y un carácter fuerte y voluntarioso difícil de encontrar. Se casó en segundas nupcias con un honesto y fino joven rentista, quien, profundamente enamorado y lleno de admiración, la seguía todos los pasos como un fiel perrillo faldero.

Apenas casada, la pareja dedicóse por entero a realizar una intensa vida de creación y estudio: asistía a charlas y conferencias casi a diario, no se perdían recital alguno, recorrían rápida y meticulosamente todas las exposiciones de grabado y pintura e

iban a los conciertos privados y públicos que se organizaban en la ciudad. Además de este agotador itinerario de actividades cultas (amén de comidas y almuerzos literarios a que el matrimonio se sometía), Eliana era poetisa —no de las peores ni tampoco de las que hacen época— y su marido se dedicaba a la filosofía existencialista, la pintura sobre platos y la genealogía, materia esta última de la que era gran conocedor. La pareja daba la impresión de respirar los inquietantes aires de la felicidad, él sometido a ella, y ella desviviéndose por él; era, en fin, un matrimonio como tantos, radicados intensamente en sí mismos, gozando su “egoísmo a dos”, pero tratando, sin embargo, de hacer participar a los demás en sus respectivos y personales quehaceres.

Por aquella fecha Eliana preparaba un recital de sus últimos poemas, que, según sus palabras, causarían “escozor aun entre la gente más emancipada”. Los preparativos para el recital de “Tres veces viuda” comenzaron un mes antes del día previsto. La opinión de Senén, el marido, era que debería procederse con gran sigilo y meticulosidad; las invitaciones tendrían que ser firmadas por alguien de cierto “peso” y enviadas al mayor número de instituciones culturales posibles; el acto debería llevarse a efecto en un lugar adecuado y con los detalles formales que las circunstancias requiriesen. Eliana, por el contrario, pensaba que el recital tendría que hacerse en lo posible al aire libre, en ambiente vegetal, frondoso de arbustos y plantas decorativas; además el público debería estar constituido especialmente por gentes sencillas, tales como carpinteros, albañiles, zapateros..., “mi buena gente pobre” (así les llamaba ella); en cuanto al vestido, ella lo concebía simple, sin ostentación, algo así como un humilde sayo al estilo

griego clásico. Senén terminó por acatar estas buenas insinuaciones y así se hizo. En lo pertinente al acompañamiento musical, se pensó que éste podría imitar un sollozo en violín, compases de Chopin quizás. Esto también se hizo, es decir, se intentó hacer.

Como era necesario repartir las invitaciones y el tiempo daba la impresión de correr con pasos de gigante, Eliana optó por ir ella misma a entregar las tarjetas, que ya habían sido previamente firmadas por un importante funcionario de la Municipalidad, quien decía tener gran pasión "por el arte y las otras cosas del espíritu". Así fue como Eliana Ispinoso salió una buena mañana premunida de Senén y de un grueso portafolios. Antes de elegir rumbo, Eliana razonó de la siguiente manera: "El pueblo va al mercado; luego, si yo voy al mercado, allí encontraré al pueblo". Pensado y dicho esto en voz alta, se trasladaron al barrio aledaño con la Estación Mapocho.

Era una mañana excelente con un poco de brisa y llena de sol; mediaba noviembre; un enjambre de clientes y vendedores iban y venían llevando canastos y bolsas multicolores llenas de verduras. Los pregones de los abasteros, los ruidos hirientes de las bocinas, los gritos sudorosos de los cargadores, los vestidos chillones y los aromas frutales, daban al mercado un sello abigarrado, pletórico de vida y de salud. "una verdadera orgía de olores y colores".

Eliana dilató voluptuosa las narices y respiró con fruición, cerrando los párpados; Senén la imitó. ¡Esto era vida, emoción, alegría de estar haciendo "la carrera de las letras"! Pero ya debían comenzar la labor; entonces Eliana Ispinoso, "Tres veces viuda" como la llamaban sus íntimos, se acercó a una vendedora de ají nuevo y le dijo abriendo mucho sus sombreados ojos grises:

—¡Señora, compañera —el “compañera” salió un poco artificial—, tome usted una invitación para mi recital!

La vendedora miró con extrañeza; Eliana aclaró sus palabras:

—Vea usted, yo soy poetisa y el jueves veintiuno de este mes daré un recital de mis poemas... Tome, aquí tiene una entrada para que vaya; es gratis, además.

—Gracias, gracias, señorita —balbuceó cortada la otra, sin entender mucho. Luego indagó con timidez— ¿Cuánto hay que pagar?

Eliana vertió una sonrisa comprensiva:

—Nada, m'hija linda, nada —respondió, cogiéndola de un brazo y dándole un ligero apretón.

La mujer se guardó el trozo de cartulina en el seno y recomenzó su pregón, con voz distinta.

Seguida de Senén con el cartapacio, Eliana se internó en el cardumen vociferante del mercado y de la manera inicial fue repartiendo gran cantidad de invitaciones, que entregó, entre otros, a unos cargadores que, luego de recibir las tarjetas, desarrollaron el siguiente diálogo:

—¿Evangélica, Testigo de Jehová?

—No. Parece que no.

—¿Qué quería, entonces?

—¡Qué se yo! ¡Pura propaganda no más!

—¡Ah!...

La afanosa pareja siguió su tarea con tenacidad, en la punta de los pies, entregando las invitaciones con voces cantarinas, casi con trinos. “*Ars longa vita brevis, ¿no?*”, pensó Senén en voz muy alta. Eliana entornó los párpados tiñéndose de rubor. No obstante la premura organizativa, el día memorable se dejó

caer mucho antes de lo que “Tres veces viuda” y su marido lo esperaban.

Poco fue lo que durmieron la noche de la víspera, pensando y repensando uno y mil detalles del acto artístico que habría de desarrollarse al día siguiente y del cual Eliana sería la brillante protagonista.

El recital —según rezaba en una tarjeta puesta en un pequeño marco y escrita a tinta china con severos caracteres góticos— empezaba a las 18,15 horas, pero, previniendo una posible avalancha de público, el parte de organizadores estuvo allí desde las cuatro y media de la tarde.

El local elegido y conseguido para el efecto, y que pertenecía a un sindicato de obreros de la construcción, estaba en esos momentos repleto de gente que, sentada y fumando, parecía esperar impacientemente algo.

A Eliana se le abrieron desmesuradamente los ojos y encendieron las mejillas; sin detenerse a meditar, se lanzó a la carrera hacia el estrado desde donde saludó al público. Los hombres allí presentes, ante tan inusitado espectáculo, guardaron respetuoso silencio. Eliana, emocionadísima, tiró besos a la concurrencia. Muchos aplaudieron y algunos, los más jóvenes, enviaron saludos de halago a la dama. Entonces Eliana, desplazándose con pasos de ballet, exclamó un “Oh queridos” con voz pectoral.

—¡Que cante! —gritó con desenfado una voz desde los asientos posteriores.

—¡Baile, m'hijita! —chilló un segundo, de potente dentadura y ojos negríssimos, poniendo cara de picardía.

Estallaron risas y comentarios entre los presentes. Eliana se sintió confundida, desconcertada; pensó balbucear algo, indagar, explicar, pero en ese instante subió al proscenio un gordo de grandes mostachos y enfundado en una chomba gris de cuello subido, quien tomó la palabra y dijo:

—¡Compañeros! Nuevamente, debido a la intransigencia patronal, no hemos podido lograr todavía el treinta y ocho coma cinco de nuestro petitorio ni la bonificación a las cargas familiares. De manera que, compañeros, ¡la huelga sigue! Nuestro sindicato recomienda, compañeros, mantener la vigilancia. Nada más, compañeros.

Un murmullo denunció una protesta unánime, se oyó un rumor de pasos; la sala se fue quedando completamente vacía. El gordo de los mostachos se acercó entonces a Eliana, que, además de permanecer en el mismo sitio, aún no salía de su estupor y le dijo:

—Señorita, ya pueden ustedes disponer del local. ¡Quedan en su casa! Dicho esto saludó y se marchó.

Eliana asombrada se dijo así misma con mucha tristeza: ¡Pobre Chile! Tanta gente todavía que se interesa más en los cochinos pesos que en recrear su espíritu. Un treinta y ocho coma cinco por ciento contra un recital de poesía. El materialismo...”

Cuando pequeño, al bueno de Senén le habían vaticinado “un cerebro bien puesto en su sitio”, de manera que, realizando aquellas predicciones, cogió a su amada por los hombros en tanto le balbuceaba convincente y cariñoso:

—Ten paciencia, palomita, ten paciencia. Todo se realizará exitosamente, pero a su debido tiempo, a su debido tiempo.

“Tres veces viuda” echó a la decepción de su

mente, levantó la mirada hacia el techo y llena de optimismo respondió:

—¡Manos a la obra!

A los pocos instantes llegó un camión a la puerta del local y el chofer pidió hablar con Senén. Eliana indagó de qué se trataba.

—¡Secreto militar! —dijo el marido con una sonrisilla enigmática en las comisuras de los labios. Del vehículo fue sacada una gran cantidad de maceteros con pinos, bambúes, helechos, laureles, eucaliptos y ramas de palmera que, a una orden de Senén, fueron distribuidos estratégicamente por la sala—. Ambiente vegetal —trinó Senén—. Eliana lo confirmó sonriendo empalagosamente.

El tiempo transcurría con angustiosa lentitud; nadie llegaba aún a esa especie de invernadero.

Pasadas las cinco se presentó ante el organizador del recital uno de los músicos del acompañamiento. Llamó aparte a Senén y algo le dijo en voz baja. Este le respondió abriendo y aligerando su billetera. El músico inició la retirada, más cuando iba llegando a la puerta Senén lo increpó:

—¿Y no eran dos ustedes?

El músico se detuvo y dio media vuelta:

—Sí, jefe. Somos dos. Lueguito vuelvo con mi compañero.

El tiempo se hizo más denso, más lento. De pronto llegó una viejecilla que se acercó a Eliana saludando ceremoniosamente.

—Señorita, por el amor de Dios, ¿es aquí acaso dónde una se inscribe para recibir juguetes para la Pascua? Tengo tres nietecitos sin madre; en cuanto al padre..., ¡mejor ni hablar!

Eliana miró "comprensiva" a la anciana y pensó que el asunto daba para un poema sobre niños

abandonados, "a cargo de una vetusta, mísera y solícita mujer".

A la pregunta de la vieja, Eliana respondió negativamente, pero le explicó que, sin embargo, en pocos momentos más, allí se llevaría a efecto un recital de poemas con acompañamiento musical y le rogó quedarse. La anciana, sonriendo con una mezcla de temor y humildad, indagó todavía si al final del acto irían a dar algo o a hacer inscripciones.

—Sí, vamos a dar... programas —dijo Eliana, y le entregó uno que, sin leerlo, la viejilla dobló en varias partes y luego guardó entre sus ropas; en seguida, un tanto desconcertada y sin estar muy convencida de las palabras de la otra, se sentó a esperar.

Faltando algunos minutos para comenzar el recital, llegaron a la sala dos señoras muy elegantes de sombrero con velo, las que al percatarse del lugar arriscaron la nariz; una mujer con apariencia de institutriz con dos niñas muy peinadas; tres jóvenes de corbata de lazo fumando humeantes pipas; una mujer gorda y crespa vestida con traje dominguero; un soldado con lentes sin marco; dos barbudos enigmáticos; cuatro obreros, presumiblemente huelguistas, que permanecían en su sede, y un vejete barbón y grasiento que, sin sacarse la gorra, se sentó junto a un enorme paquete de periódicos y revistas usadas. Una sola mirada le bastó a Senén para darse cuenta de que aquello ya era un auditorio, un público que acudía en demanda del mensaje que dan las bellas letras. Con este pensamiento se acercó a su mujer y la instó a que fuera a vestirse. Eliana desapareció detrás de una puerta de vidrios empavonados.

Faltando escasos minutos para las seis y cuarto, llegaron cinco parientes de los organizadores y un reducidísimo grupo de huelguistas que por curiosi-

dad tomaron colocación en los asientos traseros. Sin embargo, dos minutos antes del plazo fijado, los músicos todavía no llegaban. Senén, inquieto, se paseaba de un lado a otro, sobándose las manos y tratando de arreglar imaginarios desperfectos en los grandes maceteros. Un minuto antes del comienzo los músicos entraron apresuradamente acompañados de dos jóvenes melenudos que, a juzgar por las miradas y balanceos, venían de celebrar algo alrededor de una mesa nutrida de botellas.

—¡Gracias a Dios! —balbuceó Senén, juntando las manos en actitud de orar y dirigiendo su vista al techo amarillo y descascarado. Guió a los músicos hasta el escenario. Estos, apenas subieron al estrado, afinaron aceleradamente sus instrumentos y, sin que mediara alguna seña u orden, hicieron sonar en el violín y la guitarra una canción de moda. Esto no produjo la expectación que era de esperar, apenas algunas miradas de estupor; lo que sí produjo conmoción fue ver a Senén subir al escenario para ordenarles con vehemencia que se callaran. La música cesó. Los melenudos y el vejete de las revistas iniciaron la rechifla. Los músicos guardaron sus instrumentos, heridos en lo más profundo de sus almas de artista, e hicieron un ademán de marcharse. Senén se abalanzó a convencerlos de lo contrario. El público empezó a protestar. Senén abrió nuevamente su billetera. Los artistas del violín y la guitarra cedieron. Con algún retraso se dio por empezado el acto.

Senén se paró ante la concurrencia y declaró abierto el recital, señalando que Eliana pertenecía a la Federación Literaria y que cuando muchacha había obtenido un primer premio escolar en literatura. Los circunstantes, como es usual, aplaudieron. Los músicos reiniciaron su repertorio con una melodía muy

lenta y tenue que, de haber tenido un ritmo más acelerado, podría haber sido confundida con música circense. En ese momento salió Eliana en túnica y de perfil. Desgraciadamente, las ramas de un pino, que se había colocado en el proscenio y que acentuaba aun más la sensación de estar en un invernadero, se enredaron en el vaporoso tul dejando ver, por un momento, parte de su muslo izquierdo. La música cesó; sonaron chiflidos entre la concurrencia; una anciana dio un grito y el vejete de las revistas chilló de placer. Eliana se percató de la situación y volvió la tela a su sitio. Se reanudaron la música y el silencio entre los asistentes. Ella avanzó hasta el medio del estrado. De pronto, con brusquedad, se dio vuelta hacia el público y levantando los brazos a gran altura gritó con espectacularidad:

“¡No!

Varias personas dieron un salto en sus asientos.

Prosiguió:

“¡No!”

No apresuréis el paso por la vida.

Sed como la gaviota, errantes.

No despreciéis la savia de los besos.

Aceptadla al instante”.

Comenzado de esta manera el recital, la gente escuchó todo un largo poema que terminaba así:

*“...que si siembras amor
cosecharás delicias.”*

Senén inició los aplausos. Otros le imitaron. Al pensar en la aparición de su Eliana ante el público, Senén reflexionó: “Pirandelliana”.

La intérprete siguió inmediatamente con un segundo poema. Los músicos guiaron a sus cuerdas por el camino del folklore. Los versos eran así:

*"Del viento al viento, como una luz sombría
iba yo entre los cerros y la playa, llamando y
[desllamando
en el ofrecimiento del invierno la naranja exten-
[dida
de las ramas, y, entre la amanecida y los laureles,
lo que el más dulce ardor, como dentro de un
[sable
que vuela, nos entrega como una larga pluma".*

El poema era largo; no obstante ser original, tenía una sonoridad muy conocida. Concluía de esta manera:

*"Dadme el arado, el viento, la dulzura.
Dadme la piel, las venas, los metales.
Allegadme los besos orientales.
Venid hacia mis ojos y mis brazos.
Cantad con mis pasiones y mi boca..."*

Terminados los versos, la gente quedó pensativa. Más de alguno trataba de buscar algo en la memoria. Pasó largo rato antes de que los aplausos comenzaran, ya que los músicos, por su cuenta y riesgo, habían seguido con un son popular en sordina.

Luego vinieron ocho poemas más, de los que no es necesario hacer mención, excepto que, a pesar de ser originales —y esto era lo extraño—, sonaron, para muchos, casi como a conocidos.

Vino en seguida un corto intermedio, durante el cual los músicos volcaron en sus instrumentos todo su alcohólico sentimentalismo.

Al empezar la segunda parte (los obreros del público habían disminuido), Senén dijo un pequeño discurso manifestando que los artistas que él denominó "progresistas" (y por lo tanto "futuristas") debían dedicar sus poemas a la gente "modesta y humilde", al "admirable roto chileno". Desde los asientos posteriores, los jóvenes de pipa y corbata de lazo aplaudieron.

Los músicos, con los ojos semicerrados y presintiendo algo patriótico, iniciaron una melodía parecida a "Adiós al Séptimo de Línea".

En ese instante, uno de los fumadores de cachimba, al intentar salir de la sala, volcó un macetero promoviendo gran estrépito. Se interrumpió la música; Eliana, que venía saliendo, se detuvo, lela. Senén, desesperado y presuroso, corrió hacia el lugar de la catástrofe. Levantó el macetero que, al caerse, había derramado una apreciable cantidad de tierra; con sus dedos intentó cogerla, pero como esto fue imposible, se agachó y sopló, así en cuatro pies, en todas direcciones. El acto volvió a normalizarse y Eliana empezó la parte que ella denominó "política". Había versos como el que sigue:

*"Carretero, carretero, carretero, de Traiguén,
carretero, sé certero en luchar contra el burgués."*

O bien como este otro:

*"El pueblo es un Titán
cuando va a la fábrica
conteniendo lágrima
a buscar su pan."*

O bien como aquel otro que decía así:

*"Aunque soy humilde como una pastora
hasta el socialismo, hasta el comunismo,
hasta el anarquismo y el espartaquismo,
de revoluciones les voy a enseñar."*

A pesar de que los músicos siguieron por su cuenta durante mucho rato, con la estrofa que viene se dio por terminado el recital:

*“Cuando me decida con mi compañero,
temblará de miedo todo Chibe entero.”*

Sin esperar que el empecinado violista hiciera callar su instrumento, hubo muchos que aplaudieron. Un grupo que salió de prisa botó nuevamente el macetero de la víspera. Los jóvenes melencolios sacaron las ramas de palmera y salieron con ellas a la calle, silbando a coro.

El vejete de las revistas corrió hacia el escenario y cogiendo a Eliana por el talle le espetó: “¡La felicito!” Eliana, asombrada, abrió los ojos, casi complacida; el viejo volvió a repetir, sin soltarle la cintura, por el contrario, apretándosela más: “¡La felicito!”.

El violinista siguió tocando mientras el de la guitarra se quedaba profundamente dormido.

Al despedirse de los concurrentes, Senén tenía una sonrisa así tan grande de ancha. El local se fue quedando vacío. El cuidador de la sala empezó a apagar las luces. Alguien escapó con otro de los maceteros.

Finalmente, la anciana del comienzo, que no se había movido de su sitio, se acercó a Senén y Eliana —que aún estaba en túnica— y les preguntó con mucha amabilidad:

—¿Y no van a repartir nada?...

Despremiados

TODA LA IDEA FUE DEL LOLOPEPE. AL COMIENZO YO NO quise aceptar porque me daba vergüenza, y también porque se me ocurrió que los caballeros nos podían pillar y después mandarnos presos; pero el Lolo pepe ya le había dado un tajo al colchón y tenía metidas las motas de lana debajo de la camisa.

Además el Lolo pepe estaba tan flaco que el caballero de la hospedería le decía "quiltro". Los demás amigos, hasta yo mismo a veces, le llamábamos "quiltro".

Yo no sé si fue por hacer un chiste o porque estaba muy flaco que el Lolo pepe aprendió a ladrar; y ladraba tan bien que muchas señoras, al oírlo, estiraban el brazo y movían los dedos diciendo: "¡Pichito, pichito!"

El Lolo pepe me dijo que para ir a la Exposición primero tenía que lavarme, para que me creyeran el dueño de él; y que si no me lavaba ni me peinaba, podían echarnos a patadas a los dos.

El caballero de la hospedería se rió mucho cuando yo le dije que me prestara un poco de jabón de olor para lavarme. Eso sí que después del lavado se me pusieron los ojos llorosos y me dio bastante frío; pero ya nos habíamos metido en el asunto y no había nada más que hacer.

Yo le dije al Lolo pepe que él también tenía que lavarse, pero él me aseguró que con la lana encima ni se le notaría y que, además, tenía que agarrar olor a perro; también me dijo que se pegaría lana hasta en las manos y en los pies.

El Lolo pepe me dijo que si nos resultaba el asunto, podía irnos muy bien, porque a él le habían dicho que a las personas que llevan animales a la Exposición les dan comidas y tragos, y si más encima el animalito gana algún premio, se lo dan al dueño en dinero constante y sonante; decía, además, que a los animales les dan muy bien de comer y hasta les ponen camisetas de seda para el frío.

Esa mañana nos conseguimos un pan de cola y en un tarrito la calentamos para deshacerla. En seguida el Lolo pepe se sacó la ropa y yo le llené el cuerpo de cola; después le fui pegando todas las lanas que él había sacado del colchón y hasta sobró para que, con un pedazo de camisa del mismo Lolo pepe, yo le hiciera un rabo chico cubierto de lana.

Cuando terminé de pegarle los vellones, el Lolo pepe se puso a ladrar, y si yo no hubiera sabido que era el mismo Lolo pepe, le habría dado una patada diciéndole: "¡Cállate, perro!"

Con la correa con que el Lolo pepe se sujetaba los pantalones le hice un collar y con la cadena que me robé del excusado de la hospedería amarré al Lolo pepe. Salimos a la calle, sin que nos viera el caballero de la hospedería.

Claro está que el Lolo pepe se veía un poco raro con la parte de la cola tan levantada que parecía que se iba cayendo para adelante; con las patas traseras muy largas y las rodillas dobladas hacia el frente en lugar de llevarlas plegadas hacia atrás como los demás perros. Además las rodillas le llegaban hasta el pecho, siendo que a todos los perros les quedan derechas debajo del asiento. A pesar de que el Lolo pepe parecía un verdadero perro, tenía un extraño aire a rana y a oveja. Sin embargo, cuando ladraba, nadie habría sospechado que no era un perro y que era, en realidad, el mismo Lolo pepe.

Eran ya cerca de las diez de la mañana y las señoras que habían salido a comprar cosas para el almuerzo se ponían a gritar al vernos; otras se metían en las puertas de las casas creyendo que el Lolo pepe las iba a morder.

De repente el Lolo pepe me dijo que paráramos en una esquina porque estaba cansado de andar en cuatro patas. Yo me reí y le dije que si lo que quería era otra cosa, levantara una pata y se arrimara a un poste. Entonces el Lolo pepe se anduvo enojando y me dijo que yo seguía con esas bromitas, él se sacaba las lanas y no íbamos a la Exposición, lo que significaba tener pocas esperanzas de comer aquel día. Yo volví a reírme y le dije que era un chiste no más y que me disculpara.

Cuando seguimos caminando el Lolo pepe me dijo que todos los perros, y mucho más aquellos que llevan a exposiciones, tenían algún nombre y que él quería llamarse "Pirata". Yo le dije que ese nombre no le iba a gustar nada a los caballeros de la Exposición. Entonces él me dijo que le gustaría llamarse "Colo-Colo" o "El Cachaña".

Yo le expliqué entonces al Lolo pepe que ningun-

no de esos nombres eran de perros y que mejor lo llamaría "Boby" o "Alfonso", que son nombres exclusivamente para perros. El Lolo pepe aceptó que lo llamara "Boby".

Seguidos como de quince chiquillos chicos llegamos a la Exposición. En la puerta había dos letreros, uno en inglés y el otro en castellano. Decían algo así como "Sociedad de Perros".

Una señora olorosa, de anteojos muy gruesos, me pasó en la puerta una tarjeta y me dijo que le diera los datos del Lolo pepe.

—¿Cómo se llama el animalito?

—"Boby".

—¿Hijo de quién?

—De la señora Eloísa.

—¿Fue presentada la madre en alguna exposición anterior?

—No, porque murió en Temuco.

—¿Y el padre?

—Le llamaban "El Lechuga" y murió atropellado por un tractor.

—¿Raza?

—¡Ovejero! —respondí sin vacilar, viendo que el Lolo pepe estaba cubierto de lana de oveja.

—¡Está bien! ¡Llévelo a ese rincón y espere al Jurado!

En el rincón había muchas señoras con perros que, al vernos, se fueron hacia un lado por temor de que el Lolo pepe les mordiera a sus animalitos. Sin embargo, los "pichitos" se pusieron a oler al Lolo pepe y a gruñir. Fueron tantas las olidas de los perritos que al Lolo pepe le dieron cosquillas y, no pudiendo aguantar más, se puso a revolcar en el suelo y a morderse una pata para no reírse.

Por temor de que fueran a descubrir al Lolo pepe

pe, yo me puse colorado y empecé a sudar. Felizmente se me ocurrió en ese momento espantar a los otros perros y gritarle al Lolo pepe:

¡Quieto, "Boby"! Si te portas mal no te voy a comprar chocolates ni te voy a dar la pelota que te prometí.

—¿Su perrito come chocolates? —me preguntó una señora muy vieja que estaba a mi lado.

—Sí, señora —le respondí—, pero prefiere el vino.

La señora viejita no hizo comentario alguno y me miró muy sorprendida.

En la Exposición había muchos perros y perras, de todos los tamaños y de todas las razas. La mayor parte estaba peinada como monstruos y llevaban cintitas³ amarradas por todas partes. Muchos tenían chombitas de lana y gorritos de terciopelo. Juntando todas esas ropitas, pensé, un pobre como yo bien podría haberse hecho un traje.

Algunas señoras con el pelo a manchones blancos y algunos caballeros con zapatos de gamuza les daban galletas a sus perros. Un joven rubio con el pelo muy largo me dio cuatro galletas.

—¡Sirvasé, sirvasé, son galletines con vitaminas, especiales para canes de raza fina! —Habló con una voz que le salió sin que se le movieran los labios. Yo le embuté dos galletas al Lolo pepe y me guardé las otras dos para comérmelas cuando el joven se diera vuelta.

En ese momento, una señora con cara de tristeza y sombrero amarillo tocó una campanilla y dijo que se iban a repartir los premios del concurso y que, para después, invitaba a los amos de los perros a pasar al casino porque les tenía algo preparado.

Yo me puse muy contento y el Lolo pepe se puso

a ladrar hecho una fiera, levantando la cabeza y guiñándome un ojo.

Antes de dar los premios, un caballero pelado, con zapatos muy puntiagudos y voz de patrón, se puso a discursarles a los perros y les dijo que si se portaban bien les iba a hacer una bonita fiesta para Pascua. También dijo que el perro era el animal más parecido al hombre; que "Cuatro Remos" había sido un perro patriota muy celebrado en la historia de Chile; que el filósofo Schopenhauer tenía un perro sabio que decía: "Mientras más conozco a los perros, más quiero a Schopenhauer"; que el perro del Presidente Alessandri sabía mucho de política; que los perros de San Bernardo estaban más cerca de Dios que muchos cristianos; y muchas más cosas bonitas acerca de los perros. Además dijo que la Sociedad de Perros había sido fundada por su abuelo y que ése era un orgullo que llevaba en la sangre.

La señora con cara de tristeza y sombrero amarillo volvió a tocar la campanilla y comunicó que el Primer Premio le correspondía a la perrita llamada "Cinthya", hija de "Ronie" y "Mamie". En seguida entregó al dueño, el joven de pelo largo que dijo llamarse González, un diploma y un cheque por varios miles.

Luego dio el Segundo Premio —otro diploma y otro cheque— a una señora muy anciana, dueña del perro "Feroz", hijo de "Agresiva" y "Aullante".

Fue descalificado en ese momento un perro de raza desconocida apellidado "Alcalde".

El Tercer Premio se lo llevó un perro chileno: "Copihue", cuyos padres se llamaban "Bío-Bío" y "Cueca". La dueña del perro era una señora inglesa.

Yo estaba tan decepcionado que me daban ganas de darle dos patadas en la cola al Lolo pepe. Pero en ese momento se acercó la señora de la campanilla y

me dijo que a mi extraño perrito llamado "Boby", hijo de "Señora Eloísa" y "El Lechuga", le iban dar el Premio Extravagancia, consistente en un Diploma de Honor y un cheque de cinco mil pesos.

Al oír esto yo me puse rojo de emoción y sudando como un bruto saludé para todos lados.

Pero en ese momento sucedió que "Boby", es decir el Lolo pepe, se paró en dos patas, y estirando una pata delantera, es decir una mano, le dijo a la señora, profundamente agradecido y emocionado:

—¡Muchas gracias, señora!

Bastó esto para que la señora botara la campanilla y saliera huyendo a gritos; todas las otras personas presentes también se pusieron a arrancar y a gritar como locas. Los mismos perros, imitando a sus amos, se dedicaron a ladrar y aullar, saltando para todos lados.

El caballero pelado del discurso se paró encima de la mesa gritando: "¡Misericordia!", mientras el joven de pelo largo se arrastraba debajo de la mesa diciendo que alguien le había robado el cheque y el diploma.

La gente, al poco rato, notando que nosotros con el Lolo pepe nos quedábamos tranquilos y no le hacíamos daño a nadie, se fue acercando, poco a poco, más calmada.

Se aproximó entonces la señora, con cara de susto ahora y sin el sombrero amarillo que alguien debe habérselo robado durante la trifulca, y me preguntó a gritos:

—¡Dígame luego! ¿Qué es, perro o humano?

El Lolo pepe, en cuatro patas, movía la cabeza desconcertado y arrepentido, mientras yo no hallaba qué decir.

—¡Hable, hombre..., si nosotros no mordemos!
—volvió a hablar la señora—. ¿Qué es al fin “eso”?

—¡Soy un niño! —contestó el Lolo pepe desde el suelo.

—¿Y por qué, entonces, se viste de perro?

—Bueno, porque resulta que yo no soy verdaderamente un perro —respondió el Lolo pepe con humildad.

—¡Me lo había figurado!... ¿Y por qué no va, entonces, a una Exposición de Niños?

—Porque, como usted me ve, ya estoy muy crecido. Además, siempre premian a los más gordos... y yo...

—¡Es un impostor! —gritó un caballero flaco, canoso y con voz de vieja—. ¡Echenlos! ¡Llamen a los carabineros!

—¡Sí, que llame alguien a los carabineros, a los bomberos, a quien sea! —ladró otro caballero, salpicando de saliva a su alrededor.

Yo estaba desesperado. ¡En los líos que me metía el Lolo pepe!

Pero en ese momento el Lolo pepe hizo algo que nos libró de ir presos; se paró encima de la mesa y dijo:

—¡Señoras, si ustedes llaman a los carabineros, aquí mismo me saco la lana y...!

—¡No! ¡No, no! ¡Déjenlos ir! —gritaron a coro las señoras, bajando la vista.

Entonces tomé al Lolo pepe por la cadena y salimos corriendo de la Exposición, sin diploma, sin premio, sin nada.

En una esquina donde nos paramos a tomar aliento, el Lolo pepe comentó:

—De manera que para ganarse dos o tres porque-rías uno debe ser un perro legítimo. ¡Buena cosa!

Yo le dije que era mejor que él siguiera siendo un muchacho, porque a los perros, por muy premiados que fueran en exposiciones, jamás se les habrían de ocurrir las ideas que a él se le venían a la cabeza.

—¡Sí, —me dijo el Lolo pepe—, tienes razón!

Y seguimos corriendo. Yo, con toda la velocidad que me daban mis dos pies, y el Lolo pepe, jadeante, en cuatro patas y con el rabo entre las piernas.

La Pasión según Santana

...COMO LE IBA DICIENDO, ESTA CUESTION DEL ARTE ES cosa seria, si no, pregúntele a cualquiera que sepa cantar, componer décimas o tocar un instrumento por música o de oído.

La cosa fue que después de las palabras de Santana, todos íbamos a convertirnos en artistas; y lo mejor de todo, con un trabajo honrado.

El Santana estaba que saltaba en una pata. En menos de una semana había reunido a casi toda la gallada y la Compañía de Teatro estaba por empezar a funcionar. Este año sí que tendríamos una gran Semana Santa, con buena pega, no para hacerse uno rico, pero, por lo menos, lo suficientemente provechosa como para poder seguir tirando. Por eso es que acepté el trato del Santana sin pestañear.

Porque la cosa esta de ser artista, pensé, era mil veces mejor que otros trabajos míos anteriores; como testigo falso en el Segundo de Menor Cuantía, los usías la anduvieron parando y se reían o enojaban ca-

da vez que me veían entrar; con esa cochina mezcla de "piur ceilon ti", me fue peor, ya que todos se daban cuenta a la legua de que era té usado, teñido con anilina y vuelto a secar; en la venta de bolsitas de polietileno no me fue mejor, porque en este mundo capitalista los pequeños fabricantes llevamos las de perder. En la profesión del arte la cosa viene del alma y no se hace con la intención de engañar al prójimo.

El día que Santana nos habló dijo, para tranquilizarnos, que no nos preocupáramos, porque a esa altura la Compañía tenía ya tres Marías Magdalenas y dos Pilatos, ya que, suele suceder, se producen fallos de última hora.

A mí, el Dire me encargó primeramente los decorados, ya que sabía que algo le he pegado siempre a la pintura y a la carpintería. Estos eran olivos, palmeras, casas, mesas, sillas, un desierto y tres cruces; lanzas y espadas, además. Una ganga de esas que se pueden hacer hasta con los ojos vendados.

Para empezar mi trabajo me fui entonces donde don Moisés, el de la cigarrería, que vende también boletos de lotería y chocolates.

—Oiga, cumpa —le dije—, fíjese que estoy metido en un lío de unos decorados y usted, como es judío, puede ayudarme. ¡Dígame, por favor! ¿Cómo son los olivos, las palmeras y las casas de Jerusalén?

Don Moisés me dijo que él no tenía idea porque había nacido en Rumania, pero que le echara una preguntada al árabe del rincón, porque ése sí que era de Palestina.

Me fui entonces donde el de la paquetería, don Salvador que le llaman, y él me explicó que las palmeras eran más o menos iguales a las de la Avenida La Paz, que los olivos eran los mismos árboles donde yo había visto colgando las aceitunas verdes, y que

las casas de allá, como las de nuestro barrio, también eran de adobe y de un piso. Cuando le pregunté si en su tierra se usaban turbantes como los de los bandidos de las películas o como los de los que ven la suerte, casi me pegó, diciéndome que si yo me estaba haciendo el ignorante o había nacido así. Bueno, no le hice caso, uno no puede andar peleando con todo el mundo; hasta le di las gracias. Después de estas averiguaciones y con un poco de paciencia, la cosa de la técnica no tendría por qué andar mal. El asunto era conseguirse herramientas y materiales y ¡listo el pescado!

A pesar de estar ya metidos en la cuestión artística, nosotros, que somos gentes sencillas, seguimos siendo igual que antes. Sin embargo, el amigo Santana empezó a cambiar; le dio por visitar iglesias e ir a misa.

—Hay que estudiar al personaje —decía, disculpándose ante nosotros, que nos reíamos de él y lo embromábamos por esa facha entre cura y dirigente sindical que iba tomando. Si hasta se tiñó las canas para verse de la misma edad del personaje que iba a hacer, es decir, casi quince años más joven. Incluso, la moral le cambió al Santana: durante el día no probaba un trago, sólo después de anochecer se permitía darles duro a las botellas; dicen que hasta suspendió su amistad con la "Tres Lomos" porque ella era demasiado mal hablada; fondeó en el ropero los dados y el naipe chileno lleno de marcas y, para colmo, empezó a usar sombrero y corbata negros; también se dejó crecer el pelo y la barba. Hasta parecía mejor lavado. Le enronqueció la voz.

Estábamos a fines de marzo (tiempo, en mi tierra, de la primera chicha); por eso, según el Dire, teníamos que apurarnos. Ensayos mañana y tarde.

—¿Y qué vamos a hacer con Judas Iscariote, de dónde lo sacamos, rápido?

—¡Bah, el “Chanfaina” pues! Ese ha sido soplón, rompehuelgas y cuando se cura es capaz de vender hasta su misma abuela.

—¿Y no se enojará con el papelito que le toca?

—¡Qué se va a enojar! Por medio litro se dejaría matar cien veces.

—Bien, entonces, Judas está listo, pero... ¿y San Pablo, al que el gallo le cantó tres veces, según dicen?

—Tú, pues, hombre —me dijo Santana con un acento medio español con que se había puesto a hablar últimamente.

—¡Chitas! —alegué—. Yo soy jefe técnico, decorador...

—¡Bah, y eso qué importa! Acuérdate que San José fue carpintero. Y tú sabes que un carpintero..., es decir, tú entiendes, ¿no?... decorador, escenógrafo, carpintero, ingeniero, mueblista, santo..., bueno, es más o menos lo mismo; así que... ¡no te corras!

Acepté. En la cuestión del arte hay que ser disciplinado. Además el plazo, la fecha del estreno, se nos venía encima.

Para cada ensayo Santana nos hacía disfrazar; barbas y bigotes crecían gracias al corcho quemado. Yo colocaba mis palmeras y mis olivos de cartón reforzado con alambres y tablas. Casi toda la luz apagada; silencio; el corazón zapateando hecho un loco. Y empezábamos a transmitir y dale que dale.

Pero el Santana vivía preocupado de los detalles, parece que tenía el sistema muy nervioso. De repente paraba el ensayo y hablaba a gritos:

—¡Faltan las pelucas!

—Podemos hacerlas de estopa, o huaipe; en el Mercado Persa venden hasta pelo auténtico.

—¡Estás loco! Ese pelo que venden es de difunto. ¡Ni muerto me pondría una así!

—Hay una parte donde arriendan...

—Bueno. ¡Encárgate tú! ...Pero faltan soldados romanos. Para el Buen Ladrón y el Mal Ladrón sobran postulantes; pero para soldados romanos...

—Los hermanos Cavieses. Ahora andan sin pega..., ¡ahí está la cosa!

—¿Los Cavieses? ¡Esos no se han bañado nunca!

—Mejor así, la gente creerá que vienen llegando de la guerra.

—Sí, también es cierto.

Santana a veces se dejaba convencer. Como Dire que era, pensaba que su trabajo consistía en sorprender detalles, pero como no los encontraba, proseguía el ensayo.

Una tarde "La Guagua" y la "Tres Lomos" se agarraron de las mechas porque las dos querían hacer el papel de María Magdalena. La "Guagua" alegaba que ella era una mujer arrepentida, la otra mina decía que ella tenía más méritos y antecedentes, "que ésta es la historia de mi vida" "que yo he sido más pecadora que tú", "que esto y que estotro"...

Santana tuvo que apartarlas y les dio el papel a las dos, porque las dos "se lo merecían realmente", eso sí que tendrían que ponerse de acuerdo antes de las funciones. Santana sabía hacer justicia.

El guatón Barraza fue nombrado definitivamente Poncio Pilatos, porque comía como chanco y se cortaba las patillas muy arriba cuando se afeitaba.

El problema de la Virgen fue el más difícil. ¡Dónde encontrar una! El Dire se agarraba la cabeza a

dos manos, se encerraba en el camarín, se echaba un traguito de aguardiente para que le vinieran ideas y después empezaba a pasearse. Por fin halló una solución. Como la señora Ernestina había sufrido mucho con sus hijos y lloraba muy fuerte, tuvo que hacer el papel de la Virgen.

Cuando hice la cruz del medio, le puse refuerzos de fierro y una tabla para descanso de los pies; a cada extremo del travesaño coloqué unos lazos de cordel para que así Santana pudiera sujetarse sin peligro de cansarse mucho o de darse un suelazo. Con las cruces de los ladrones no tuve gran problema ya que las hice en forma de letra T para que así se aferraran sin complicaciones, tomando en cuenta que la última escena era la más larga y la más seria. Repito, la cosa técnica andaba como por un riel, lo demás sería sólo menudencia.

Una mañana salimos con Santana para lo de la propaganda. Fuimos a dos radios, donde transmitían la Audición de los Barrios. En una de ellas esperamos al susodicho casi dos horas, finalmente nos prometió, al igual que el otro gordito chico de los noticieros, varios avisos gratis de nuestra función.

De las radios nos fuimos a la parroquia del barrio a pedirle al reverendo que nos hiciera un sermoncito de propaganda, total, la función a su vez le hacía propaganda a su propia faena. El cura se acercó a Santana y le olió el tufo a vino litreado y espantoso que el Dire tomaba todas las noches para "llamar ideas".

—Anoche estuve de cumpleaños, su paternidad, usted sabe, los amigos insisten...

El reverendo se rió con cara de pocos amigos y contestó a nuestro pedido diciendo que a él le era difícil hacer ese tipo de propaganda, por más reli-

giosa que fuera la obra, pero que, sin embargo, les avisaría a todos sus conocidos. El Dire entonces lo quiso tomar por el lado sentimental y le alegó que nuestra comedia era, en el fondo, una campaña para que la gente fuera más a la iglesia; que nuestro país se ponía cada vez más descreído y que lo único que le estaba proponiendo era cambiar un favor por otro; le dijo además que esto era un "asunto entre gente seria, entre amigos", y que no dudara con respecto a las conversiones que se habrían de producir desde la primera función; hasta se atrevió a ofrecerle una gorda limosna de las ganancias netas. El párroco no se convenció; a pesar de todo nos invitó un trago antes de echarnos.

Siguieron los ensayos y las clases de teatros. Santana nos enseñó a llorar sin tener ganas, a caminar con el paso de las personas antiguas, a declamar moviendo los brazos y hasta hablar como lo hacen los españoles. Dijo que si alguien en el escenario no hablaba como español, estaba perdido.

Conseguimos pelucas de crin. Con sábanas de tucuyo la señora Ernestina hizo túnicas y trajes. Los soldados romanos se consiguieron unos yataganes verdaderos. Los decorados del Huerto de los Olivos me quedaron parecidos al cerro Santa Lucía, pero eso era de menor importancia ya que el público, como me dijo Santana, no se daría cuenta de ello. A falta de sandalias nos conseguimos ojotas, y en cuanto a las ramas de palmera, las cortamos de noche y a escondidas en la Quinta Normal. La cosa técnica andaba como se pide, tanto así que cuando entrábamos a un bar a pedir una cerveza, lo hacíamos moviendo los brazos y con el acento ese.

Nuestra obra se estrenó un día antes de Semana Santa. Para esa fecha el Dire nos citó en la mañana,

muy temprano, a pesar de que en la noche anterior nos fuimos a la "Picada de doña Lucha" a celebrar la cosa como se pide; allí Santana regaló varias entradas a favor.

Llegamos a tiempo, pero con el cuerpo malo. El Dire se paró en medio del escenario y pasó lista, como en la escuela.

—Poncio Pilatos.

—¡Presentee!

—Jefe técnico y San Pablo.

—¡Firme, mi Dire! ¡Todo en orden! —Apenas pude despegar los labios con la sed del domonio que me quemaba la garganta.

—Virgen María.

—¡Aquí estoy, hombre!

—Marías Magdalenas.

—Para qué gritas así si nos estás viendo —dijo la "Tres Lomos", que estaba conversando con "La Guagua" frente a Santana.

Después de constatar la presencia de soldados, apóstoles y pueblo, el Santana nos hizo un rápido ensayo general. Corregía, nos hacía repetir, se enojaba, reía, escapaba a su camarín a componer el cuerpo y seguía metiéndole fierro al arte. Para que no perdiéramos tiempo saliendo a almorzar, el Dire mandó a uno de los Cavieses a comprar, pan, queso, ají y cerveza en abundancia. Después de almuerzo probé la iluminación; como no teníamos reflectores, arreglé dos grandes ampolletas con cucuruchos de cartón y con eso lo de la luz quedó perfecto. ¡Listo el pescado!

Al poco rato Santana llegó feliz diciéndonos que más o menos al mediodía ya se habían vendido más de la mitad de las entradas y que por lo tanto estaba asegurada la primera función de la comedia.

A última hora casi anduvo fallando el detalle de la música, pero "La Guagua" trajo su fonógrafo y sus discos. Elegí los más serios y los dejé listos para el acompañamiento. Le cambié aguja al aparato y se lo pasé al Astudillo, hermano de la "Tres Lomos", quien, además de consuea, sería el encargado de cambiar los discos.

Santana nos reunió a las cinco de la tarde en la bodega del teatro para decirnos un discurso sobre el arte y darnos las últimas instrucciones. Nos habló de Alejandro Flores, Jorge Negrete y otros artistas famosos; recitó parte de una poesía llamada "Las abandonadas" para que nos fijáramos en la pronunciación, y, finalmente, abrió una damajuanita de aguardiente de Doñihue y nos dio un vaso a cada uno "para tener ánimos". Le aplaudimos sus palabras, su barba, su túnica blanca y ese amor por el arte que a todos nos había sabido meter en el corazón.

La señora Ernestina se emocionó, echó un llanto afuera y enseguida declamó un "Dios te bendiga, hijo mío" que nos llegó al alma.

A mí me hicieron hablar a nombre de los artistas de la Compañía, en vista de lo cual, de puro patudo, dije que, interpretando el sentir de la mayoría de mis compañeros artistas, hacía el juramento de no separarnos más en la vida, por grandes que fueran los triunfos que obtuviéramos. Propuse otro brindis en honor al Dire. Se aceptó de inmediato.

Cuando terminamos de pintarrajearnos la cara, puse mis decorados de palmas y olivos sobre el escenario y encendí los focos.

Astudillo se metió en la concha, dio cuerda al fonógrafo y ordenó sus papeles. Por un agujero de la cortina miré hacia la platea. El teatro estaba lleno. Sonaron tres pitazos. Empezó la cosa.

El flaco Garay, que hacía el papel de San Juan Bautista, se paseaba con paso antiguo por entre los decorados de palmera, con una concha de ostión en la mano; estaba a orillas del Jordán. En ese momento apareció Santana y un gran aplauso se oyó en la sala.

La escena del bautismo resultó rebién, lo mismo que la del Sermón de la Montaña, en que el Dire no le hizo caso al consueta y se leyó por su cuenta, con voz ronca, un librito de esos que reparten los evangélicos y que mantuvo bien escondido entre las arrugas de su sábana.

Para lo de los milagros, uno de los Cavieses salió moviéndose como si bailara conga; era un paralítico y fue sanado. En lo de la tentación del Diablo, el pelado Cornejo salió disfrazado de Satanás y fue derrotado. En esa función hubo de todo, pesca milagrosa, marcha sobre las aguas de papel celofán, multiplicación de panes; un chuico de agua fue convertido en vino tinto. El primer acto terminó con la elección de los doce apóstoles, que salimos desfilando por el escenario, donde el respetable público nos aplaudió a rabiar. Hicimos una venia y cayó el telón.

En los diez minutos de intermedio aprovechamos de darnos una manito de pintura y echarnos unos traguitos para la nerviosidad. Estábamos felices.

Nuevos timbrazos y apagón. La segunda parte empezó con algunas fallas. Como el Dire estaba muy entusiasmado con su actuación, no le avisó a ninguna de las dos Magdalenas cuál estaba de turno. Las dos salieron llorando y arrepintiéndose. Fueron perdonadas y nadie lo notó.

El guatón Barraza, que legítimamente era Poncio Pilatos, tuvo que reemplazar a Lázaro, quien, debido

a una pequeña borrachera, no pudo salir al proscenio. Salió envuelto en vendas, murió y resucitó a los pocos minutos sano y rozagante. El respetable público, que nada sabía de nuestros contratiempos, seguía aplaudiendo. Los Cavieses y el flaco Garrido se repitieron el plato y fueron curados como leprosos. Con la impresionante aparición de la señora Ernestina, llorando en escena, concluyó exitosamente el segundo acto.

Durante ese intermedio, el Santana llamó aparte a "La Guagua" y a la "Tres Lomos" y les pegó una retada por haber salido juntas al escenario. Ellas entonces se enojaron y dijeron que no seguían actuando. Ante tamaño problema, a Santana no le quedó otra cosa que llevarlas a su camarín, servirles un traguito y hacerles muchas promesas para que ellas decidieran seguir en la Compañía. El Dire quedó de malas pulgas. A gritos me preguntó si había pan y vino para la Última Cena. Me pegué una palmada en la frente. ¡Qué imbecil! Se me había ido ese detalle. ¡Qué hacer! La panadería y la botillería estaban lejos del teatro. Había que actuar con mucha rapidez a lo *cauboy*. Mandé entonces a comprar al Astudillo. Entre tanto cambié los decorados, traje la mesa, puse las sillas y me vestí de San Pablo. "Ver para creer", dije frente al espejo para sentirme bien en el personaje.

Había pasado un cuarto de hora y el Astudillo no volvía. El Dire dio orden de que se levantara el telón de todas maneras. Felizmente el hombre llegó corriendo en ese instante. Traía dos botellas de vino Macul, cinco panes amasados y varios pequeños calentitos, porque, dijo, esos cinco panes eran los últimos.

La escena fue sumamente seria. Santana se metió en tal forma en su papel que nosotros nos quedamos con la boca abierta. Llegué a sentirme un pecador y

un indigno; hasta me dio vergüenza representar a un santo. Me hormigueaba la sangre en las venas y hasta los pelos del brazo se me pusieron de punta. No solamente nosotros sino que también el público se había emocionado hasta adentro; dejaron de aplaudir y se quedaron completamente callados.

De repente terminó el silencio: "El Chanfaina", que hacía de Judas, fue señalado como un traidor y un carajo; entonces las rechiflas e insultos de la galería se hicieron tremendos. Muchos lo amenazaron con pegarle a la salida del teatro.

Pero Santana estaba transformado. Sufría el papel con todas sus fuerzas, como si de repente se hubiera arrepentido de todos los muchos pecados de su vida. De ahí que el guatón Barraza, que, según decían, era un buen actor, ante el Dire hizo un Poncio sin gusto a nada.

La escena de la cruz fue espantosa y de ello parte de la culpa la tuve yo por no haber tomado, como jefe técnico, las precauciones debidas.

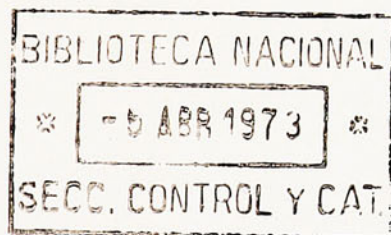
Uno de los Cavieses, que además de haber tomado mucho trago era medio corto de vista, le dio un verdadero puntazo en el costado y la sangre que manó fue verdadera. El sostén para los pies se desclavó, pero el cuerpo de Santana no se vino al suelo porque unos de los lazos que yo había puesto en los extremos se le enredó en una mano. Quedó colgando. La mano comenzó a hincharse y los músculos se le pusieron tiesos como si estuviera haciendo fuerza. El Dire, sin embargo, no lanzó ningún quejido fuera de tiesto, ni siquiera un gesto en la cara. Todo era absolutamente natural. Al darse cuenta de lo que pasaba, la señora Ernestina se puso a llorar de verdad. La mano se volvió morada, parecía que iba a estallar. La cabeza del crucificado cayó sobre el pecho, realmente

desmayada. Los llantos de las Magdalenas y la desesperación de todos nosotros jamás las podría entender el público.

Pero, además, otra falla técnica hizo que la escena se pusiera formidable: los cucuruchos de cartón con que hice los focos se recalentaron y empezaron a arder; tres ampolletas hicieron explosión, apagando el escenario. Cayó el telón, muy demasiado lentamente. La ola de aplausos no dejó oír nuestros gritos y carreras.

El éxito de aquella función fue notable. El querido y respetable público deliraba.

Estoy completamente seguro de que podríamos haber ganado mucha fama y dinero si hubiésemos seguido con las funciones durante toda la Semana Santa, pero Santana, con su hombro enyesado, no podía actuar. Y Santana, está bien que se sepa, es, de todos nosotros, el único actor irremplazable...



Indice

PRIMERA PARTE

SOY EL DUEÑO DE MI PROPIA LIBERTAD	7
PARA LA CANDELARIA	15
JORGE WASHINGTON	21
EN LA GAVIA	29
ALMUERZO Y SIMPATIA	39
DIA DE RISAS	49
EN VISPERAS DE LA SALVACION	55
NO LE MIENTO...	63
SU PRECIO, Mrs. WESTON	71
PEQUEÑA HISTORIA DE UNA PEQUEÑA DAMA	81

SEGUNDA PARTE

EL DIA DE LA CATASTROFE	103
GENEALOGIA	105
EL DESCUBRIDOR	107

TERCERA PARTE

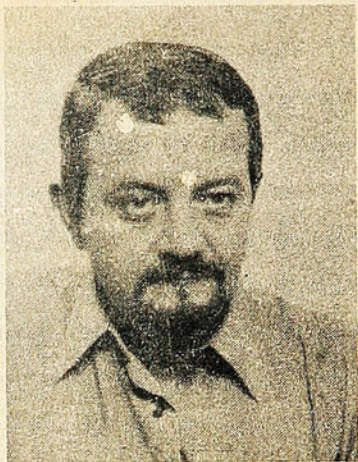
CONTRA LA INMORALIDAD DE LAS BESTIAS IMPUDICAS	111
LA DESESPERANTE VIDA DE GARAY	115
CUANDO LLEGA LA HORA FATAL	119
MI GENERAL	125
EN EL MUNDO DE LAS MUSAS	131
HOY MILAGRO HOY	141
UN RECITAL MEMORABLE	153
DESPREMIADOS	167
LA PASION SEGUN SANTANA	177

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA
PEQUEÑA DAMA

de Armando Cassigoli

se terminó de imprimir el día treinta de Septiembre de mil novecientos setenta y uno en los Talleres de Arancibia Hnos., C. Alvarado 2602. Santiago de Chile.





ARMANDO CASSIGOLI

Nació en Santiago de Chile en 1928.

Actualmente Profesor en la Fac. de Filosofía y Educación de la U. de Chile.

OBRAS:

"Confidencias y otros cuentos" (cuentos) Ediciones Renovación. Stgo. 1954.

"Tres cuentos para escenario" (Teatro) Estrenados en Santiago y Montevideo, 1958.

"Cuentistas de la Universidad" (Antología) Editorial Universitaria. Stgo. 1959.

"Ángeles bajo la lluvia" (Novela) Premio Municipal de Novela. Edic. Alfa. Stgo. 1960.

"Cuadernos de un hombre asustado" (Novela) Premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile. Ed. Universitaria. Stgo. 1964.

"Sobre la sangre llamas" (Relatos) Ed. Compromiso. La Paz - Bolivia. 1967.

FIGURA EN LAS SIGUIENTES ANTOLOGÍAS

E. Lafourcade. "Cuentos de la Generación del 50". 1959, Santiago.

E. Lafourcade. "Antología del nuevo cuento chileno". 1954, Santiago.

M. Flora Yáñez. "Antología del cuento chileno moderno", 1961, Santiago.

Moretic y Orellana. "El nuevo cuento realista chileno", 1963, Santiago.

"Cuentos Latinoamericanos". Edit. Joven Guardia. Moscú. 1963

J. Rodríguez Lefevbre. "Cuentos humorísticos". 1965, Santiago.

E. Lafourcade. "Antología del cuento chileno". 1969, Barcelona.

Ha colaborado en múltiples revistas y periódicos nacionales y extranjeros, y ha dirigido publicaciones chilenas.